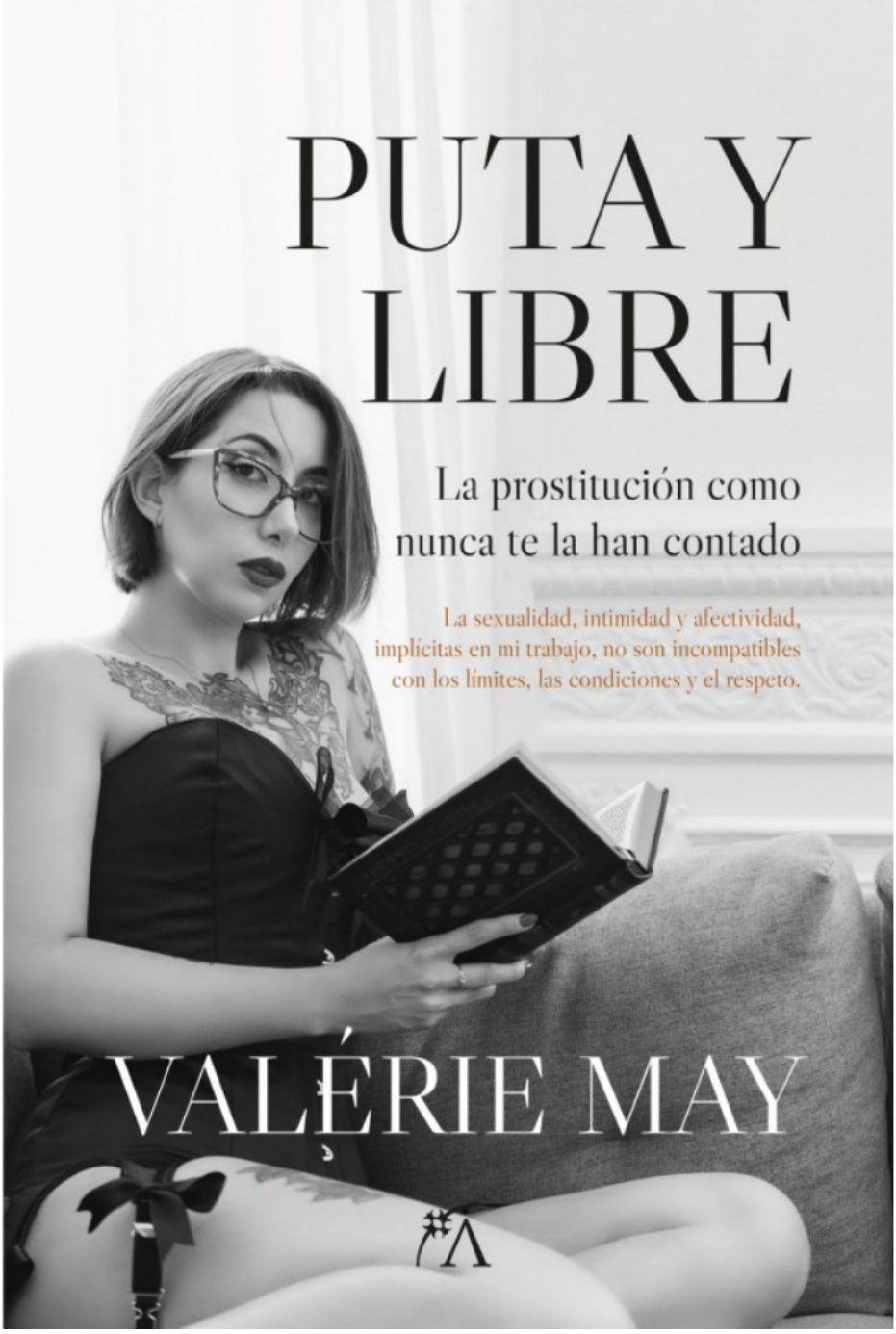
PUTA Y
LIBRE
La prostitución como
nunca te la han contado
La sexualidad, intimidad y afectividad,
implícitas en mi trabajo, no son incompatibles
con los límites, las condiciones y el respeto.
VALÉRIE MAY

ValÉrie May

PUTA Y LIBRE

La prostitución como nunca te la han contado

© Valérie May, 2022
© Editorial Almuzara, S.L., 2022

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright».

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Editorial Arcopress • Sociedad actual
Edición: Pilar Pimentel
Diseño: Fernando de Miguel
Ebook: R. Joaquín Jiménez R.

Síguenos en @AlmuzaraLibros

ISBN: 978-84-11315-16-6

Hecho en España - Made in Spain

Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

«Ojalá podamos ser desobedientes, cada vez
que recibimos órdenes que humillan nuestra
conciencia o violan nuestro sentido común».
Eduardo Galeano

Prólogo

«Escribir es defender la soledad en que se está; es una acción que solo brota desde un aislamiento comunicable», compartía María Zambrano. Estamos ante un libro que revela una soledad inenarrable desde otra pluma que no haya vivido en primera persona la experiencia descrita en estas páginas. Ha habido intentos literarios, fílmicos, musicales y pictóricos admirables, cierto. Como consecuencia, nos hemos ido conformando con obras a lo largo de la historia del arte que pretendían describir una vivencia de forma tan atractiva para el público que pareciera verídica.

La publicación de este título es un punto de inflexión en materia de prostitución. En primer lugar, gracias a la claridad que Valérie ha logrado con su escritura, admirable para ser su primer libro y un reflejo directo de su personalidad y de su manera de entender el mundo. En segundo lugar, porque es un texto situacionista que aporta una exhaustiva información recogida con un interés muy personal, hecho que distancia su escrito de todo ensayo, pues el conocimiento expuesto y asimilado aquí afecta directamente a su cuerpo en materia legislativa y geográfica. Y, en tercer lugar, y lo más importante, gracias al acceso que ofrece como escritora a procesos psíquicos nunca antes reflejados con un léxico tan nítido. Valérie despliega herramientas que hoy, como sociedad, solo podemos comprender gracias a la normalización de las terapias. Descodificar el yo en un trabajo cuyo espacio laboral es la intimidad es un ejercicio que no solo requiere de una inteligencia emocional fuera de lo común, sino de una capacidad crítica, en lo individual y en lo colectivo, que solo alguien excepcional podría traducir en palabras.

Es preciso añadir, por encima de estos puntos, la valentía que profesa una autora que, habituada a la negación generalizada de su propio lugar en el mundo, redacta estas páginas exponiéndose sin retorno a una ira difícil de calibrar por su magnitud. Valérie es todo menos temeraria, sabe a qué se enfrenta y es plenamente consciente de la mirada normativa que se cierne sobre la decisión de ser puta. Hablamos de una visión general sobre un tema del que todo el mundo opina, pero del que nadie sabe. Es por esta razón que *Puta y libre* está destinado a publicarse en el presente para leerse en el

futuro.

Conocí a Valérie en Roma, en el año 2018, porque accedió a visitarme durante el proceso de investigación de mi proyecto *La retorica delle Puttane* en la Real Academia de España. Yo tenía, como todo el mundo, mi propio criterio sobre la prostitución, influenciado principalmente, en mi caso, por los medios y por lecturas académicas
(algunas feministas y otras no). Creía haber recopilado suficientes datos y testimonios para escribir el texto para el que fui becada. Me pesaba no haber contrastado mis reflexiones con una trabajadora sexual italiana, que había buscado sin éxito durante meses. No es habitual que una prostituta esté dispuesta a participar en una pieza artística a causa del estigma social que conlleva visibilizarse. Continué mi búsqueda en España; y Valérie aceptó. La primera vez que hablamos ella tenía claro que, si la propuesta era seria y respetuosa con su trabajo, se involucraría. Ha pasado tiempo desde el primer encuentro romano; ahora somos amigas y mi admiración por su activismo no ha hecho más que crecer de manera exponencial.

Este libro es un ejemplo de cómo Valérie, no solo ha traspasado la famosa barrera de los cinco años, tras la que se estima que una prostituta se rinde y abandona su oficio ante la imposibilidad de llevar una vida normal, sino que se ha reafirmado en su posición. En este texto analiza abiertamente un aspecto de su vida que cuando yo la conocí prefería mantener al margen: su vida en pareja. Este libro deconstruye, entre otras muchas cosas, la idea preconcebida de relación romántica, y nos adentra en una rutina que confronta con una sociedad timorata y desarmada ante alguien que se permite crear vínculos sin referentes, en soledad, con intuición y respeto.

Valérie, ¿y por qué no Antígona?, ha decidido inmolarse dejando un manuscrito donde desenmascara lo que hay detrás del abolicionismo que reluce en programas electorales y en cuantiosas subvenciones. Es duro de reconocer, pero el abolicionismo persigue la prostitución, no la explotación sexual, y Valérie lo explica con una brillante argumentación en términos económicos, legales y personales. La razón duele: hoy, a causa de la moral que impera sobre el inconsciente colectivo, no podemos admitir que una mujer quiera tener relaciones sexo-afectivas por dinero. Muchas podemos entender a una mujer que quiera abortar, no dudamos de su voluntad y no la victimizamos por ello, pero a una puta jamás.

Escribo estas líneas desde Bruselas, donde, poco después de

conocer a Valérie, me reuní con la consejera de la Comisión de Derechos de la Mujer e Igualdad de Género del Parlamento Europeo. Cuando le pregunté si legislaban teniendo en cuenta a las trabajadoras sexuales me contestó que no. Insistí a mi interlocutora en que se trataba de una práctica incongruente cuando eran las prostitutas las que mejor podían aportar una perspectiva invisible para los parlamentarios, y ella misma reconoció la anomalía. Comprendí en ese momento la problemática institucional a la que se enfrenta este colectivo. Meses después me senté en Madrid con la directora adjunta de Amnistía Internacional España para contrastar toda mi información. Esta organización, comprometida con el cumplimiento de los derechos humanos, a diferencia de muchos gobiernos, ha investigado y profundizado sobre la prostitución de la mano de las propias trabajadoras. El informe al respecto es revelador y su posición muy clara: con datos precisos, recogidos en todo el mundo, claman por la legislación de la prostitución. Poco a poco, iba despejando incógnitas que, si bien Valérie había apuntado en nuestras conversaciones, yo misma corroboré.

Me remití en esta búsqueda a otra organización centrada exclusivamente en la lucha contra la trata: Global Alliance Against Traffic in Women. Ellas atendieron diligentemente mis dudas desde Tailandia y fue una sorpresa comprobar que, después de intercambiar varios correos en inglés, estaba manteniendo correspondencia con otra abulense; Chus Álvarez, Programme Officer for Latin America por aquel entonces. Ella compartió conmigo muchas publicaciones sobre prostitución que coincidían con la visión de Amnistía Internacional.

Llegadas a este punto formulo ¿por qué nadie hace eco ni referencia a estos textos?, ¿quién decide omitir esta información y con qué fin?

Mi conclusión es que hoy no estamos preparadas para leer *Puta y libre*, como en su momento no estábamos preparadas para escuchar a Gloria Steinmen. Estoy segura de que en el futuro recurriremos a esta fuente con la normalidad con la que pronunciamos «La verdad te liberará, pero primero te enfurecerá».

Julia de Castro

Bruselas, 12 de septiembre 2022

Antes de empezar…

¿De dónde viene la palabra puta?

Nunca hasta ahora me había preguntado de dónde viene, en realidad, la palabra puta. Pese a llevar tantos años ejerciendo como tal y pese a haberme apropiado del término, que muchas veces se utiliza como insulto hacia las mujeres, hasta ahora no me había planteado cuál es su origen etimológico e histórico.

A pesar de que para la Real Academia de la Lengua la palabra puta es de origen incierto, existe consenso entre filólogos clásicos, como Joan Corominas o Friedrich Diez, de que deriva de la palabra *putta*[1] (muchacha) —femenino de *puttus*[2] (muchacho o chicuelo)—, término ya utilizado por un escritor anónimo del s. I a. C., aunque atribuido al poeta Virgilio en el *Catalepton, VII*, que muestra cómo ya en esa época se usaba con el significado de prostituta/prostituto.

También existe la teoría de que la palabra puta procede del latín *putida*, que significa podrida[3]. En muchas lenguas, siempre se ha interpretado este término como algo maloliente, de los bajos fondos, algo que no debe ser deseado. Y de ahí su carga estigmatizante y el odio desmesurado hacia quienes somos consideradas como mujeres de moral laxa.

Las menciones más antiguas a la prostitución se encuentran en la literatura épica sumeria[4], de hace más de 5000 años y, desde entonces —y a través de las fuentes de sociedades tan diversas como la persa, la griega, la hindú, etc.—, encontramos múltiples referencias al trabajo sexual libre y voluntario; como las heteras de la Grecia clásica que, más allá de ofrecer solo sexo, dentro de sus servicios incluían actividades estimulantes como la danza, la música y conversaciones de gran interés intelectual[5].

Durante toda la lectura de este libro verás que muchas veces hago referencia a la prostitución como trabajo sexual, con el fin de tratarlo como lo que es: un trabajo. De hecho, la expresión trabajo sexual fue creada por la feminista Carol Leigh para que se reconozcan los derechos laborales de todos los trabajadores implicados en la industria del sexo más allá de las prostitutas como: *webcammers*, actrices y actores de la industria pornográfica, creadoras de contenido en webs como *Onlyfans, Strippers y*

¿Qué implica la etiqueta puta?

Cuando revelas que ejerces el trabajo sexual, la etiqueta te persigue y atraviesa todos los ámbitos de tu vida. Vas a ser la hija que no supo hacer otra cosa mejor que dedicarse a eso, la amiga que nadie quiere porque tienes una vida extraña, la pareja de la que cualquier hombre o mujer debería avergonzarse porque el ejercicio de su profesión se considera una falta de respeto a la relación… Te sientes aislada, incomprendida… Sospechas que justificar tu decisión va a ser la tónica constante de tu vida y que es muy posible que hayas escogido una vida solitaria.

Cuando te lo callas, cuando decides ocultar a qué te dedicas y empiezas a llevar una doble vida, el estigma también hace acto de presencia. Tienes que comportarte de manera que nadie sospeche, debes mentir incluso a las personas que más quieres, vives con el miedo a ser descubierta, a encontrarte con un conocido o familiar en una situación que no puedas explicar, a guardarte para ti tus preocupaciones, tus angustias o tus problemas derivados del ejercicio de tu trabajo.

Nadie te va a enseñar a gestionar las nuevas emociones que vas a experimentar, como la culpa, que aunque sabes que no debería atormentarte porque no haces daño a nadie, no puedes evitar sentirla a veces.

Para muchas, el rechazo hacia quienes son ahora es tan grande que tienen que vivir sin que sus padres les vuelvan a dirigir la palabra, con el pesar de que sus hijos se avergüencen de ellas, sufriendo las críticas de los demás y el vacío social, o con la imposibilidad de encontrar el amor y el consuelo de un abrazo antes de dormir después de un día difícil de trabajo.

Cuando decides dedicarte al trabajo sexual, pasas a ser una ciudadana de segunda. A nadie le va a importar si tienes derechos o no porque, en parte, se te culpa de todo lo que te pasa. Eres tú quien ha decidido ser puta y eso implica que mereces perder ciertos privilegios. Como mujer, debes saber elegir si ser «santa o puta», porque no puedes ser las dos cosas a la vez. Y, a no ser que formes parte de una red de trata y te consideren una víctima a quien hay que salvar, no le vas a importar a nadie.

Para las mujeres, no existe mayor insulto que ser una puta, una fresca, una cualquiera…, y ya desde pequeñas nos enseñan a

rechazar la palabra, a odiarla de una forma visceral. Las mujeres podemos ser cualquier cosa, pero jamás una guarra, jamás putas.

1 Corominas, J., *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana.* Editorial Gredos, Madrid, 1973.

2 Diez, F., *An Etymological Dictionary of the Romance languages: Chiefly from the German,* William and Norgate, Londres, 1864.

3 Covarrubias Orozco, S., *Tesoros de la Lengua Castellana o Española*, Luis Sánchez, Madrid, 1611.

4 Jiménez Flores, A.M., «Cultos fenicio-púnicos de Gádir: Prostitución sagrada y Puella Gaditanae», *Habis, N.º* 32, 2001. Universidad de Sevilla.

5 Kurke, L. «Inventing the "Hetaira": Sex, Politics, and Discursive Conflict in Archaic Greece», en *Classical Antiquity, Vol.16, N.º 1, Abril 1997.* University of California Press.

6 Weitzer, R., «Prostitutes' Rights in the United States», en *The Sociological Quarterly, Vol 32, N.º 1, 1991* recuperado de https://doi.org/10.1111/j.1533-8525.1991.tb00343.x.

I

Cuando no era trabajadora sexual

¿De dónde vengo?

¡Súbete los pantalones! ¡Todo el día con los pantalones por los riñones, que se te va a ver todo y la gente va a pensar que eres una fresca, tápate!

Que los 2000 fueron una época terrible para la moda no tiene discusión. Los pantalones de talle bajo y la moda pasajera de llevar el hilo del tanga por encima de estos encendía a cualquier madre, sobre todo si ese comportamiento podía llevar a que otras personas pensaran de ti lo peor: que eras una guarra.

Mi infancia y adolescencia no fueron muy diferentes de las del resto. Mis padres son ateos pero de costumbres tradicionales, y cuidadosos con el qué dirán. Siempre han querido ser una familia que no llame demasiado la atención. Rechazaron que hiciera religión en el colegio, lo cual a mí me parecía bien; sin embargo, hice la comunión y estoy bautizada, supongo que más por tradición y para hacer feliz a la familia, ya que mis abuelas eran cristianas y creyentes, y no tener una nieta bautizada y con la comunión era todo un pecado. Como decía, el qué dirán para ellos era muy importante y consecuencia de haber crecido en una ciudad muy pequeña donde todo el mundo sabía quién eras.

En mi ciudad era normal pasar las noches de verano en la plaza. Bajabas con tu bocadillo de lomo con queso y veías a las vecinas con sus sillas a las diez de la noche comentando cómo era la vida de las demás; desde la del primero C hasta la del décimo A:

—Pues la del primero se ha divorciado. Ahora anda con un novio que es quince años más joven que ella, ¡menuda es!

—¿Y la del quinto? Se ve que no le hace mucho caso al marido y lo tiene «amargao». Me dijo «la» Antonia que cree que va a clubs nocturnos de esos, donde están todas las mujeres perdidas y que nadie quiere.

Las etiquetas y los cotilleos inundaban la calle y, mientras yo jugaba, escuchaba estos comentarios de fondo. Si algo me quedó

claro es que una debe comportarse de una cierta manera para no ser vilipendiada. Pero también aprendí otra cosa, y es que mi familia y yo también formábamos parte de esos cotilleos y que, hiciéramos lo que hiciéramos, siempre habría alguien que tendría algo que recriminarnos, algo que criticar.

A pesar de eso, siempre he hecho un poco lo que he querido. He intentado aprender a no prestar atención a lo que piensan o dicen los demás, a base de ver sufrir a mis padres. Creo que no importa tanto lo que hagas sino el cómo lo hagas, y si esa decisión hace daño a alguien de forma intencionada o si te hace feliz. Y esta es una batalla en la que aún hoy en día sigo luchando.

Como a todos mis compañeros de clase, me hablaron de sexo cuando ya era inevitable: cuando con quince años tuve mi primer novio. Dos adolescentes con el conocimiento básico de qué era un condón y con las hormonas revolucionadas.

Mi contacto con el sexo fue de lo más normal. Me topé con las revistas porno de mi padre una vez. No tengo hermanos con los que hablar de sexo, así que dirigirme directamente a mis padres con mis dudas me parecía raro e incómodo. Mi madre ha sido como una amiga para mí en muchos momentos de mi vida, pero en la adolescencia ese terreno aún era pantanoso. Tampoco recuerdo hablar de sexo con mis amigas, más allá de lo que escuchaba en los pasillos del colegio, así que puedo decir que, en lo referente al sexo, fui bastante autodidacta y sentí, como cualquier adolescente, el halo constante de que el sexo era tabú.

Recuerdo con detalle la zona de adultos del vídeo-club. Era una zona con un cartel de +18 y una cortina roja que llamaban mucho la atención; en mi opinión, un *marketing* nefasto si lo que se pretende es que pase desapercibida. Los hombres que corrían la cortina roja mientras yo miraba la contraportada de Matilda me causaban mucha curiosidad, y siempre que podía miraba de reojo. Porque lo que sí que he sido siempre es una niña muy curiosa.

A pesar de mi innata curiosidad y de mis ansias por experimentar con mi cuerpo, jamás destaqué por ser una adolescente alocada o demasiado lanzada. De hecho, en el colegio, y en el instituto sobre todo, era introvertida, ingenua e inocente. Pasaba muy desapercibida y miraba desde un rincón cómo algunas de mis compañeras llamaban la atención de los chicos de la clase: cómo contoneaban las caderas y sonreían y reían siempre las gracias de cualquier mirada masculina que estuviese presente.

Por aquel entonces hubo una niña que se desarrolló antes que las demás, y de la noche a la mañana pasó a ser la «puta» del

instituto. Ella jugaba con el resto de chicos como siempre, pero al tener un pecho ya formado, su forma de jugar se confundió, con rapidez y malicia, con el coqueteo. Como consecuencia de ello, casi todos los chicos empezaron a verla como algo más que una compañera de juegos y, automáticamente, la culpabilizamos y la señalamos por algo que estaba fuera de su voluntad: el desarrollo de su cuerpo.

De niños podemos ser terriblemente crueles y el insulto más fácil e hiriente hacia una chica tiene que ver con ser una puta. Siempre es la misma historia.

Me empecé a masturbar muy pronto. Aún recuerdo que mi madre se escandalizaba al verme con cinco años. Nadie le había explicado que la masturbación infantil es un proceso normal, que los niños viven con mayor o menor precocidad, y que es una forma de experimentar con su cuerpo en la que no hay nada que recriminar. Si acaso, acompañar y educar para que aprendan lo que significa y entiendan en qué momentos y situaciones pueden o no hacerlo. Igual que les enseñamos qué otras cosas podemos hacer en público y cuáles las reservamos para nuestra intimidad.

Que ahora sea prostituta no implica que mi adolescencia haya sido turbia, extraña o infeliz; o que los valores de mis padres fueran demasiado modernos o su educación mala. Es un mito muy cruel relacionar traumas infantiles con ser prostituta. Es el único trabajo en el que la pregunta sobre cómo fue tu infancia importa. Hay prostitutas que han sufrido en su infancia, sí; pero también abogadas, cajeras y veterinarias. Establecer que los traumas infantiles pueden explicar por qué alguien es trabajadora sexual es absurdo y una falacia de causalidad: *cum hoc ergo propter hoc*.

Hoy, viéndolo en perspectiva, creo que sí hay algunas cosas de mi infancia que explican quién soy ahora y por qué decidí ser trabajadora sexual. Por ejemplo, mi curiosidad innata hizo que fuera una adolescente muy inquieta sexualmente. Nunca tuve prejuicios con la orientación sexual o los deseos de nadie. De hecho, recuerdo que mi mejor amigo del colegio y el instituto sufría insultos y humillaciones porque era gay, algo que no reconoció abiertamente hasta ser adulto. Y ante tal situación, tanto yo como otra amiga mía nunca miramos hacia otro lado: lo defendíamos y nos enfrentábamos a los acosadores. En los noventa, y esto parece que no cambia lo suficientemente rápido, la homofobia era algo muy difícil de gestionar, ya fueras niño o adulto.

De niña y de adolescente siempre tuve mucha facilidad a la hora de tratar con personas: mostrar y sentir cercanía son otras de las

aptitudes que forman parte de mi personalidad. También entender la importancia del disfrute, ya sea a solas o de manera compartida, ha dado como resultado que haya podido valorar este trabajo como una opción.

Mi sexualidad en la juventud

En la adolescencia, llega un punto en el que tener sexo es una meta. Algo que tienes que alcanzar como si fuera un trofeo. Y creo que algo que se repite en todas las generaciones, pasadas y futuras, es que vemos el sexo como el origen de todo. Venimos del sexo entre dos personas que disfrutan mutuamente. Gracias al sexo nos relacionamos a través del disfrute conjunto y sentimos uno de los mayores placeres que hay. Y en la juventud, vivir la experiencia de mantener relaciones sexuales se convierte en una prioridad: y así lo sentía yo cuando perdí la virginidad con dieciséis años, con mi primer novio. Lo que no imaginé es que mi primera vez sería desastrosa.

Con el transcurso de los años he aprendido que el sexo entre adolescentes no deja de ser un juego de niños: es jugar a ser adulto. Lo malo de ello es que se juega sin conocer las reglas, sin apenas saber cómo establecer una comunicación saludable con tu pareja. Llevas a cabo prácticas que no tienes muy claro que te gusten, pero aun así lo haces porque es lo que se espera de ti como novia; porque te encuentras en un lugar difícil, entre las hormonas y la presión social que sufrimos las mujeres. Te pasas la adolescencia con la ardua tarea de navegar entre el ser una fresca o ser una estrecha, y tú no quieres ser ninguna de esas dos cosas.

Las mujeres de tu familia han inculcado en ti el rechazo absoluto a ser una cualquiera, te recuerdan, a menudo, las historias de todas aquellas mujeres infelices que se quedaron sin marido por no saber (o no querer) comportarse de manera adecuada. Te repiten hasta la saciedad que nadie te va a querer si eres libre sexualmente, porque tu fin como mujer es ser la mujer santa y digna que merece un marido. Y en todo caso, si tienes que ser una fresca, solo lo puedes ser con él. Suena a algo muy antiguo, pero todas tenemos ese mensaje en la cabeza: vístete bien, insinúa pero no mucho, cuídate pero tampoco hagas ostentación, sé amable pero no coquetees… Y luego estaba el otro extremo. Si eras una niña que no quería dar un beso a su tío o a su primo cada vez que venían a casa, eras una niña muy sosa y tenías que ser simpática y sonreír. Si por el motivo que

fuera marcabas límites, entonces nadie te iba a querer y podías convertirte en la temida mujer estrecha. La presión, los estereotipos y los prejuicios eran claros y constantes, así que, como decía, creces con esos dos mensajes en la cabeza y con unos cuantos más…

Cuando eres adolescente también tienes más relaciones de riesgo. Lo más cerca que has estado de la educación sexual es con una señora que viene una vez al año al instituto con un plátano en la mano y una televisión a ruedas en otra, y esa clase es aún más aburrida que la de matemáticas. Así que relacionas el hecho de poner un condón con algo aburrido y cero excitante, y si a eso le sumamos que en el porno nadie se pone condón (y el porno es tu mayor fuente de «conocimiento» sobre lo que es el sexo; lo fue para mí y lo ha sido para ti), está claro que tenemos un problema en esta sociedad. Se habla poco de sexo, se habla muy poco y encima echamos la culpa al porno por su existencia.

Si algo tenía claro es que me gustaba masturbarme, fantaseaba con tener relaciones con más de un chico, con un hombre mayor que yo y con chicas. Soy bisexual, porque en ese entonces también sentía atracción sexual por las chicas. Pero no era una atracción romántica, por lo que me consideraba, más bien, una chica heterocuriosa (si es que eso existe), porque es un término que se utiliza a menudo cuando una no acepta que en realidad es bisexual. Y es que, socialmente, lo normal es ser heterosexual, y a mí también me pesó esa carga social durante mucho tiempo.

Referentes de juventud

Recuerdo que en alguna ocasión vi algo de *hentai*, y hubo un momento en el que me di cuenta de que dos de mis pasiones podían unirse: leer y tener orgasmos. Así descubrí los relatos y las novelas eróticas. Me fascinaba leer esas novelas y dejar volar mi imaginación mientras mis manos bajaban y se metían entre mis pantalones, y ahí fue cuando leí por primera vez *Los cien golpes* y *Diario de una ninfómana*.

Me sentí muy identificada con estos dos libros, a pesar de que yo no había tenido las experiencias de sus autoras. Los recuerdo como si en ese momento hubiese sentido casi una conexión mística con ellos. Me sedujeron. Ambos libros tratan de mujeres que buscan respuestas de sí mismas a través del sexo. De cómo crecen y forjan quienes son a través de intimar con otras personas. Sus historias me parecían desgarradoras, revolucionarias, feministas, aun cuando

todavía no me había topado con el feminismo ni sabía que yo misma era feminista. Aunque en estos dos libros podía sentir el dolor de sus protagonistas, también se percibía con claridad que eran mujeres valientes. Esto fue muy inspirador. De alguna forma, yo me vi reflejada en ellas, porque yo también maduré, experimenté mis límites y sentí mi cuerpo arder a través del sexo. Compartir mis orgasmos con quienes yo quería era algo que me encantaba, y no entendía por qué a mi alrededor todo el mundo quería castrar esas experiencias, por qué se empeñaban en catalogarme de buena o mala en función de si compartía con alguien esas vivencias. No entendí, ni entiendo, cómo el sexo, el placer y los orgasmos continúan escandalizando como lo hacen, pero sí comprendí al instante que Melissa Panarello y Valérie Tasso eran malas mujeres y que nadie las querría, y ahí empecé a cuestionarme todo lo que me habían dicho. Empecé a preguntarme el porqué de todo y comencé a darme cuenta de que todo lo que nos han contado a las mujeres es una absoluta mentira. Es el cuestionamiento, el pensamiento crítico sobre una mentira tan grande, lo que echa por tierra todas nuestras creencias. En el fondo, el que sigamos pensando que hay verdad detrás del «hazte respetar» solo responde a un interés ajeno: el del sistema.

Diario de una ninfómana no solo trata de una mujer que experimenta con su cuerpo y que disfruta de sus amantes como una forma de conocerse a sí misma, también habla de sus comienzos como prostituta y de los hombres que pagan por tener sexo con ella; y su lectura hizo que, por vez primera, no viera la prostitución desde la romantización desacertada, desde la pena absoluta o desde el rechazo moral. Este libro, basado en la historia real de Valérie Tasso, me enganchó desde un principio. Jamás sentí su relato como la historia de una víctima, sino como la historia de una mujer admirable, valiente y muy resiliente. Sus vivencias en el mundo de la prostitución eran dulces y agrias a partes iguales, y fue de las primeras mujeres en decir abiertamente que había ejercido la prostitución de forma voluntaria.

Como ya podrás imaginar, mi nombre profesional procede en parte de la inspiración que me despertó esta mujer, pero en aquellos tiempos aún no me planteaba, desde luego, ejercer la prostitución. Cuando leí su libro, con solo trece años, solo cabía en mi mente llegar a ser una buena mujer.

Por otro lado, una vez al año, mi madre y yo veíamos *Pretty Woman* y nos parecía una bonita historia de amor. La de una mujer rebelde pero algo perdida, guapa, inteligente y sensible; y un

hombre apuesto, adinerado y educado. El hombre perfecto para salvar a una Vivian que merece algo mejor que esa vida que tiene. El príncipe azul que rescata a la princesa en apuros. Porque este es uno de los relatos más extendidos en la sociedad, el que más ha calado, el de que el mundo de la prostitución es sórdido, peligroso y denigrante y el único final feliz es aquel en el que la prostituta deja de serlo.

Estos, que eran mis referentes de juventud de lo poco que podía saber de la prostitución, ahora me parecen de risa al ver la ignorancia que existe con respecto a este mundo, y lo mucho que desconocemos sobre su complejidad y su estigma.

Cómo veía la prostitución antes de conocerla

Me atrevería a decir que, como ocurre con la gran mayoría de personas, mi contacto con la prostitución durante mi adolescencia y en los primeros años de mi adultez era prácticamente nulo. De vez en cuando veía algún reportaje de televisión y me daba cuenta de que las vidas de esas mujeres me eran completamente ajenas. Ajenas a mí, a mi entorno y hasta a la sociedad en general. Eran mujeres que en algunos casos habían decidido llevar una mala vida y sentía pena por ellas. Recuerdo caer en la idea de que la gran mayoría eran drogadictas y mujeres que no tenían respeto hacia sí mismas, que no se habían hecho valer como mujeres. En otros casos, las habían obligado y engañado, y me estremecía al pensar en el frío que debían de estar pasando cuando llegaba el invierno y tenían que seguir trabajando en las calles. Cuando veía estos reportajes, a mi alrededor se escuchaban comentarios que expresaban lástima, rechazo y hasta sospecha, por culpa del total desconocimiento en lo referente al mundo de la prostitución más allá del amarillismo habitual de las noticias y los programas de la tele. Más allá de los prejuicios y los clichés. Sin embargo nunca escuché a nadie plantearse qué se podría hacer por ellas para que tuvieran una vida mejor; por supuesto, siempre que ellas quisieran cambiar de vida, cosa que tampoco se tenía nunca en cuenta.

Es curioso cómo a veces parece que somos un poco más conscientes de la suerte que tenemos y nos acordamos más de aquellos que menos tienen o que más sufren. Una época en la que esto ocurre con más frecuencia es la Navidad. Nos llenamos de buenas intenciones y nos prodigamos en buenas acciones, pero esas intenciones y acciones nunca llegan a colectivos vulnerados como el

nuestro, y si llegan, lo hacen desde un punto de vista salvador, incluso paternalista, y con una gran dosis de egoísmo. Salvar a los demás y, por lo tanto, presuponernos por encima de ellos nos hace sentir bien con nosotros mismos. Nos hace sentir mejores y más afortunados.

Las prostitutas siempre hemos formado parte de lo que en España en 1933 se conocía como «vagos y maleantes», la escoria social. Me duele escribir esto porque ahora yo también soy parte de esa escoria. Aunque no me siento identificada como tal y tampoco lo merezco. La empatía es algo que sientes cuando conectas con un colectivo, y el sistema ya se encarga de que no empatices ni con las putas ni con su causa.

II

Mi trayectoria laboral: de integradora social a prostituta

¿Por qué me planteo ejercer este trabajo?

Desde que salí del instituto tuve claro que mi vocación era trabajar con las personas. Desde siempre he empatizado mucho con las personas más desfavorecidas o que se encuentran en situaciones injustas. Ahora reconozco que, en parte, el sistema también ejerce el poder de despertar en las mujeres la vocación de realizar ciertos trabajos destinados al cuidado y a la protección de las personas. Así que estoy segura de que, cuando me decanté por el ámbito sanitario, no fue una decisión plenamente libre.
Al final, todas las decisiones que tomamos en la vida vienen sesgadas por nuestro entorno y factores ambientales, factores que ni nosotros somos conscientes de que están.

También es cierto que al salir del instituto te insisten mucho en que decidas qué quieres hacer y quién quieres ser durante los próximos 40 años de tu vida, y entre prisas y empujones, me apunté al ciclo formativo de grado medio de auxiliar de enfermería. Pasé los dos años de estudios un poco sin saber si aquello que estaba estudiando sería mi verdadera vocación, pero el ambiente entre compañeras era totalmente distinto al del instituto. Todas éramos chicas, no había ni un solo chico, lo que ejemplifica sin duda la realidad de que los cuidados recaen claramente en nosotras. Es cierto que estamos hablando de 2004, la cosa fue distinta cuando estudié integración social, pero para ese entonces la diferenciación entre los trabajos feminizados y los que no lo son era más clara y evidente. La mayoría habíamos salido directamente del instituto pero también había chicas mayores, incluso había una mujer que era como nuestra mamá, porque tenía alrededor de cuarenta años y era la más responsable y la más organizada de todas nosotras.

Salí del ciclo formativo con mis prácticas aprobadas en el Hospital Parc Taulí de Sabadell, en la planta de cardiología, y con un puesto de trabajo nuevo para el verano en una residencia de

ancianos.

Todo era nuevo para mí y disfrutaba mucho de la rutina de las mañanas; y con la energía que tiene cualquier persona a los diecinueve años, levantaba alrededor de ocho abuelos en menos de dos horas y los preparaba para desayunar mientras les hacía la prueba del azúcar entre quejas. El que daba un resultado un poco más alto de lo normal se quedaba sin magdalenas, y si algo tienen muchas personas de la tercera edad es un vicio con los dulces.

Conforme iban pasando los años cada vez sentía más disconformidad con la forma de gestionar las residencias de ancianos. Hablando claro, son un negocio, y en muchas ocasiones el trato que se les proporciona me resultaba incómodo, fuera de lugar y no me representaba. Del ámbito sanitario me faltaba el contacto más cercano con las personas que trataba. Si de algo adolece el ámbito sanitario y, en concreto, las residencias de ancianos es de la falta de personal, de tiempo y de medios, lo que provoca que el trato humano que todas las personas merecen se torne en algo mecánico que limita enormemente que los usuarios se sientan tratados con amabilidad, sin las prisas de tener que cumplir con un horario estricto, que tengan la posibilidad de despertarse de una manera agradable y pausada después de toda una vida de estrés, de trabajo y responsabilidades.

El problema no es que haya falta de empatía, profesionalidad o dedicación por parte de las trabajadoras en la mayoría de casos, sino de las limitaciones impuestas por un sistema cuyo principal objetivo no es el bienestar de esas personas sino la rentabilidad económica incluso de los servicios más básicos y sensibles

Recuerdo el disgusto que se llevó mi madre cuando, con alrededor de veintidós años, teniendo un contrato indefinido y estando muy bien considerada, me fui de una de mis últimas residencias. Ahí fue cuando empecé a sentir ese vacío que comentaba anteriormente.

Había trabajado durante unos años en hospitales y residencias de ancianos, había hecho prácticas en clínicas dentales y, más tarde, y sintiendo que lo que yo buscaba era otro tipo de relación con los pacientes y trabajar con otro tipo de perfiles, decidí pasar del ámbito sanitario al social.

Fue difícil porque como *millenial* tenía el mensaje grabado en mi cabeza de que tenía que tener un trabajo estable cuanto antes, porque eso te aporta mucha tranquilidad. Y una familia como la mía, que ha trabajado muy duro toda la vida, no entiende ni permite que te plantees que puedas o quieras vivir de otra manera.

De hecho, a la mínima queja que tenía con respecto a mi trabajo, a las condiciones laborales, a la política de la empresa, etc., recibía las típicas respuestas del estilo «chica, es lo que hay». Todo eso hizo que me diera cuenta de que el trabajo, desde luego, no te dignifica, que no está ahí para hacerte feliz y que te desgasta enormemente. Además, es casi como si nos obligaran a aspirar a algo más, pero por otro lado la realidad es que para muchas personas no existe otra opción que vivir al día, porque cobrando una nómina de 800 euros, la capacidad de maniobra económica es muy limitada, más si una tiene responsabilidades como sufragar los gastos de vivienda, manutención…, y ya no digamos si tienes hijos o personas a cargo.

A pesar de esos comentarios, algo dentro de mí me decía que no estaba hecha para vivir siempre bajo el mando de empresarios que llenaban sus bolsillos a costa de la pensión de las personas de la tercera edad y que utilizaban la vocación de las personas como yo para su beneficio.

Decidí estudiar integración social porque, en 2010, fui como monitora y auxiliar de enfermería a unas colonias para jóvenes con diversidad funcional organizadas por una asociación de Sabadell, y ahí me di cuenta de que mi verdadera vocación estaba en el ámbito social.

Uno de mis últimos trabajos fue para el Ayuntamiento de Barcelona, en el que acudía al domicilio de una familia cada mañana para acompañar a un niño de diez años al colegio. La situación familiar de este niño era totalmente desestructurada. Con diez años había dejado de ir al colegio y los padres se veían incapaces de proveerle de motivaciones suficientes para que él quisiera ir. Durante el tiempo en el que estuve trabajando con esta familia, el niño fue al colegio y aprendió rutinas que le fueron beneficiosas, pero lo que esa familia necesitaba no era una canguro. Lo que necesitaban esos padres era tener acceso a recursos suficientes que les permitieran poder dedicar más tiempo y energía a tratar de que ese niño —que ya daba muestras de tener una base de inestabilidad emocional, ataques de ira y desprecio absoluto a la organización y a las rutinas— no se desadaptara aún más.

Señalamos a quien no sigue las reglas del juego de esta sociedad, abandonamos a quienes no son funcionales para que la rueda del sistema continúe; pero mientras, la sanidad y los servicios sociales están completamente desbordados y sin recursos ni ayudas. ¿Cómo vamos a echarles la culpa de su situación si como sociedad no somos capaces de que el sistema proteja y ayude a los más desfavorecidos?

No quiero que penséis que me hice prostituta por resentimiento hacia el sistema o hacia el mercado laboral. Obviamente estaba descontenta, como imagino que muchos lo estamos, pero hubo más factores que influyeron en el momento de plantearme esta profesión. Entre ellos, mi sentimiento de no encajar, de que mi futuro no podía ser siempre así, porque eso me hacía tremendamente infeliz.

Aguantaba máximo dos años en los trabajos hasta que me hastiaba y decidía marcharme y empezar de nuevo. Buscaba con ansias sentirme realizada de verdad y encontrar el trabajo para el cual me había preparado. Sentía que buscaba y buscaba, pero cuando transcurría un cierto tiempo, el trabajo se volvía rutinario. Y, sin estímulos nuevos, con un horario marcado de 9 a 17h (en los mejores casos) y con unas malas condiciones laborales, me agotaba y me sentía vacía.

Como integradora social disfrutaba mucho de trabajar con personas con diversidad funcional, de hacer actividades con y para ellos. Recuerdo los años que trabajé para una asociación de Sabadell con mucho cariño, pero aun en esos momentos sentía de nuevo ese vacío y llegó un punto, en 2016, en el que necesitaba cambiar. Me desesperaba enormemente esa sensación que inundaba todo mi ser.

Al principio, valoré abrir mi propio negocio. Se me presentó la posibilidad de hacerme cargo de una tienda de productos veganos, en ese entonces era vegetariana, y me pareció una idea interesante. Así que hice un estudio de mercado, con la ayuda de mi prima, e incluso pedí un préstamo al banco. Ahora me alegro de que no me lo concedieran porque sé que no hubiese sido tampoco mi mejor opción. Nunca he tenido verdadero interés en las ventas, pero fue lo más cerca que estuve de emprender un negocio. Lo que estaba claro es que necesitaba trabajar por y para mí.

Primer contacto con el trabajo sexual

Me mudé a Tarragona por amor y, al no tener nada que me atara a Sabadell, y mucho menos el trabajo, pensé que sería una buena idea volver a empezar en una nueva provincia. Estaba segura de que habría residencias o asociaciones para trabajar como auxiliar de enfermería o integradora social, pero lo que no sabía antes de mudarme es que jamás volvería a trabajar de ninguna de esas dos cosas…

Por aquel entonces no me podía imaginar que Tarragona sería la ciudad que vería nacer a Valérie.

Un día de mayo de 2016, en la consulta de mi dietista, y en el transcurso de una conversación de lo más normal, Arantza dijo una frase que me descolocó. Fue algo así:

—Yo trabajo con el novio de una prostituta.

—¿Perdona, cómo dices? —pregunté por si no había entendido bien.

—Sí, viene a consulta a veces con su pareja. Es prostituta, se llama Nuria[7]. La verdad es que los dos son muy majos.

Estoy totalmente segura de que en otro momento o a otra persona, esta frase le habría llamado la atención tanto como a mí pero, pasadas unas horas, se le habría olvidado. Sin embargo, en mi caso ese mensaje se quedó clavado en mi cabeza, y estuve dándole vueltas durante horas y días. No solo por el contenido de la frase, sino por la naturalidad con la que ella me había hablado de una prostituta. Hasta entonces, mi contacto con la prostitución había sido desde lo ajeno y lejano, y cuando hablaba de ese tema, siempre había una connotación negativa. No podía imaginar que mi dietista tuviera amistad con una de ellas.

Esa noche soñé con conocer a Nuria y hablar con ella. Sentía mucha curiosidad. Algo dentro de mí estaba despertando.

A los pocos días, y con esa idea aún dentro de mi cabeza, decidí investigar. Busqué su nombre por Google y hallé su correo electrónico. Después de darle muchas vueltas a cómo ponerme en contacto con ella, decidí escribirle para pedirle consejo.

Supe al instante que las probabilidades de que me respondiera eran muy limitadas, pero lo hizo. Fue clara, no tenía mucho tiempo (si algo tenemos en común las prostitutas es que sabemos bien el valor que tiene nuestro tiempo) y me sugirió que respondiera una por una todas las preguntas de una larga lista, entre las cuales recuerdo las siguientes:

—¿Quieres ser independiente o quieres trabajar para una agencia?

—Estudia a qué perfil de cliente te quieres dirigir.

—¿Tienes conocimientos de *branding* o *marketing*?

—Averigua qué puedes aportar, qué te diferencia, en qué destacas.

—¿Quieres trabajar mucho y cobrar poco o trabajar poco y cobrar mucho?

Me dijo que a partir de mis respuestas podría aconsejarme un poco mejor, pero que en este negocio, como en la vida, se aprendía

a base de cagarla.

Me sentí desbordada entre tantas preguntas complejas, y aquí fue cuando conocí una de las mayores realidades de la prostitución: no es un trabajo fácil.

Me tomé varios días para responder a cada una de sus preguntas, y mientras tanto empecé a googlear cada vez más a menudo los términos «prostitutas en Barcelona». La primera vez casi me caigo de la silla. De repente me topé con la gran cantidad de mujeres que ejercían. Chicas jóvenes, mujeres maduras y hombres; personas cis y trans; delgadas, gordas, blancas, negras y cada una con una publicidad y un estilo diferente. Desde chicas con fotos caseras ofreciendo media hora por 100 euros a chicas de agencia de alto *standing* donde una hora sobrepasaba los 1000 euros.

A nadie nos da por preguntarnos si conocemos a alguien que haya tenido contacto con una prostituta o incluso si conocemos a alguna de ellas, porque damos por hecho que esas mujeres son ajenas al resto de mujeres: a esas mujeres normales que conocemos diariamente.

A nadie le da por pensar que la enfermera encantadora que nos atiende cuando tenemos un dolor de estómago tiene otra identidad: se llama Hannah y es conocida por su elegancia, por su saber estar y por dominar el *squirt* a la perfección. Además, es la mejor chica de compañía de su agencia. Todos los hombres quieren estar con ella y hace dos semanas aumentó sus tarifas que la posicionan en un mejor estatus.

Si buscas «prostituta» en internet junto con el nombre de tu ciudad, te darás cuenta de la gran cantidad de mujeres que se dedican al trabajo sexual. Ninguna cumple con el mismo perfil que la anterior. Nos han dicho que la mayoría de mujeres que ejercen están explotadas y viven una vida de penuria y vicio. Por tanto, debería haber un perfil claro, ¿no? Pues no lo hay, porque existen realidades tan diversas que es imposible establecerlo.

La mayoría de mujeres que deciden ejercer el trabajo sexual lo hacen ocultando su rostro y viviendo una doble vida, y este es el motivo principal por el que muchos de nosotros vivimos alejados del hecho de que el trabajo sexual forma parte de nuestro día a día. La realidad es que conoces a personas que son clientes y conoces a personas que ofrecen sus servicios sexuales a otros, pero no lo sabes.

Y si esto es así, ¿cómo es que un trabajo que está tan presente en nuestro día a día puede a la vez parecernos tan lejano y ajeno?

La realidad es subjetiva y la construimos a través de los ojos de

nuestras creencias y experiencias. Nos han repetido una y otra vez que hay un perfil de prostituta y cómo es ese perfil. Y las mujeres de nuestro entorno, nuestras madres, hermanas, tías, amigas, compañeras de clase o de oficina no encajan en ese perfil. Así que lo obviamos y nos encargamos de ser nosotros mismos quienes provocamos que las mismas prostitutas sean personas aisladas o que se vean abocadas a tener una doble vida para integrarse en la sociedad, como una loba con piel de oveja que encuentra en esa doble vida la única forma de sobrevivir.

Quienes decidimos mostrar la cara, asumimos que la gente va a etiquetarnos y a colocarnos en el puesto que menos incómodo le resulte. Y asumimos también que vamos a tener que justificarnos y explicar que todo lo que nos han contado sobre la prostitución es mentira o, cuando menos, está sesgado, intencionadamente o no. Pero de esto ya os hablaré más adelante. En esos primeros días, como decía, mi sorpresa aumentaba por momentos y me sentía maravillada y llena de curiosidad por este nuevo mundo que se abría ante mí.

Cómo quiero ejercerlo: la girlfriend experience

Recuerdo con claridad las dos últimas palabras con las que Nuria cerró su último correo electrónico: «Piénsatelo bien».

De todas las opciones posibles, valoré cuál encajaba mejor con lo que yo buscaba. Tenía claro que no quería trabajar para nadie, así que descarté los clubs, las agencias y los pisos.

Siendo completamente honesta, reconozco que aún me faltaba toda la información que tengo ahora y tenía mis prejuicios: pensaba que ejercerlo en la calle, clubs o pisos era moralmente peor que hacerlo de forma independiente. El clasismo dentro del trabajo sexual existe y es muy difícil deshacerse por completo de los clichés que han perseguido la prostitución durante siglos. El estatus que tienes como mujer dentro del trabajo sexual no es el mismo si ejerces en la calle o si eres *scort* de agencia. De hecho, el término *scort* es una palabra que poco a poco utilizamos menos, con el fin de eliminar ese clasismo dentro del colectivo, pero a niveles de *marketing* funciona. Los clientes con más solvencia económica buscan chicas de un estatus superior, y ahí entramos las *scorts*. Si quieres tener éxito en tu trabajo, tus clientes deben tener el dinero suficiente para pagarte, así que es una dicotomía interna que aún hoy en día me persigue.

En ese entonces yo tenía el pelo verde, *piercings* y tatuajes, un aspecto bastante alternativo, muy *suicide girl*, así que tampoco me veía ejerciendo para determinados clientes. Quería tener una tarifa relativamente alta sin que resultara excesiva, porque aspiraba a tener encuentros espontáneos, naturales y próximos. Esto lo tenía claro. También sabía que quería mantener encuentros relativamente largos, donde pudiera crear un ambiente cercano y de confianza para poder hablar con tranquilidad y conocer un poco a esa persona que venía a visitarme.

Como os decía anteriormente, lo que me gusta de mi trabajo es tratar con personas, así que convertir un encuentro sexual en toda una experiencia a diferentes niveles me parecía una forma maravillosa de conocer a las personas que querían intimar conmigo.

Fue de esta forma como conocí la modalidad *girlfriend experience*. Dentro de los servicios de una *scort* se encuentra esta especialidad, que consiste en ofrecer un encuentro íntimo más allá del acto sexual. Implica la posibilidad de disfrutar de una cita en la que también haya momentos de cariño, afecto, intimidad y aprecio mutuo. Un valor añadido con el que muchas personas no cuentan en su vida diaria y que este servicio aporta.

En una sociedad cada vez más saturada de información, con jornadas laborales eternas, una fuerte presión social que casi obliga a tener una vida ocupada y a dedicar tiempo a cuidarse, en la que vivimos bajo la falsa ilusión de conocer a mucha gente a través de las redes sociales mientras que nos sentimos terriblemente solos…, no es de extrañar que haya personas que encuentren en un servicio de estas características el espacio que necesitan en sus vidas para parar y conectar con alguien en un ambiente íntimo.

En el momento en el que profundicé en el significado de esta experiencia, me indentifiqué con ella inmediatamente y sentí que esta forma de ejercer encajaba plenamente conmigo. Llegué a la conclusión de que, de todas las opciones que podía plantearme, esta era la más segura. Así fue como decidí que, si iba a hacerlo, sería de esta manera; y empecé a pensar y a crear a Valérie.

La diversidad de la prostitución

El mundo de la prostitución es increíblemente diverso; factor que origina la mayor parte de los prejuicios. La manera en la que ejerces el trabajo sexual también es motivo de juicio para la sociedad; del cual dependerá, además, el grado de estigma o de

rechazo. La prostitución puede ser ejercida de muchas formas y aquí os explico algunas: la primera y la de más impacto visual es la llamada «hacer la calle». Esto no siempre es sinónimo de mujeres en situación de trata u opresión. De hecho, son muchas las mujeres con las que he tratado que trabajan en la calle y defienden su decisión de continuar ejerciendo sin que las persigan y sin que las multen, como el colectivo de las prostitutas organizadas de Barcelona, autodenominadas Putas Libertarias del Raval o el Colectivo de Prostitutas de Sevilla. Podemos encontrar una gran diversidad de mujeres cis, migrantes y trans que encuentran en la calle la manera más eficaz de ejercer el trabajo sexual sin tener que invertir en un lugar en el que atender a los clientes y, así, el dinero que ganan es íntegro para ellas. Hay múltiples motivos por los que se decantan por esta forma de ejercer; entre ellos se encuentran el rechazo social, el precio extremadamente caro de los alquileres en las grandes ciudades y los elevados gastos asociados o la voluntad de salvaguardar su vivienda particular y la difícil conciliación con el cuidado de los hijos o de personas dependientes, etc. Lamentablemente, los motivos personales que las empujan a trabajar así, unidos a las multas que, a veces, sufren por culpa de normativas criminalizantes, como la ley mordaza o las diferentes ordenanzas municipales que actualmente tenemos en vigor en nuestro ordenamiento jurídico, dificultan enormemente su posicionamiento en la sociedad.

Ejercer en la calle es una de las formas más antiguas que existen. En el caso de Barcelona, existen documentales en la filmoteca de Catalunya que muestran a las prostitutas de los años 40, mujeres con curvas pronunciadas y con faldas de tubo bien ajustadas, contoneando su silueta por las calles del Raval. Pero en la Ciudad Condal encontramos evidencias más antiguas aún en documentos medievales, que sitúan a las prostitutas en las calles Robadors, D'en Roca, del Vidre o dels Banys Nous a lo largo de los siglos XIV y XV.

Que sea una de las formas más antiguas también favorece a quienes hoy en día se decantan por este tipo de ejercicio, porque los clientes más tradicionales saben dónde pueden encontrarlas y es una forma de asegurarse el trabajo diario.

Aunque la prostitución que se practica en clubes o pisos gestionados por terceros también existe desde hace siglos[8].

Muchas de estas mujeres son migrantes que han venido buscando una vida mejor que la que tienen en sus países de origen. Si algo destacamos siempre en nuestras demandas sobre trabajo sexual es que el motivo de que muchas mujeres acaben ejerciéndolo

no es la trata coactiva o la explotación sexual, sino la desigualdad y la pobreza que arrastran a miles de mujeres a acudir a los tratantes como única vía para escapar de sus países, donde la hambruna y la falta de trabajo las consumen.

Las fronteras también son responsables de que la única opción para salir de estos países sea a través de tratantes, pues, como destaca Helena Maleno, experta en trata: «El cierre de fronteras está haciendo cada vez más fuertes las redes de trata»**9**.

Sé que muchos pensaréis que quienes están siendo coaccionadas son las que están haciendo la calle o quienes se publicitan dentro de un piso donde hay diez asiáticas viviendo juntas. Estos entornos son los más vulnerables, y cuando se han dado situaciones de trata, la mayoría de las veces ha sido ejerciendo de esta manera; pero existen, y es una realidad, mujeres migrantes que deciden trabajar en un piso donde hay más chicas como ellas. Lo deciden así porque se sienten más seguras trabajando juntas, porque la falta de papeles dificulta el tener una vivienda propia para trabajar de forma independiente y también porque de toda la gestión de publicidad y captación de clientes se encarga el o la dueña del piso. Muchas trabajadoras refieren que es un lugar donde poder entablar conversación con sus compañeras durante los periodos de espera entre cliente y cliente.

Otra de las vías que encontramos son las agencias. Muchas chicas que quieren empezar a dedicarse al trabajo sexual, pero no quieren hacerlo en pisos o en la calle, suelen hacerlo de esta manera. Cuando das tus primeros pasos en el mundo de la prostitución, no tienes ni idea de cómo captar a tus primeros clientes ni de quién puede hacerte la web o con quién obtener tus primeras fotos de calidad. Yo empecé siendo totalmente independiente y cree mi web de cero sin tener conocimientos de *branding* ni de creación de web, y, animada por la sensación de no tener nada que perder, opté por lanzarme a la piscina y probar directamente como independiente, pero muchas de las compañeras que he conocido se han iniciado con una agencia.

Las agencias cobran una comisión, en la mayoría de ocasiones un 40 % por servicio, lo que compensa para algunas compañeras por la comodidad de dejar la parte de la publicidad, no tener que atender el teléfono, filtrar a los clientes serios de los no tan serios… Colaboran con ellas durante largos periodos de tiempo y, además, las agencias cuentan con una cartera de clientes bastante grande debido a que invierten en posicionamiento web y es muy fácil encontrar portales especializados en los primeros puestos en

Google. El posicionamiento de una chica independiente jamás superará al posicionamiento de una agencia o web de anuncios destinada a este tipo de servicios.

También es cierto que otras recurren a las agencias como una forma de aprender y ganar experiencia para, más tarde, iniciarse como independientes, y pasar a ser ellas quienes lo gestionan todo.

Y, por último, quiero hablaros de quienes ejercemos de forma independiente. Esta forma de trabajar implica que este proyecto funcionará como tu pequeña empresa y tendrás que crear tu propia marca, porque vas a tener que destacar entre el resto. Algunas chicas crean dos identidades o personajes para compaginar su trabajo como independientes con el ejercicio como chicas de agencia. Esta opción les permite a muchas tener trabajo de forma más estable e inalterable.

Ejercer de forma independiente implica que todo el trabajo recaiga sobre ti. No solo se trata ya de atender bien a los clientes, sino de saber buscar un buen fotógrafo o videógrafo, tener conocimientos (o al menos saber manejarte de forma decente) en terrenos como el *marketing*, el *branding* y el diseño gráfico. Eres tú quien filtra a los clientes y eres tú quien gestiona las redes sociales, el correo electrónico, el teléfono, la web y también tu publicidad a través de los anuncios que pagas, y además bien caros. Una de las cosas que ocurre cuando ejerces de forma independiente es que, a veces, todo resulta el doble de caro, porque se asume que ganas inmensas cantidades de dinero cuando no es así, y hay servicios dirigidos a las trabajadoras sexuales que se aprovechan. Hay fotógrafos que por contratar una sesión destinada a ofrecer servicios de carácter sexual te cobran una tarifa especial. La publicidad es excesivamente costosa, a menudo mucho más que otro tipo de anuncios (hablamos de precios a partir de 100 euros para que tus fotos y tu contacto estén durante 30 días en un portal de anuncios con un buen posicionamiento). Encontrar un apartamento o habitación por horas para poder ofrecer tus servicios no es tarea fácil y, en muchas ocasiones, resulta prohibitivo. Por ejemplo, las habitaciones para trabajadoras sexuales en Barcelona suelen rondar los trescientos euros de media a la semana.

A cambio, eso sí, tú eres quien gestiona tus horarios, filtras a aquellos interesados que no encajan contigo y creas tu propia marca destinada a captar al perfil que más te interesa, aunque la cartera de clientes no es tan estable y sólida como cuando trabajas para una agencia.

Algo de lo que se habla muy poco es de que hay meses que

sientes que tu perfil desaparece de la faz de la tierra y no te contacta nadie. Trabajas muy poco y te entran todos los miedos pensando que ya nunca más volverás a trabajar, que ya no gusta tu perfil y te invade un sentimiento de pánico que todas, absolutamente todas, las compañeras que ejercemos de forma independiente hemos sufrido. No obstante, hay meses que no paras de trabajar y todo el mundo te contacta. Es un camino de subidas y bajadas bastante pronunciadas, pero si consigues mantenerte un cierto tiempo y te conviertes en una marca estable, puedes tener una cartera propia de clientes fijos. Estoy segura de que muchos trabajadores autónomos se verán identificados en este párrafo, y si es así es porque está claro que no hablamos de cosas diferentes. Al fin y al cabo, el sexo profesional es trabajo.

Cuando trabajas para ti misma, todo pasa por ti, así que, a pesar de protagonizar muchas novatadas y de estar en búsqueda permanente del equilibrio entre tantas cosas, te das cuenta de que vas a aprender mucho y de que ese viaje será intenso y enriquecedor.

7 Nuria es un nombre ficticio ya que esta compañera dejó de ser visible en redes y por respeto he considerado oportuno ocultar su verdadero nombre.

8 Benito Julià, R. «La prostitución y la alcahuetería en la Barcelona bajomedieval (Siglos XIV-XV)», Miscelánea Medieval Murciana N.º 32, 2008 recuperado de *https://doi.org/10.6018/j49251*.

9 Maleno, H «La externalización de fronteras potencia las redes de trata» recuperado de *https://malaga.acoge.org/jornadas-sobre-trata/?reload=686841* en 2022.

III

Amor y prostitución… ¿incompatibles?

Cuando nos enamoramos, creemos que lo que estamos sintiendo por esa persona que tenemos frente a nosotros no lo vamos a poder sentir con ninguna otra… pero ¿es realmente así o es como nos han dicho que nos debemos sentir?

También nos han repetido un millón de veces que si queremos tener relaciones sexuales con más de una persona es porque no quieres lo suficiente a tu pareja. Hasta hace bien poco no se ha empezado a dar visibilidad al poliamor, a las relaciones abiertas y no se han considerado como posibilidades válidas a estas otras formas de relacionarnos sentimental y sexualmente. Aunque aún a muchas nos resuenan como utopías inalcanzables. Digo muchas porque quienes más mensajes de amor romántico hemos recibido hemos sido nosotras, las mujeres, y nos resulta inimaginable tener relaciones sexuales con otra persona que no sea nuestra pareja, porque esto significaría una grave falta de respeto. Porque el amor de verdad, el auténtico, solo puede ser de una manera.

No os hablo de nada nuevo si os nombro a Disney o a las novelas de Super Jazmin, esos amores imposibles que nuestras madres leían los domingos por la tarde en sus vacaciones de verano mientras, entre suspiros, aspiraban a tener una historia de amor así de intensa y pasional. Tampoco os digo nada que no sepáis sobre la influencia que ejercen en nosotras todas las películas de género romántico.

Todo lo que rodea al amor está escrito para que se viva de una manera muy concreta y se nos presenta una única forma de amar: la que no incomoda a la sociedad. Por lo que no se suele cuestionar si es esa nuestra auténtica manera de querer.

Hombre, mujer, monogamia… no quiero hablaros otra vez de lo que ya sabemos, y es que hay muchas maneras de querer y muchas personas a las que podemos amar, pero ¿qué ocurre con las prostitutas? ¿Podemos amar? ¿Podemos tener relaciones sentimentales dignas de una novela romántica? ¿Podemos ser amadas y ejercer el trabajo sexual a la vez? ¿Podemos tener relaciones sexuales con otras personas y cobrar por ello sin que esto

implique infidelidad y suponga una falta de respeto hacia la pareja? ¿Se puede tener una relación monógama siendo prostituta o es necesario que sea abierta o poliamorosa porque es la única forma de que la otra persona acepte tu trabajo?

Pues la respuesta a todas estas preguntas es sí. Un rotundo sí. Y si queréis un ejemplo, aquí está el mío: soy puta, tengo pareja desde hace ocho años y estoy casada.

Mi situación sentimental

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos con Arantza acerca de que conocía a la pareja de una prostituta? ¿Qué opinas sobre esto? Sé que te puede sonar un poco extraño, pero me estoy planteando ejercer yo también…

No recuerdo cómo fueron exactamente las palabras que utilicé para explicarle a mi pareja que ejercer el trabajo sexual era una posibilidad que estaba contemplando muy seriamente, pero fue algo así.

Nuestra relación empezó de forma muy convencional, nos conocimos a través de una aplicación tipo Tinder y nos entendimos muy bien desde el principio. En ese entonces yo estaba acabando de estudiar integración social y él se presentó como funcionario. Nos llevamos seis años, en aquel 2013, yo tenía 25 años y él 31. Cuando me dijo que era funcionario lo primero que pensé es que era profesor, de hecho es la profesión que aún hoy en día le pega más, pero me dijo que era policía local.

Os cuento su profesión porque aparte de que ahora mismo hacemos una pareja peculiar, una prostituta con un policía, su respuesta a mi propuesta laboral fue la siguiente:

—Ufff, es un trabajo muy peligroso y me preocupa mucho lo que te pueda pasar. He tenido que acudir a clubs varias veces porque algunos clientes se pueden poner muy pesados si van bebidos…

El problema de profesiones como esta, como ser policía, es que te genera una disonancia cognitiva respecto a la realidad social. Con esto quiero decir que presenciar de forma continua en tu trabajo algunos de los peores y más delicados momentos y episodios en la vida de las personas puede provocar que lo hagas extensivo al resto de la sociedad y acabes considerándolo un problema global. El policía que trabaja en el turno de noche en el barrio más problemático de Barcelona puede tener una visión de la sociedad muy distinta a la del policía que trabaja con niños que aprenden

educación vial de lunes a viernes y en horario de mañana.

No es mentira que en un club o un piso donde se ejerce la prostitución puede haber clientes molestos, que incordian, que no pagan, que se sobrepasan…, pero tampoco es cierto que sea lo más habitual. Y la cuestión es que la policía acude solo cuando es requerida por una situación complicada y no cuando el servicio está siendo respetuoso y los límites y condiciones están siendo perfectamente acatados.

De hecho, es cierto que muchas de las compañeras son migrantes, pero se asume de forma automática que se encuentran en situación de trata. Cuando inmigración no implica *per se* trata.

Es de esta forma como esa visión subjetiva, acentuada además por algunos de los datos sesgados que se siguen difundiendo, se continúa perpetuando deformando la realidad de la prostitución.

Siendo completamente honesta, tanto mi pareja como yo tuvimos que hacer un trabajo largo de deconstrucción de nuestra idea de relación romántica cuando finalmente decidí que el trabajo sexual iba a ser mi opción laboral.

Plantear la decisión, comunicación con la pareja

La comunicación dentro de la pareja, a mi parecer, es uno de los pilares principales para que esta funcione, pero no es fácil ponerla en práctica de manera eficaz y adecuada cuando lo que tienes que comunicar es que, de la noche a la mañana y sin nunca haberos ni siquiera planteado la opción de abrir la relación, vas a tener relaciones sexuales con otras personas y que, además, en eso va a consistir tu nuevo trabajo. ¡Joder, no es nada fácil!

Recuerdo que nos sentamos un día en la mesa del comedor, respiré hondo e intenté explicarle que mi planteamiento era ofrecer un servicio llamado *girlfriend experience*, que consiste en ofrecer una experiencia de compañía cuya base no es la relación sexual en sí, sino la posibilidad de sentir un acercamiento afectivo durante el encuentro. Mi pareja ya me conocía bien por entonces (llevábamos tres años, pero como decía, la comunicación siempre fue muy importante desde el inicio de la relación y gracias a ello él sabía que yo era una persona curiosa en todos los aspectos de la vida, también en el sexual) y no le sorprendió demasiado que me planteara este trabajo.

Soy una persona muy noctámbula, pero no tenía intención de trabajar a diario con un horario exclusivamente nocturno. Tampoco

quería servicios de última hora porque lo que más odio en el mundo son las prisas y la falta de organización, y menos para ofrecer un servicio tan delicado como este. Le informé de mis límites y de que, como es obvio, podíamos debatirlos y plantear de qué forma hacerlo para que fuera lo más fácil posible este cambio para ambos.

—Pero vamos a ver, C., yo no sé si voy a saber gestionar que tengas relaciones con otros hombres. No me lo he planteado y necesito tiempo, porque no solo me preocupa tu seguridad, es que yo no sé cómo coño me va a hacer sentir que estés con otras personas.

El estigma que sufrimos las trabajadoras sexuales alrededor del amor no solo está atravesado por el amor romántico o la monogamia, sino por la educación católica y el patriarcado que de una forma constante establece la diferencia entre la mujer santa y la mujer puta.

Frases como «si es una cualquiera, solo para un rato; si sabe cuidarse y tener dignidad, es una mujer a la que puedes tomar en serio» o «una santa en la calle y una puta en la cama» estipulan, de nuevo, cómo debemos comportarnos las mujeres en lo referente a las relaciones sexoafectivas. Si una mujer explica que es prostituta, se realiza la traducción social simultánea de que está diciendo en voz alta y para todo el mundo que ella, en la calle y en la cama, es una puta, y entonces y de manera automática deja de ser tomada en serio. Y, por supuesto, deja de ser la novia ideal.

Aún recuerdo la conversación que tuve un día con un conocido. Él aseguraba que respetaba y toleraba perfectamente que una mujer decidiera dedicarse al trabajo sexual. De hecho, alababa la valentía de cualquier mujer por hacer un trabajo tan complicado, pero también decía que él no podría tener a una trabajadora sexual como pareja. Argumentaba que no era por celos, sino porque en qué lugar le dejaría a él ser la pareja de una prostituta. El problema del estigma de ser puta es que se fusiona con otro estigma: el de convertirse o ser la pareja de una prostituta, lo cual conduce a la necesidad de justificarse, soportar etiquetas, ser señalado o señalada como «el novio/a de…» y solo se espera que uno sienta vergüenza.

Nosotros, por suerte, no éramos apenas conscientes de cómo iba a pesar el estigma. Y digo «por suerte» porque si aparte de tener que deconstruir nuestras propias creencias alrededor del amor y de nuestra relación hubiésemos tenido que pensar también en cómo sobrellevar el estigma, no creo que ahora mismo yo fuera Valérie May ni que este libro hubiese salido a la luz.

Tomamos la decisión de probar. Hemos sido una pareja que no

ha tenido miedo a experimentar y confiábamos mucho el uno en el otro. Supimos marcar bien algunos límites que para nosotros fueron importantes y entendimos desde el principio que las relaciones sexuales que mantendría en el terreno laboral no tendrían nada que ver con las relaciones que tenemos entre nosotros.

Aunque pueda parecer que, al final, todo es sexo, y en parte es así, las relaciones sexuales que mantenemos con los clientes parten de bases completamente distintas a las que podemos tener no solo con nuestra pareja, sino esporádicamente con otras personas, tanto si tenemos un acuerdo de relación abierta como si, solteras, conocemos a alguien en un bar un sábado por la noche mientras estamos con nuestras amigas.

El sexo es sencillo. El cómo nos relacionamos los seres humanos es mucho más complejo. Y es por este motivo por el que nuestros deseos, aspiraciones, motivaciones, creencias, estados de ánimo, sentimientos o emociones marcan la diferencia entre una relación sexual y otra.

Por eso, para las trabajadoras sexuales no es tan disparatado tener relaciones completamente monógamas donde se puede practicar sexo cobrando, más o menos satisfactorio, con otras personas, y, más tarde volver con sus parejas y disfrutar de una relación sexual plena, que constituya el lugar de intimidad en el que se encuentran más cómodas y felices.

Suele ocurrir que muchas de las trabajadora sexuales vemos el sexo desde una perspectiva distinta y mucho más indulgente. Para algunas, el sexo no va implícito al amor, sino al placer, a la diversión y a una experiencia puramente carnal. Gracias a las vivencias que mantenemos con nuestros clientes —que nos enseñan que las motivaciones que pueden llevar a una persona a querer tener sexo con otra son muy diversas y que el afecto puede sentirse con grados muy distintos y por diferentes personas—, y con el paso del tiempo, vemos la posibilidad de abrir nuestra propia relación e, incluso, sentimos curiosidad por el poliamor.

Recuerdo perfectamente lo nerviosa que estaba la primera vez que tuve a mi primer cliente y cómo para J., mi pareja, también fue un momento muy delicado. Me acompañó unas calles en dirección al hotel donde me estaba esperando mi cliente, nos cogimos de la mano y nos dimos un beso. Le dije que tendría el móvil encendido por si necesitaba alguna cosa y él me recordó que le dijera algo al entrar y salir de la cita para que estuviese más tranquilo y supiera que todo iba bien.

Cuando volví a casa, le conté que todo había sido un desastre

porque me di cuenta de que era muy novata y que me faltaba recorrer un largo camino de aprendizaje. Él me dijo que al principio lo había pasado muy mal, pero luego lo fue racionalizando y le hizo muy bien pensar que simplemente estaba trabajando… Así que decidimos continuar. Desde entonces, y ya van casi seis años, aprendimos a vivirlo con naturalidad, y mi nuevo trabajo nos ofreció una manera de solidificar aún más las bases de nuestra relación, ya que no solo siento que mi pareja acepta y respeta mis decisiones, sino que me comprende, me apoya y me acompaña en ellas.

La vida sentimental de las prostitutas

Esto que os he explicado es mi historia, pero que quede claro que yo no soy un caso excepcional. Muchas de nosotras tenemos pareja, algunas compartimos nuestra vida con un hombre, otras con una mujer, otras tenemos relaciones poliamorosas y otras están solteras…

La realidad de las trabajadoras sexuales y, por tanto, de sus relaciones sentimentales es muy variada, pero a pesar de que cada una de nosotras podemos vivir diferentes situaciones, la verdad es que a todas nos pesa un gran estigma. Y es que sabemos que no todo el mundo, por no decir la mayor parte de las personas que nos pueden interesar para mantener una relación, entenderá, aceptará y respetará nuestra decisión laboral.

El amor dentro del trabajo sexual es un melón bastante grande. Cuando empecé y fui conociendo a compañeras del sector, me di cuenta rápidamente de dos cosas: la primera es que mi situación sentimental era peculiar, no solo porque mi pareja fuera policía, sino porque suele ser extraño que la persona que te conoce previamente a ser trabajadora sexual, y con la que mantienes una relación bastante normativa, siga a tu lado cuando empiezas a ejercer. Normalmente, la mayoría de mis compañeras conocen a sus parejas una vez que ya están ejerciendo y desde el principio construyen su relación con su estado laboral ya establecido: que no es otro que ser prostituta.

La segunda cosa de la que me di cuenta es que hablar de relaciones sentimentales fuera del trabajo es un tema tabú. No solo entre nosotras, sino de cara a los clientes. De esto os hablaré más adelante, pero como os decía antes, es un melón grande y este es el terreno en el que más se percibe el miedo a no ser aceptadas.

Durante todos estos años he podido conocer a unas cuantas compañeras que han sufrido el rechazo de padres, amigos y parejas. Yo misma soy consciente de que, si lo dejara con mi actual pareja, mi trabajo sería un hándicap importante con el que tendría que lidiar. No solo existe el rechazo directo y la incapacidad para intentar una relación con una trabajadora sexual, ya sea por celos, prejuicios, creencias morales u otro motivo, sino que también recae en nosotras el estigma de que no somos válidas. Hay personas que asumen que nos pasamos el día en lencería, que nos gusta el sexo de forma casi obsesiva o que tenemos un problema con el dinero. A menudo, se acercan a nosotras personas con intención de mantener una relación fuera del ámbito profesional en la que lo único que buscan es sexo. Piensan que somos personas que no necesitan que alguien simplemente nos abrace o apoye, cuando es todo lo contrario.

Por otro lado, y paradójicamente, se dan situaciones del todo antagónicas, es decir, a veces, aparece el paternalismo y la infantilización hacia nosotras por parte de personas que quieren acercarse de manera sentimental. Por tanto, o se nos rechaza, o se pretenden construir relaciones condescendientes con roles desiguales. A pesar de que lo que la mayoría de nosotras realmente queremos es a alguien que no nos vea solo como trabajadoras sexuales, para bien o para mal, sino que nos vea tal y como somos, más allá de a lo que nos dediquemos.

A veces nos sentimos muy solas y nuestro entorno es vital para que podamos enfrentar el estigma tan grande que conlleva ser trabajadora sexual. Cuando este pilar no está, una necesita encontrar esa fortaleza de otra forma y esa manera, la mayoría de las veces, es a través de una coraza, una forma de filtrar el rechazo y el repudio. Es por esta razón que, a veces, las trabajadoras sexuales podemos parecer inalcanzables, frías o distantes…

Para combatir el rechazo en el aspecto sentimental (y también familiar), hay compañeras que optan por crear una doble vida. Esto suele ser bastante común e incluso esa doble vida no solo es de cara al exterior, de cara a la sociedad, sino hacia su propio entorno. Conocí a una compañera que cada día de la semana se arreglaba a las ocho de la mañana y no regresaba a su casa hasta las cinco de la tarde. Para su marido, ella trabajaba en unas oficinas como administrativa.

La realidad es que cada día iba a un hotel distinto de Barcelona a atender clientes; se iba a la cafetería del hotel y aguardaba a posibles interesados o directamente atendía a clientes con cita

previa.

Estas historias me fascinan y a la vez me saturan. ¿Cómo puede ser la vida de estas compañeras que, encontrándose en un entorno que temen perder, crean una red de fantasía alrededor de su vida? Estoy segura de que tú, que estás leyendo esto, también pensarás que así no se puede vivir, y puede que, de forma no consciente, te sientas atacado o atacada y tengas ganas de cerrar este libro. Pero tengo que decirte que todos somos, al fin y al cabo, responsables de que muchas compañeras tengan que optar por esta última vía para no ser señaladas y despreciadas por su opción laboral.

Nosotras somos las mismas personas que éramos antes de ser trabajadoras sexuales. Es incomprensible e injusto que quien nos apreciaba hace dos días ahora no quiera ni vernos. Es trabajo de la sociedad aceptar que no solo somos prostitutas, sino que somos personas dignas de ser amadas, dignas de poder crear un entorno seguro para nosotras, dignas de poder escoger una opción laboral sin que eso nos suponga el repudio absoluto.

El amor entre trabajadoras sexuales y clientes, ¿ocurre tan a menudo?

Sí y no. Hay prostitutas que tienen relaciones con sus clientes. Lo cierto es que conozco a compañeras casadas con quienes fueron sus primeros clientes. Aunque puede que se malinterprete esto que voy a decir ahora, el cliente de prostitución no es considerado igual que el cliente habitual de una cafetería, por ejemplo, y los clientes, al fin y al cabo, son quienes mejor entienden cómo es nuestro mundo, ya que son parte de él. Esto puede provocar que a través de este, nuestro universo, se puedan crear unos grados de empatía mayores que los que puede tener una persona ajena al trabajo sexual. Este alto grado de empatía es el factor determinante que posibilita que una trabajadora sexual y un cliente conecten fuera del entorno laboral y decidan conocerse en su vida personal, aunque esto no siempre sale bien porque el contexto cambia.

Para nosotras es mucho más fácil comprender los límites y entender que la relación que se está generando en ese momento —por muy agradable que sea, por muy bien que lo estemos pasando, por mucho que sintamos esa química que se genera a veces y nos tiemblen de verdad las piernas cuando ese cliente nos besa— no deja de ser dentro de un contexto muy concreto e incluso con un halo de fantasía y *brilli* muy bien colocado y pensado. De hecho,

nuestro trabajo consiste en ofrecer nuestra versión más encantadora y brindar una experiencia totalmente cautivadora. Por tanto, somos bastante conscientes de que hay otra cara que el cliente no conocerá jamás y, por ende, hay una parte de nosotras que no conoce y de la que no puede enamorarse.

Este contacto puede confundir un poco a algunos clientes, lo que es normal porque no es totalmente mentira lo que ven. Pero tampoco somos cien por cien nosotras. Por ejemplo, no hablamos con nuestros clientes de nuestras inseguridades o miedos o de los conflictos familiares o sentimentales que estamos sufriendo en ese momento, o de que hemos estado tres horas intentando lidiar con el banco para pagar un recibo… Eso no suele ser muy atractivo.

En cambio, ellos sí lo son. Muchos se abren a nosotras y nos muestran su parte más vulnerable, lo que genera un grado de confianza muy grande y puede llevar a la confusión, pues muchas veces esa confianza es del mismo tipo que la que tienes con tu pareja.

Como en el resto de situaciones que he comentado antes, hay motivos nacidos del estigma por los que hay clientes que se enamoran de nosotras. El estigma atraviesa la emoción del cliente y le hace pensar que solo puede haber dos razones que expliquen la química durante el servicio: o estás fingiendo o estás enamorada de él o ella. Y la mayoría de las veces, por no decir el noventa por ciento de las ocasiones, es un punto medio.

No fingimos todo el tiempo ni con todos los clientes. He de confesar que hay momentos en los que disimulamos que tenemos sueño, hambre, ganas de llegar a casa y poner la televisión mientras nos comemos una pizza… Y sí, hay momentos en los que nos mostramos más receptivas al sexo de lo que realmente estamos, pero esto no implica que seamos las reinas de la interpretación. Lo cierto es que me he encontrado en servicios en los que estaba disfrutando realmente con clientes que vienen con la idea tan interiorizada de que todas hacemos un papel, que han llegado a soltarme de golpe un «no hace falta que finjas». Supongo que también llevados por el prejuicio de que nadie quiere realmente hacer este trabajo y que nadie lo disfruta. Así que en estas situaciones, de nuevo, nos topamos con el estigma de que solo haces este trabajo por obligación o porque tienes un problema con el sexo.

Pero, obviamente, tampoco estamos enamoradas perdidamente de todos nuestros clientes. Todas tenemos clientes favoritos, clientes que adoramos y apreciamos mucho, clientes que nos excitan y clientes que saben mucho de nosotras y ante quienes nos abrimos de

forma sincera y honesta. Pero, al final, la mayoría no dejan de ser clientes con los que, si acaso, llegamos a establecer una relación de amistad. Las trabajadoras sexuales, aunque tratemos de protegernos y tengamos muy claros los límites de las relaciones que mantenemos con nuestros clientes, no dejamos de ser personas, por lo que en un momento dado podemos sentir hacia alguien algo más que una mera relación contractual. Sobre todo teniendo en cuenta lo que comentaba de la intimidad y la confianza que se generan entre trabajadora y cliente. Por eso, no es raro que nos enamoremos de alguno o que consideremos amigos a otros, como podría ocurrir en cualquier trabajo de cara al público.

¿Cómo viven los clientes el hecho de que tengamos pareja?

En mis primeros dos meses aprendí una de las reglas no escritas que hay en la prostitución: jamás rompas la fantasía que el cliente tiene contigo por contarle que tienes pareja.

Esta regla la aprendí cuando un cliente que había reservado un encuentro conmigo descubrió mis redes sociales personales. No era muy cuidadosa con esto porque no le daba ninguna importancia ni sabía cómo podía afectar a mi trabajo. Había visto una foto con mi pareja y pasó algo que aún hoy día me deja atónita. Me escribió rápidamente para contarme que había encontrado mi cuenta de Instagram personal y que debía cancelar la cita alegando que *se había roto la magia*.

Hay clientes tan diferentes entre sí como personas hay en el mundo, y cada uno de ellos tiene su historia personal, sus fantasías y deseos más ocultos. Unos buscan en ti un medio para satisfacerse, otros ven la manera de sentirse queridos y especiales durante un tiempo y otros sienten una gran admiración hacia ti. Algunos de ellos se convierten en nuestros mayores seguidores, nos siguen en todas nuestras redes sociales y, sorprendentemente, son fieles en extremo. Nos alaban e idealizan, y conocernos y mantener un encuentro con nosotras se transforma en un deseo, una meta, un tesoro que al conseguirlo les aporta una felicidad instantánea. Y algunos te idealizan tanto que, cuando descubren que tienes una vida más allá de la imagen que proyectas en tu entorno profesional, sienten que se les rompe la magia.

Como es normal, hay personas que son conscientes de que no deja de ser tu trabajo. Algunos saben que lo disfrutas mucho, pero

que, cuando cierras la puerta de tu apartamento, vas a volver a tu realidad, con tus amigos y familia.

Paradójicamente, esto también crea en determinados clientes un cierto atractivo, pues desde esa normalidad sienten que conectan realmente con nosotras, y ver fotografías nuestras sin maquillar, de un domingo por la mañana o que expliques que ese día has tenido un dolor de cabeza tremendo y encima has tenido que llevar a tu perro al veterinario les resulta encantador.

Estos son los motivos por los que cada una de nosotras mide con qué clientes es factible tratar algo tan personal como el hecho de tener pareja, pues puede pasar de ser un dato sin más a ser el motivo principal por el que ese cliente decida cortar la relación profesional que tiene contigo.

Lo que es evidente es que es un terreno pantanoso, y suele haber dos motivos por los que este tema les resulta, a algunos, de gran incomodidad. El primero es que para ellos eres esa fantasía de mujer inalcanzable, misteriosa, sensual y atractiva a la que solo se puede acceder a través de pago previo, y no les parece justo que otro hombre acceda de forma gratuita. Con esto me refiero solo a los hombres, porque si la pareja de una prostituta es una mujer, la cosa cambia drásticamente. Muchas compañeras cuyas parejas son mujeres se sienten completamente libres para explicarlo, porque el cliente no ve en la pareja una amenaza, sino una fantasía erótica.

Amigos y amigas, aquí el patriarcado y el porno se unen para ofrecer en bandeja la fantasía del *ménage à trois* y no hay nada más erótico, exótico y seductor que tener sexo con una chica e imaginar que, más tarde, tiene sexo con su pareja lesbiana, por no hablar del sueño de muchos de llegar a formar parte de este encuentro.

El motivo número dos tiene que ver con la posesión dentro del amor romántico. Me explico: entre los hombres hay una ley no escrita un tanto primitiva por la cual la mujer de otro hombre es *propiedad* de ese hombre. Un hombre al que se le debe respetar, y, por tanto, no se puede tocar algo que es suyo… Sí, lo sé, estamos hablando de prostitución, de una mujer que mantiene relaciones sexuales con más de un hombre, aparte de su pareja o parejas, pero para ciertos hombres esta creencia es tan inconsciente y está tan arraigada que lo único que saben es que les genera tanta incomodidad que esta mujer sea *propiedad* de otro hombre que deja de parecerles atractiva.

Y sí, en este terreno donde la diversidad es tan grande también hay lugar para las paradojas, pues hay clientes para los que tener relaciones con una prostituta que tiene pareja estable les resulta

muy morboso, pues precisamente están incumpliendo esa misma ley no escrita; están teniendo relación con la mujer de otro hombre, y ellos, dentro de la fantasía, no son los clientes, sino nuestros amantes secretos.

IV

Mamá, soy prostituta

¿Explicar la decisión o no?

De todos los momentos difíciles que he vivido a la hora de revelar mi decisión de ser trabajadora sexual, explicarlo a la familia fue realmente el más complicado. Esa frase que se repite constantemente acerca de que los amigos y las parejas van y vienen pero que familia solo hay una es cierta. Solo tenemos una familia de sangre y, aunque esto no es inherentemente bueno, es una realidad.

Yo nunca me he considerado una persona muy apegada a la familia ni de las que van a verla cada semana. Soy más del tipo de persona que está ahí cuando la necesitas de verdad y, si encarta, pues nos vemos. Mi relación con mi madre ha sido buena en general, aunque en algunas cosas somos muy parecidas y eso provocaba que chocáramos bastante cuando era más joven. Ahora ha mejorado considerablemente desde que no vivimos juntas. Y es que, a veces, la distancia permite limar ciertas asperezas. De hecho, cuando nos llamamos, podemos estar tranquilamente una hora hablando sin darnos cuenta. Hemos sido el consuelo la una de la otra y, en momentos importantes, el mejor apoyo. Esta es la razón por la que mi madre fue la primera persona en saber que había dejado de ser integradora social para ser prostituta.

—Mamá, tengo algo que contarte…

Era un día de verano de 2016, vivía en Tarragona y mi madre y yo nos estábamos bañando en la piscina comunitaria cuando decidí explicarle que ya no estaba trabajando como integradora social ni como auxiliar de enfermería, sino que había empezado a trabajar como «acompañante de hombres».

—Pero ¿cómo *acompañando a hombres*?

—Pues eso, que les ofrezco un servicio en el que a veces vamos a cenar, a visitar algún museo o los visito en sus ciudades y les hago de acompañante tanto de forma social como afectiva e íntima.

—Vamos, que eres puta.

—Sí.

—¿Pero eso te gusta? ¿Es lo que quieres?

—Sí, creo que sí. Acabo de empezar, pero creo que puede ser una buena opción para mí.

Mi madre siempre me dice cosas del estilo «ya nada me sorprende de ti» y es que, como os explicaba en anteriores capítulos, toda la vida he sido bastante independiente, curiosa e inquieta. No creo que haya sido mala hija, pero sí se podría decir que a menudo me he rebelado contra lo establecido. Así que esta vez tampoco se sorprendió mucho, y menos aún cuando le recordé cómo de descontenta estaba con el ámbito laboral normativo desde hacía un tiempo.

Fue extraño porque ese día continuó como si nada. Esperaba que se enfadara, llorara o sintiera vergüenza o culpa o todo a la vez. Pero solo me preguntaba de vez en cuando si me cuidaba, cómo lo hacía para estar segura y por supuesto, cómo J. «me lo permitía». Las garras del patriarcado y el amor romántico también han estado presentes en mi familia, y aunque yo le respondiera que no soy propiedad de mi pareja y ella me contestara que ya lo sabía, sus comentarios apuntaban hacia otra dirección.

Incluso me llegó a preguntar si era mi pareja quien me había empujado a ello, debido a que, como ya he comentado, las parejas de las trabajadoras sexuales también sufren el estigma del trabajo sexual. En este caso, lo habitual es que la gente piense que son o bien tus proxenetas, o bien unos calzonazos, sin tener en cuenta ni reflexionar que lo que ocurre en el seno de una pareja puede ser mucho más complejo y diverso que aquello a lo que están acostumbrados, ya sea por su experiencia, por su socialización, etc.

Una de las primeras justificaciones que salieron de mí fue la de cómo lo hacía para no correr peligro con los clientes, una cuestión, sin duda, muy recurrente en este tipo de conversaciones. Le expliqué que siempre había alguien de confianza que sabía en todo momento dónde estaba, la duración de la cita y que nos protegíamos entre compañeras. También expuse que la comunicación y la confianza en el seno de una pareja permiten hacer un trabajo de deconstrucción mutua y que ello da lugar a la posibilidad de que esta opción se viva y se sienta como lo que es, un trabajo.

Ninguna madre quiere que su hija se dedique a la prostitución, lo que es totalmente lógico teniendo en cuenta el tipo de información que leemos acerca de cómo es la vida de las prostitutas. Además, el sistema también se encarga de que el resto

de profesiones, por muy malas condiciones que ofrezcan, siempre parezcan preferibles para una hija antes que el trabajo sexual. No importa si esos trabajos son precarios, si cuentan con cláusulas laborales abusivas, si están mal pagados, si reportan o no felicidad, si conducen a la ansiedad o la depresión o incluso si están atravesados por ese patriarcado que, a veces, parece tan evidente en el trabajo sexual pero que cuesta tanto reconocer e identificar en otros ámbitos laborales y hasta de la propia vida.

Con el paso del tiempo, para mi madre ha sido algo difícil de gestionar y vive en la tesitura entre sentirse orgullosa de mí por luchar por lo que creo, por ver cómo lo gestiono y por comprobar que soy feliz y, por otro lado, convive con el rechazo moral hacia la profesión, con el no entender por qué he tomado esa decisión cuando yo era integradora social y, sobre todo y lo que más le pesa, con el qué dirán. Qué dirá la gente que nos rodea, ya no solo directamente a mí, sino también qué le dirán a ella sus conocidos, sus compañeras de trabajo, sus vecinas. Y es que creo que mi trabajo siempre será su talón de Aquiles.

A pesar de tener miles de seguidores que me envían mensajes diciéndome que me admiran, que tengo mucha valentía para defender mis derechos y el reconocimiento de mi trabajo e incluso siendo consciente de que para algunos soy una inspiración, la realidad es que es de las personas más cercanas y queridas de nuestra vida de quienes más esperamos esa aceptación; que sea tu madre, tu hermana o tu abuela quienes te abracen y te digan que te admiran y que no hay nada malo en tus decisiones.

Es curioso porque, a pesar de llevarlo de esta manera, casi siempre me pregunta por mi trabajo. Si he tenido algún servicio ese día, si estoy bien y, a veces, incluso se permite ser algo más curiosa y se acerca a mí con dudas sobre algunos clientes. Alguna vez me sorprendo hablando de sexo, pero la mayoría de los días prefiere omitirlo. Y otros simplemente prefiere evadirse pensando que mi vida es algo más normal.

Al principio del libro os hablaba acerca de ese sentimiento de culpa que surge en muchos momentos desde que decides ser trabajadora sexual. Reconozco que a mí me hace sentir muy culpable que mi madre, en algunos momentos, sufra o no sepa gestionar la situación. Me pregunto si hice bien al no crear una doble vida o al no mentir acerca de a qué me dedico. A veces no tengo claro si fue la mejor opción, ya no para mí, sino para ella, y pienso cosas que duelen como, por ejemplo, si fue egoísta por mi parte ser honesta.

Tras mi madre, se lo conté a mi padre y, aunque hay cosas que tampoco entiende, lo que más le importa es saber si yo soy feliz así. Mis padres siempre han sido protectores, pero ante todo han sido respetuosos con las decisiones que he tomado en la vida, y, aunque tienen que luchar contra sus propias contradicciones y prejuicios, procuran dejarme el espacio suficiente para no hacerme sentir juzgada o presionada. Algo que agradezco profundamente y por lo que me siento afortunada.

Tras comunicárselo a mis padres, se lo conté a mis tíos más cercanos. A mi tío, que también es mi padrino, le costó un tiempo digerirlo e incluso estuvo semanas sin poder dirigirme la palabra. Fue mi madre quien al final le recordó que yo seguía siendo la misma persona y que, aunque ella tal vez no entendía del todo mi decisión, tampoco le parecía bien que el resto de personas cambiaran su actitud conmigo. Desde entonces, la relación volvió a la normalidad, y con esto me refiero a que prefirieron actuar como si continuaran sin saber a qué me dedico. He observado que esta es otra de las maneras que tiene la gente de gestionar esta información: hacer como si no pasara nada, olvidarlo, obviarlo, ignorarlo…, y centrarse en aquellas cosas que no le resultan incómodas o en aquellas otras que aprecian de ti.

Las reacciones que sufres durante el proceso de comunicar a los demás que te dedicas al trabajo sexual son impredecibles. Es posible que la persona que más temes perder sea la más comprensiva o puede ocurrir todo lo contrario, que quien no te esperas que se lo tome mal se vea superado por una información que rompe con sus esquemas mentales, con su moral o con su cultura.

La familia, tu familia, al igual que tu pareja o tus amigos, va a ser tu punto débil. Explicar a qué te dedicas puede ser una razón para perderlos. Y eso da mucho vértigo. Jamás me veré con la autoridad suficiente para aconsejar qué opción es mejor: contarlo o no contarlo. Aunque en mi caso particular hacerlo era de vital importancia porque no concibo una relación, sea del tipo que sea, sin ese nivel de confianza y comunicación. La mentira me comería por dentro con el tiempo. Aun así, decir abiertamente a qué me dedico ha provocado que sienta nuevas emociones y desarrolle conductas diferentes, como la complacencia.

Miedo al rechazo

A todos nos gusta sentirnos integrados, que nos acepten por

quienes somos y nos amen por ello. Cuando tomas decisiones que van en contra de lo habitual, de lo que se espera de ti, nace el rechazo y te sientes algo aislado. Así que no es extraño que a muchas nos dé miedo que quienes nos importan nos rechacen y nos excluyan, porque la decisión que hemos tomado, sin duda, no es normativa y no es ni mucho menos la que se espera de ti.

El miedo al rechazo provoca en nosotras una conducta compensatoria. El estigma, aun siendo conscientes de que no nos lo merecemos, está dentro de nosotras. Y nos sentimos egoístas por ser felices haciendo algo que, en teoría, no deberíamos hacer. También sentimos que no somos suficientemente válidas. La sociedad, la educación y las etiquetas pesan sobre nosotras, por lo que quienes siguen a nuestro lado y nos respetan cuando conocen nuestra profesión se vuelven personas de gran valor. Y aquí nace la conducta compensatoria. No son pocas las veces que me doy cuenta yo misma de que me esfuerzo por complacer a mi entorno. Lo que está diciendo esta conducta en lo más profundo de mi ser es que hay una necesidad inconsciente de recordar por qué merezco aún ser amada.

El otro día mientras comía unos *noodles yakisoba* con J. en uno de nuestros lugares favoritos, entre bocado y bocado le explicaba que la noche anterior, mientras cenábamos con una pareja, amigos nuestros, y yo le mostraba a ella las únicas fotos mías que tenía en aquel momento en el estudio que me parecían más adecuadas para la imagen principal de cubierta, en las que aparecía en lencería, intentaba con temor no girar demasiado el teléfono hacia su chico, por miedo a que mi amiga se sintiera incómoda en algún momento o pensara que se trataba de algún tipo de insinuación hacia su pareja al enseñar una foto mía en ropa íntima.

Leo y percibo muy rápido los gestos sutiles de incomodidad o desagrado, como cuando mi amiga de forma inconsciente, al ver que le mostraba esas fotos a su pareja, cruzó los brazos, se reclinó hacia atrás y se quedó callada. Estoy segura de que ni ella misma fue consciente de esto, pero la educación moral que nos han inculcado durante siglos es palpable aún en nosotras y la lencería tiene una función y un lugar, así que utilizarla o mostrarla fuera de este contexto es de ser una fresca y una maleducada. Por muy feministas que queramos ser todas, frente a experiencias de este estilo, se percibe cuál es nuestro nivel de deconstrucción.

Al final del día me doy cuenta de que he integrado en mi vida con demasiada naturalidad procurar molestar lo menos posible, ser hipervigilante en cómo el resto se encuentra conmigo y con todo lo

que envuelve a mi trabajo, como ocurrió en la anécdota anterior, lo que resulta ser tremendamente agotador. A veces, hay momentos en los que no sé de dónde saco las fuerzas para continuar defendiendo mi decisión con tanto ahínco.

Las trabajadoras sexuales solemos ser muy sensibles, tolerantes y empáticas. Aptitudes que la gran mayoría de personas no cree que podamos tener, porque casi siempre que la sociedad se refiere a nosotras, se presenta solo una caricatura de lo que realmente somos con el objetivo de restarnos dignidad y hasta humanidad. Es más, resulta curioso que cuando el abolicionismo señala que las prostitutas sufrimos falta de autoestima, que tenemos miedo al rechazo o que sentimos inseguridades por culpa de los clientes o del sistema prostitucional, como lo llaman ellas, se les olvida mencionar que estas reacciones son en realidad fruto del estigma. Un estigma que está en manos de la sociedad eliminar y que, si se continúa perpetuando como se hace, los familiares de las trabajadoras sexuales seguirán sintiendo ese rechazo y esa vergüenza hacia quienes aman con motivo de la profesión a la que han decidido dedicarse.

La herencia moral y religiosa

Cuando me preguntan cuáles son los motivos por los que el trabajo sexual se continúa criminalizando, siempre respondo lo mismo: hay muchas razones, pero la religión y la moral siempre han jugado un papel fundamental. Son los cimientos del control hacia las mujeres, son el origen del matrimonio monogámico y son el soporte del patriarcado. Y es que por mucho que nos pese, no nos hemos liberado de la religión, no nos hemos liberado de la educación judeocristiana y no nos hemos liberado de la moral católica.

¿Y cómo puedo asegurar que esto es así en el siglo XXI, con una sociedad tan laica como la que tenemos? Pues porque existen personas que creen que ser prostituta implica perder la dignidad, y su idea de la dignidad está totalmente ligada a la moral religiosa.

Pero ¿qué es la dignidad? Según su estricta definición es «la cualidad del que se hace valer como persona, se comporta con responsabilidad, seriedad y con respeto hacia sí mismo y hacia los demás y no deja que lo humillen ni degraden».

La religión también proyecta una idea muy clara de cómo debe hacerse respetar una mujer, por lo que se considera que las

trabajadoras sexuales son personas que no se han hecho valer, personas que permiten que se las humille y se las degrade. Pues se entiende que mantener relaciones sexuales fuera del matrimonio con compensación económica de por medio es una demostración de «libertinaje» y «vicio» en su forma más ruin, que tiene como consecuencia la pérdida irremediable de la dignidad. Es por ello por lo que dejamos de ser vistas, de forma automática, como personas honorables.

La dignidad es inherente a la persona y, a mi parecer, el merecimiento de esta no depende de la profesión que uno ejerza, sino de cómo uno se comporte con su entorno, de cómo trate al resto de personas con las que comparte este mundo y de si procura o no ser mejor persona cada día. Pero es en la prostitución, y no en otros sectores, donde la dignidad se utiliza como arma arrojadiza para criminalizar a las trabajadoras sexuales; como una forma de recordarles que están en el camino equivocado por desobedientes y que su insolencia merece ser castigada. Lo que provoca, una vez más, una caza de brujas.

El sistema de valores basado en la moral cristiana e implícito en la educación de todos afecta, incluso de forma no consciente, a la construcción de nuestra identidad y de nuestra ética personal. Esto provoca que cuando señalas que cierto tipo de comentarios se basan en la religión te respondan que ellos no son católicos y que no es por creer en Dios ni nada por el estilo, sino porque les molesta de una forma que no saben explicar. Recordáis que las mujeres siempre tenemos que escoger entre ser santas o putas, ¿verdad? La falsa dicotomía de tener que honrar a una y desechar a la otra tiene su raíz en la religión.

Es aquí cuando cada uno de nosotros debería realizar un trabajo de introspección y análisis autocrítico y valorar realmente si el repudio hacia esta profesión nace en la parte racional y desde el conocimiento e información sobre el trabajo sexual o desde la moral que vive instalada en nosotros, que ni controlamos ni somos conscientes de ella.

Hablar desde la moral, la ignorancia y el odio más vehemente puede provocar que se defiendan ideas temerarias que repercuten de forma directa en todo un colectivo, como en este caso, el de las trabajadoras sexuales. Ideas como las que he apuntado respecto a la falta de dignidad de las putas, la deshumanización que sufrimos y la victimización constante promueven corrientes de pensamiento y movimientos políticos que, con objetivos tan dispares como el de la salvación de las pobres prostitutas o el castigo de las mujeres de

moral laxa, plantean acciones y fomentan cambios normativos que acaban colocando a las putas en situación de mayor vulnerabilidad y precariedad, como trataré de explicar más adelante.

V

¿¡Que te dedicas a qué!?

Cuando los amigos se enteran antes de que lo cuentes

Llevaba alrededor de dos meses ejerciendo cuando J. y yo hablamos acerca de la importancia de no demorarnos mucho en contárselo a nuestras amistades. Ya me había hecho mi página web y mi cuenta de Instagram profesional donde publicaba mis fotografías, desafiando la censura de la plataforma —con la que más tarde me toparía y la cual me obligó a crear al menos cinco cuentas nuevas más— . Conociendo el algoritmo y cómo interactúa con tus contactos, temía que mi cuenta de Valérie le apareciera a alguno de nuestros amigos.

Como decía, no habíamos acabado de hablar de cuándo y cómo contárselo a nuestros amigos cuando dicho algoritmo de Instagram hizo de las suyas y sugirió mi cuenta a una de las amigas del grupo de J., que no tardó ni dos segundos en enviarle un *wasap*:

«J. He encontrado esta cuenta y es C. Creemos que te está engañando y debes saberlo…».

Automáticamente decidí ser yo quien se encargara de tomar el control de la situación, explicarle todo lo que había ocurrido y escribirle. Este extracto contiene algunas palabras que le envié un 2 de julio de 2016:

Hola E. Ya me ha dicho J. que te has enterado. No ha sido a través de la forma que hubiéramos querido, pero imaginábamos que no iba a tardar mucho.

Cualquier pregunta que quieras hacerme, no te cortes. Y espero que esto no afecte a vuestra relación con J. ni conmigo, aunque esto ya es vuestra decisión personal (…).

La cuestión es que es una decisión propia y, como te ha dicho J., consensuada. Yo siempre he tenido la mente abierta a nivel sexual y soy feminista, y hacer lo que hago ahora ha sido durante mucho tiempo algo que no hice por el qué diría la gente (…).

Aparte, evidentemente, de que yo no siento que venda mi cuerpo.

A partir de aquí, si quieres preguntar algo, como, por ejemplo, cómo lo lleva J., que al fin y al cabo es el que os importa, etc., me dices.

Ella, aún sorprendida y bastante confusa, me respondió que no entendía cómo J. llevaba bien que me dedicara a la prostitución, pero que bueno, que era cosa nuestra y que no tenía que afectar a nuestra amistad.

Me di cuenta de que la conversación había sido más fría de lo normal. Yo había sido la primera pareja de todo el grupo de amigos que conectaba tan bien con ellos y me aceptaron como una más desde el primer día. Hacíamos barbacoas juntos, excursiones y era muy agradable formar parte del grupo de amigos de toda la vida de J., unas personas que lo habían visto crecer.

Nos pusimos algo nerviosos y decidimos convocar un encuentro con todos, tras asumir que una captura de pantalla de mi cuenta de Instagram había sido compartida entre todos. De alguna manera, nos vimos en la obligación de dar «explicaciones».

Con el transcurso de los años me di cuenta de que me justifiqué mucho más de lo debido. Di muchas más explicaciones de las que tendría que haber dado, pero esto es algo que aprendes con el tiempo. Quien te quiere va a estar a tu lado, sin la necesidad de hacerte sentir inferior y de forzarte a agachar la cabeza por haber tomado ciertas decisiones que ellos no aprueban. De hecho, quien te dice que te acepta pero más tarde te hace sentir mal contigo misma o no respeta tus límites tampoco merece tu amistad, como lo que me pasó más adelante…

Nos reunimos con ellos en casa de la chica que descubrió la cuenta y mi profesión. Estábamos todos sentados alrededor de una mesa rectangular. Yo estaba bastante nerviosa, de alguna manera sentía que estaba en una especie de juicio en el que se iba a decidir si yo era válida como amiga.

Empecé contando mis motivos y por qué este trabajo no era una opción tan descabellada para mí, e incluso ambos explicamos que éramos personas curiosas y con la mentalidad abierta para, al menos, plantearnos otras formas posibles de relación y de experimentar en el terreno íntimo, y que juntos habíamos aprendido mucho. Todos permanecían callados y serios. Algunos no eran capaces ni de mirarnos y, conforme iba hablando, más sentía la presión. Cuando acabé de hablar, E. se levantó de golpe de la silla al otro extremo de la mesa e, inclinándose sobre la mesa, vino a decir algo así como que no podía tolerarlo porque no se creían que J. estuviera conforme y porque eso no estaba bien. No recuerdo exactamente cuáles fueron mis palabras, pero le transmití que ella

no tenía que tolerar nada porque era cosa nuestra y que, aunque entendía su sorpresa, tampoco ella era nadie para decidir si mi decisión personal era apropiada o no.

El ambiente empezó a caldearse. Varios de ellos —aunque algunos con boca pequeña y de forma muy poco creíble— decían que era nuestro problema. Hasta que otra chica del grupo dijo de repente: «Yo también puedo ser una guarra, pero no lo voy enseñando por ahí». En ese momento todos nos reímos, incluso J. y yo, porque lo interpretamos como una broma, pero más tarde me di cuenta de que los prejuicios habían ganado sobre mis explicaciones. Yo no era una chica con una mentalidad curiosa y capaz de cuestionarse lo establecido, una chica que había tomado la decisión de cambiar su rumbo laboral sin escondérselo a su pareja, alguien que había decidido no solo dedicarse al trabajo sexual, sino también dar la cara por todas aquellas que no podían sino que era una guarra que no respetaba a su pareja y que, además, iba proclamándolo por ahí…

Esa tarde fue muy extraña y volví a casa con mucho sentimiento de culpa y vergüenza. Una vergüenza que no había experimentado hasta ese momento. Una vergüenza que no había sentido ni con mi familia, pero que sí la sentí con unos amigos que me habían juzgado, señalado y ridiculizado (aunque, más tarde, me llegaron a decir que todo estaba bien y que nada iba a cambiar). Me sentía muy perpleja.

No pasó ni un mes cuando se organizó una barbacoa para celebrar el nacimiento del bebé de unos amigos del grupo. Casi nadie me dirigía la palabra. Uno de ellos se acercó a preguntarme qué tal y yo, de manera natural, empecé a explicarle proyectos que tenía en mente en relación a mi trabajo. Sacudió la cabeza, como diciendo que no, y se marchó dejándome con la palabra en la boca. Me sentí invisible en esa comida. O peor aún, una apestada.

Al final fuimos nosotros quienes pedimos explicaciones. Si se suponía que la cosa iba a ir bien, ¿por qué todo se había vuelto tan extraño? Éramos las mismas personas de siempre… Su respuesta fue que no podíamos ir todo el tiempo de víctimas y que no pasaba nada, que todo estaba bien. Aunque era obvio que ya nada era igual y que nunca lo volvería a ser. Acababa de terminar nuestra amistad y aún a día de hoy no sabemos nada de este grupo. En aquel momento fue un golpe duro, tanto para mí como para J., pero con el tiempo hemos aprendido que este trabajo te da la oportunidad de hacer limpieza y de distinguir quién se merece estar a tu lado y quién no.

El sacrificio de perder amistades

Muy pronto aprendí que la posibilidad de perder amistades era una realidad, y no pasó mucho más tiempo hasta que una de mis mejores amigas no supo cómo gestionar mi decisión.

Conocí a A. cuando estudiaba auxiliar de enfermería, conecté muy rápido con ella y desde el primer año del grado nos hicimos grandes amigas. Durante unos años fuimos inseparables.

Como es natural, y con unas edades de puro cambio como son los veinte, empezamos a tomar rumbos distintos, ella era mucho más tradicional que yo y desde bien joven había sido una chica ejemplar, con una idea muy clara de que su futuro pasaba por casarse y ser madre. Yo empecé a ser vegetariana, un poco más revolucionaria y a moverme por ambientes más alternativos al empezar a adentrarme en el ámbito más social, lo que nos llevó a sentirnos en algunos momentos un poco extrañas la una con la otra.

Coincidió que yo había empezado a ejercer cuando ella se quedó embarazada, así que quedamos para comer. Le llevé varios regalos para su futuro primer hijo.

—Tía, te quiero comentar una cosa… He cambiado de trabajo.

—¡Anda! ¿Qué haces ahora?

Era 2016, así que hace bastante tiempo de esto y no recuerdo cuáles fueron mis palabras exactas para explicarle que había decidido empezar en el trabajo sexual, pero lo que sí recuerdo es lo que me dijo al darle los regalos que le había comprado…

—Pero si te dedicas a eso, ¿esto lo has comprado con el dinero que has ganado estando con clientes?

Su tono de desaprobación y su mirada defraudada al verme como a una persona extraña que hacía cosas raras como decidir ser prostituta fue lo que hizo que una relación de amistad que ya se había vuelto algo agria por muchas razones acabara y nos distanciáramos del todo.

Las consecuencias de revelar a qué nos dedicamos son distintas según la persona y, aunque sea totalmente injusto, no siempre lo que es bueno para ti será bueno para el resto. No queda más remedio que aceptar que ser prostituta requiere de muchos sacrificios.

En situaciones como esta me resulta gracioso que aún haya personas que, sin pensarlo dos veces, afirmen que ser prostituta es el *camino fácil*. He perdido a personas que apreciaba, a personas que he querido, por no sentirme comprendida, y he pasado a ser vista como alguien extraña. No quiero que esas personas estén en mi vida

si no van a respetar mis propias decisiones, pero el recuerdo de esas pérdidas está ahí, y hay días en los que echo la vista atrás y añoro compartir mi vida con esas personas que, en algún momento, estuvieron a mi lado.

La eterna pregunta: ¿cómo lo lleva tu pareja?

En mi caso, que decidí que todo mi entorno más cercano supiera a qué me dedicaba, cada vez más a menudo surgía una pregunta y era «¿cómo lo lleva tu pareja?».

Cuando decides explicar que eres trabajadora sexual no solo estás dando información acerca de tu faceta profesional, sino que también revelas información al mundo sobre tu intimidad, que, en cierto modo, pasa a ser pública, lo que conlleva que muchas personas que no entienden o no aprueban tu decisión consideren que tu trabajo es una carga, algo que hay que soportar, porque nadie en su sano juicio toleraría que su pareja ejerciera semejante oficio.

Cuando me preguntan cómo lo lleva J. siempre respondo lo mismo:

— J. no lleva nada porque no hay nada que llevar. Ni yo ni mi trabajo somos una carga, ni él alguien que esté soportando de forma dolorosa algo que le puede hacer daño emocionalmente. Me apoya, respeta y entiende que esta ha sido mi decisión y que es mi trabajo.

Hubo una vez que J. fue a cenar con unos amigos. Ellos ya lo sabían desde hacía unos meses y nos respetaban sin crear un ambiente incómodo para nadie, lo cual agradecimos muchísimo, pero ese día que yo no había podido ir, una de ellas aprovechó para preguntarle directamente:

—Bueno J., pero ahora de verdad, ¿tú esto cómo lo llevas?

Cuando mi pareja llegó a casa y me contó que, aprovechando que no había ido, habían vuelto a insistir, me sentí muy dolida y juzgada.

Incluso las personas que te quieren dan por hecho que tú eres la egoísta y él el que aguanta, resiste y no se queja. A la mayoría de personas les resulta impensable valorar la opción de que ha sido algo pactado, hablado y consensuado por los dos. Aun con todo eso, yo ya tenía la etiqueta. Yo era la mala mujer egoísta y él, el *calzonazos*.

Esta sociedad que prejuzga y que estigmatiza necesita que estés en un lugar determinado y que actúes según un papel establecido, y

en esta obra de mal gusto, ese papel es convertirte en una mala mujer o en una pobre víctima, y a veces yo siento que, para mi entorno y mi familia, soy en efecto esa mala mujer.

De repente soy la «mala mujer»

Cuando afirmo que tengo esta etiqueta no digo que sea de forma directa. Nadie me ha dicho que me porte mal con mi pareja, que no sea buena influencia ni nada por el estilo. De hecho, mi entorno, el que está conmigo hoy en día, lo forman personas con las que me siento cómoda y a las que aprecio. Personas a las que puedo abrirme y contarles cómo me siento de forma honesta, no solo a nivel laboral, sino personal. Pero ese sentimiento de no estar haciendo lo correcto y, sobre todo, lo correcto como pareja, a veces lo siento en el ambiente.

Cuando digo que a veces necesito que mi pareja se encargue de los perros mientras estoy trabajando, no se entiende de la misma manera que cuando una camarera le pide a su pareja que se encargue de los niños mientras ella trabaja. También resulta extraño que yo tenga que viajar cada tres meses a Madrid, por ejemplo, mientras mi pareja se queda en casa, y mucho más que a veces yo no pueda acudir a reuniones familiares o sociales porque trabajo.

Esto claramente se debe a que mi trabajo no se toma con la seriedad que merece. Soy consciente de que a veces incluso es considerado una especie de *hobby* de mal gusto, así que tengo que volver a caer en la justificación, omisión o mentira si ese día necesito trabajar y surge algún plan familiar.

Tal vez percibáis un tono victimista en esto que os cuento. Al final, desde fuera, no parece ser algo que tenga que afectar al resto de personas, pues estamos hablando de una decisión personal, pero cuando se trata de tu entorno y eres tú quien ejerce el trabajo sexual, surgen situaciones que, hasta que no las vives, resultan complicadas de entender. Todos queremos pensar que somos tolerantes y respetuosos, y que aceptamos en gran medida las decisiones de las personas con las que nos relacionamos, pero la realidad es que no.

Existe un sentir muy visceral que provoca emociones y conductas que no esperamos ni de nosotros mismos. De hecho, cuando mi pareja y yo decidimos casarnos y formalizar nuestra relación, en su familia hubo reacciones que ni ellos imaginaban. Por ejemplo, nuestra invitación de boda provocó ansiedad y

desesperación. Ellos me querían y me conocían desde hacía más de cinco años, pero el hecho de que fuera a casarme con su hijo les provocó un auténtico *shock*. Aquí, la moral y los prejuicios pesaron por encima del conocimiento, la empatía y el amor. No os miento si os digo que conectar con esa parte más visceral, que rechaza tanto la prostitución y siente repugnancia hacia la palabra *puta,* ayudaría a empatizar con quienes ejercemos y reclamamos respeto.

Apoyo: Los que se quedan

A pesar de lo que os he contado hasta ahora, hoy en día mi relación con mis amigos, mi familia y la de mi pareja es muy buena. Se fueron quienes no querían estar, aquellos que no entenderían nunca mi decisión. Y se han quedado quienes, aunque a veces haya cosas que no acaban de entender y a pesar del hondo calado de la educación y la información que hemos recibido durante años acerca de la prostitución, me preguntan de manera habitual cómo estoy e incluso simpatizan con la lucha de los derechos de las trabajadoras sexuales, buscan respuestas, ven mis entrevistas y apoyan la causa.

Anteriormente os decía que confesar que ejerces el trabajo sexual, al igual que cualquier otro momento difícil que podemos vivir todos, nos permite ver quién se queda a nuestro lado y quién no, así que quienes se quedan lo hacen en un lugar de valor, y ayuda mucho a ver quién merece la pena porque, según mi criterio, la amistad implica que coexista un verdadero respeto y comprensión desde la empatía, aunque a veces no compartamos las decisiones del otro.

También es cierto que siento que me cuesta cada vez más abrirme a gente nueva. Siento que, a veces, la coraza que el estigma te obliga a ponerte inhibe la fuerza para enfrentarte al rechazo, al juicio y a la justificación constante. Hay días en los que no tengo la voluntad suficiente para cargar con el estigma y enfrentarme a él, pero me siento afortunada y privilegiada de tener un entorno que me apoya, porque sin esa red de seguridad sería imposible para mí hacer el activismo que hago, hablar de mi trabajo de forma tan desacomplejada y exponerme cada día al juicio ajeno.

Algo que también he aprendido con los años es a valorar la importancia de mantener un entorno y un contexto social diferenciado y fuera del ámbito profesional, en el que se me conozca como C., mi nombre real, y no como Valérie. Es algo que me parece fundamental, porque no desconectar del todo de quien

eres te va a permitir cargar las energías que necesitas para enfrentarte a lo que supone ser prostituta y a su estigma.

Es peligroso que todas tus relaciones sociales giren en torno a quién eres cuando ejerces, porque la persona que hay detrás de la trabajadora sexual, obviamente, es mucho más que una simple trabajadora. La gran mayoría no solo utilizamos un nombre profesional, sino que interpretamos un personaje. Ese personaje puede ser muy cercano a nuestra persona, pero solemos mostrar aquellas cosas de las que nos enorgullecemos o que consideramos atractivas, y tratamos de evitar que los demás vean aquellas otras que no nos gustan tanto. Lógico, pues en ello nos va el negocio. Sin embargo, esto hace que a veces la gente te etiquete teniendo en cuenta solo lo que ve de ti y te juzgue en base a un constructo. A veces recibimos críticas que, si no somos capaces de desconectar de nuestro yo profesional, si no podemos gestionar y aceptar que esas críticas no se dirigen hacia nuestra persona sino hacia nuestra profesión, pueden hacerte mucho daño. Es más, creo que es sano disociar a la trabajadora de la mujer que somos para no perder el control de nuestra realidad, para ser fieles a nuestra esencia, a nosotras mismas. Por eso, a veces, he destacado lo importante que es cultivar una personalidad sólida que te mantenga fuerte frente a esas críticas y que tengas una cierta experiencia y bagaje vital para saber encontrar el equilibrio entre tu yo real y tu yo profesional.

Esto es algo que suelo hablar con mis compañeras de oficio. Sin ellas habría muchas cosas que necesito explicar que el resto de personas casi nunca entienden, por eso mi siguiente capítulo es para ellas…

VI

Zorroridad

Redes de apoyo entre compañeras

La primera compañera que conocí fue a través de un fotógrafo que trabajaba con varias de nosotras. Quedamos en una cafetería y solo me hicieron falta cinco minutos charlando con ella para darme cuenta de lo importante que era conocer a personas dentro de este sector. No me había dado cuenta de lo mucho que echaba en falta en mi vida poder compartir mi experiencia con alguien que vive lo mismo que yo; poder compartir todo aquello que el resto de personas de tu entorno, como la familia o los amigos, no podrían comprender jamás; e incluso poder hablar en nuestra propia jerga profesional.

Me acuerdo de que, mientras tomábamos ese café, hablamos de los *timewaster,* un término que utilizamos entre nosotras para referirnos a los clientes que parece que disfrutan dedicándose a hacernos perder nuestro tiempo de forma inofensiva y sin violencia, aunque de esto os hablaré con más detalle más adelante. Aunque pueda parecer un problema menor, en realidad es un tema que ocupa gran parte de nuestras reuniones porque refleja cómo nos ve una parte de la sociedad y todas los hemos sufrido en mayor o menor medida.

Gracias a L., pronto me animé a conocer a más compañeras que trabajaban de forma independiente, ya fuera haciendo la calle, trabajando en agencias o por libre en nuestras propias casas y pisos. Cada una de nosotras con su propia realidad e historia, algunas con hijos, otras casadas, otras solteras. Algunas con el firme propósito de ahorrar al máximo para poder comprarse una casa, otras simplemente con el objetivo de poder vivir de forma digna e incluso algunas ejerciendo el trabajo sexual además de sus profesiones, entre las que he conocido a profesoras, abogadas o enfermeras.

Tenemos nuestro propios grupos de WhatsApp y organizamos cenas donde el ambiente es de absoluta comprensión y auténtica *zorroridad,* de la de verdad, de la que no juzga, no acalla ni

menosprecia. Hablamos de los clientes, de las novedades en materia legislativa que se van implementando y de las que se proponen por parte del abolicionismo, de cómo mejorar nuestro posicionamiento en los buscadores de internet, de la situación familiar de cada una de nosotras, criticamos el oligopolio de los portales de anuncios de trabajadoras sexuales —a pesar de que a menudo dependamos de ellos porque en las redes sociales y el resto de vías para poder anunciarnos de forma más autosuficiente, libre y segura se nos censura y denuncia casi automáticamente—, de cómo se nos acusa de forma injustificada de fomentar la prostitución cuando no directamente de proxenetas…

Esta última es otra de las situaciones incongruentes con las que nos encontramos a menudo. Por una parte se busca que realmente se ejerza de forma voluntaria y se persigue toda forma de coacción y abuso pero, por otra, a la que buscamos fórmulas para ser más autónomas, cuando creamos sindicatos y hablamos de la creación de cooperativas, se nos ponen trabas constantes para imposibilitarnos alcanzar nuestro objetivo porque, según algunos colectivos, ¡fomentamos y reclutamos a chicas o niñas!

Un ejemplo de esto es lo que ocurrió en abril de 2018 cuando, de forma repentina, las trabajadoras sexuales de gran parte del mundo sufrimos de forma inmediata la guerra declarada por parte de Estados Unidos hacia nuestro colectivo. Se aprobó y entró en vigor la ley estadounidense conocida como FOSTA (Fight Online Trafficking Act) y SESTA (Stop Enabling Sex Traffickers Act)**10**, una ley bajo la cual, con el pretexto de la «detención de los traficantes sexuales en línea», se cerraron miles de cuentas de Gmail, páginas web especializadas con dominio estadounidense y cualquier plataforma digital con sede en ese país que fuera utilizada para anunciar nuestros servicios, dejando a miles de compañeras con muchas dificultades para poder publicitarse y llegar a sus clientes.

Siempre que se crean leyes que criminalizan a las trabajadoras sexuales utilizando el comodín de la trata, se sustentan en conceptos abstractos o tergiversados donde no queda claro quién es traficante o quién es una trabajadora sexual independiente que solo busca la forma de trabajar. Este tipo de leyes son como las redes de arrastre, que para pescar especies de fondo se lleva por delante a todas las especies de flora y fauna marina que se encuentran, ya sean económicamente aprovechables o no. Un método peligroso, ineficaz y cero ético.

Refugio ante la soledad y la incomprensión

Cuando te dedicas a esto, encontrar un refugio libre de prejuicios cobra un gran valor. No siempre tienes la energía y la vitalidad para enfrentarte a personas que nunca han tenido contacto con tu trabajo pero que, a pesar de todo, se consideran con derecho a hablar de él, a opinar y a criticarlo. La complicidad entre compañeras evita la necesidad de justificarnos o de dar complicadas y largas explicaciones sobre las situaciones que vivimos o los asuntos que nos preocupan, porque no hace falta, porque todas hemos pasado alguna vez por lo mismo. Es una empatía con la que no siempre nos encontramos, cuando explicamos a alguien de nuestro entorno que hemos tenido un día muy duro. Les resulta difícil evitar pensar que lo más duro de mi trabajo es follar, cuando en realidad lo más duro, a menudo, no tiene ni siquiera que ver con el cliente. La sociedad siempre piensa que lo más duro deber ser el mantener relaciones sexuales con una persona muy mayor, por ejemplo. Y, a día de hoy, puedo decir que mis mejores clientes han sido mayores que yo. A veces, por mucho. Otros piensan en la belleza, en tener que acostarse con alguien que no resulta atractivo. Esto demuestra que la sociedad es tremendamente hipócrita cuando critica la superficialidad y, a la vez, no considera una oportunidad la posibilidad que nos brinda nuestro trabajo de conocer durante unas horas a una persona que, aunque puede que no entre dentro de nuestra idea de atractivo físico, nos resulte muy agradable pasar tiempo con ella por su belleza interior.

Una compañera siempre ha pasado antes por lo mismo que tú, así que siempre será una compañera la que, con solo decirte «te entiendo», te hará sentir reconfortada.

Recuerdo que durante mis primeros meses de neófita escribía muy a menudo a algunas de las compañeras que, como yo, ejercían de forma independiente. Les preguntaba acerca de mi nueva sesión de fotos, que si determinada página para publicitarnos era recomendable, cómo evitar que algunos foros utilizaran nuestra imagen o se beneficiaran de ella o si alquilar un apartamento privado atraería a más clientes… Una compañera con más experiencia que tú siempre te dirá que, ante todo, aprendas de tus errores, porque cada una de nosotras es distinta y tiene algo diferente que aportar, así que en realidad no hay ningún protocolo para el «éxito». Tan solo cometer muchos errores, adaptarte y continuar creciendo.

Justamente ayer (escribo esto en marzo de 2022), durante una

charla para alumnos de un máster de sexología sobre trabajo sexual que imparto cada año, una alumna me preguntaba cómo sabe una trabajadora sexual si tiene éxito. Yo creo que ese éxito no se mide por el volumen de clientes, sino que el verdadero éxito consiste en mantenerse en el ejercicio durante mucho tiempo, trabajar a gusto, saber gestionar los nervios previos a atender a un nuevo cliente, conseguir que tu trabajo te haga sonreír a menudo y, sobre todo, que el estigma no se adueñe de tu salud mental y consigas vivir en calma. Entre nosotras ronda una idea acerca del tiempo que una compañera suele durar en este trabajo, y siempre se comenta que los cinco años son un momento crítico. Muchas lo dejan cuando alcanzan este hito, pero muchas otras continúan…

A veces, entre nosotras puede haber grandes diferencias, pero todas queremos que nos vaya bien y, ante todo, nos respetamos por el mero hecho de ser mujeres valientes que se han atrevido a cuestionar el *status quo*. Nadie mejor que una compañera puede recordarte la importancia de respetar tus propios límites y, por encima de todo, de dejarte guiar por tu intuición: si en una cita no te sientes cómoda, párala; si un cliente no te da buena espina, no lo atiendas. No hace falta que pase algo terrible y violento en una cita para saber que no queremos estar ahí, así que entre nosotras nos recordamos lo importante que es estar atentas a lo que sentimos. Aunque a veces nos dé miedo perder un cliente, siempre podemos cancelar ese servicio y volver a nuestra casa, que seguro que vendrán otros con los que nos sentiremos seguras o a gusto.

Por estos motivos, para muchas, poder trabajar con otra compañera facilita mucho nuestro estilo de vida. Un apartamento en el centro de una gran ciudad como Barcelona o Madrid es, a menudo, prohibitivo. Pero para determinadas formas de llevar este trabajo es necesario disponer de un buen apartamento donde poder atender, así que muchas de nosotras optamos por compartirlo con otra compañera que comprenderá a la perfección que entren y salgan clientes, que haya días que estés todo el día en casa sin trabajo o, por el contrario, esté un tiempo sin verte porque tienes un *Fly me to you*[11].

Compartir piso con una o con varias compañeras puede ser una manera de repartir gastos pero, mucho más importante, una forma de proporcionarnos apoyo y seguridad entre nosotras, sin embargo, en muchos ordenamientos jurídicos, puede ser considerado proxenetismo y somos sancionadas y criminalizadas en la mayoría de países en los que existen modelos como el abolicionista y el prohibicionista… Pero este es otro de los puntos sobre los que

hablaré más adelante.

10 Network Sex Work Project, «Documento informativo: Legislación FOSTA de los EE. UU.». [Archivo PDF]. Recuperado de *https://nswp.org/sites/default/files/spsh_fosta_briefing_note_2018.pdf*, 2018.

11 Término utilizado entre las trabajadoras sexuales para describir los servicios que requieren que la trabajadora se desplace a otra ciudad o país para tener una cita de larga duración con el cliente).

VII

¿Existe el perfil del cliente?

Límites, condiciones y novatadas: primeros clientes

Enfrentarme a mis primeros clientes fue complicado debido a esos prejuicios que yo misma había interiorizado tras años de ver representada la misma caricatura de lo que supone ser prostituta. El cliente, ese ser que ha sido parodiado y deformado durante décadas como un personaje anónimo pero al que, a la vez, se le han atribuido unos roles muy definidos que van desde el salvador adinerado al psicópata que no dudará en encerrarte en su sótano para recrear cualquier escena gore que se le pase por la cabeza.

La idea de que el cliente es terriblemente violento y que las trabajadoras sexuales corremos peligro de manera constante es muy habitual y está muy arraigada, sobre todo en las compañeras que acaban de empezar. Por eso casi siempre es la primera pregunta que me hacen cuando me piden algún tipo de consejo: cómo protegerse de «ellos»; y esto es debido a que, como yo, han sido educadas en una sociedad con una imagen de la prostitución muy sesgada.

Cuando empiezas a ejercer descubres con bastante rapidez que el cliente es una persona que, para empezar, está dentro de la sociedad igual que lo estamos nosotras, igual que tú que estás leyendo esto. Son nuestros médicos, amigos, tíos, camareros, jefes, incluso ese vecino encantador que tiene un perro llamado Thor. Así que en la mayoría de ocasiones nos encontramos con personas que solo buscan un espacio de confianza e intimidad y, por encima de todo, un lugar tranquilo que les permita desconectar de su vida cotidiana.

Ahora bien, lo que sí es cierto es que el peligro al que nos exponemos las trabajadoras sexuales nace del mismo lugar que el peligro que corre cualquier mujer. Convivimos en un sistema con una fuerte tradición patriarcal. Negar que puedan existir clientes violentos, maleducados e indeseados, y no solo como clientes sino también como personas, sería como negar que existen malas personas en el mundo. El cliente con estas características es así con

nosotras y con cualquier mujer. Si existiera una mayor incidencia de violencia en nuestro sector es debido llanamente a una falta de endurecimiento en las políticas que defiendan nuestros derechos como trabajadoras. Si el cliente se encuentra con un entorno sombrío, donde las trabajadoras no estamos reconocidas y donde el estigma nos pesa tanto que denunciar es más arriesgado que sufrir una violación, el cliente puede interpretar que dispone de total impunidad para ser violento, si así lo desea. En este momento, en el que es probable que estés pensando que entonces la solución debe ser multar al cliente sin fortalecer los derechos de las trabajadoras, déjame insistirte en que no; multarlos a ellos solo potencia aún más el contexto ilegal, sórdido y sin control, lo que implica paradójicamente una respuesta contraria: frente a un contexto ilícito, más riesgos soy capaz de asumir y más puedo presionar a la prostituta en cuestión.

Quiero volver a destacar que el cliente que es machista, lo es con todas las mujeres, así que procurar distanciar al cliente de nuestras vidas cotidianas es un error y una falta de responsabilidad social, pues el centro del debate es tratar el machismo y la violencia nacida de este desde la educación y las instituciones; si se alcanza algún día la desaparición del machismo, veremos los mismos resultados en los clientes de prostitución.

Cuando me preguntan cuáles son mis métodos de seguridad a la hora de atender clientes mi respuesta siempre es la misma, y es que son muy parecidos a los que utilizaría cualquier mujer que conoce a un hombre nuevo. Al final todas hemos sido educadas y criadas con la amenaza de peligro real y hemos aceptado la idea de que la posibilidad de que suframos abusos sexuales en cualquier momento es mucho más probable que en el caso de los hombres. Aun así, precisamente gracias a las condiciones pautadas, a los límites claros y a la intuición que desarrollamos las trabajadoras sexuales, solemos tener más herramientas para saber si ese cliente que ha contactado con nosotras es de fiar. Aunque con mis primeros clientes me di cuenta de que el peligro no era tanto como el que mis prejuicios me habían hecho creer, es cierto que cometí muchas novatadas de principiante. Por ejemplo, recuerdo que llevaba unos dos meses escasos ejerciendo cuando valoré coger llamadas. Las compañeras me dijeron que a ellas les funcionaba como vía de contacto y, aunque yo no me sentía del todo cómoda hablando por teléfono porque sentía que no me manejaba con la misma soltura que por email o WhatsApp, decidí intentarlo.

Recuerdo que cuando recibí la primera llamada estaba muy

nerviosa y, con voz que intentaba sonar sexy y elegante, dije un sí tan entrecortado y alargando tanto la «i» que parecía que me había quedado atascada con mi propia voz. Me pidió que le informara de mis servicios y tarifas y le respondí que disponía de una web que podía visitar donde tendría toda la información desglosada, pero que si tenía alguna duda concreta que pudiera solucionarle por teléfono, lo haría encantada. En ese momento empezó a contarme que estaba interesado en hacer un viaje conmigo de varios días, que iríamos a un hotel de lujo y que yo solo tenía que acompañarlo y que iríamos a cenar y a visitar los museos y playas de la zona. Sonaba muy espectacular, lo de esos servicios lujosos y atractivos, pero conforme me iba explicando el plan notaba que su voz se entrecortaba entre suspiro y suspiro.

Le dije que, por favor, me enviara todos los detalles por email y, si podía, que me contara más sobre él… Pero a él le costaba cada vez más encontrar las palabras y llevábamos alrededor de seis minutos hablando por teléfono, cuando de repente se quedó en silencio unos segundos ¡para acabar escuchando un largo e intenso orgasmo!

Efectivamente, durante los seis minutos y ocho segundos que me tuvo al teléfono se estaba masturbando mientras fantaseaba con ese maravilloso plan y yo, mientras, aguantando el teléfono, en pijama, despeinada e intentando ser lo más educada e interesante posible. Seis minutos en una llamada de primer contacto es muchísimo tiempo, y la posibilidad de que un cliente que no te conoce te proponga viajar con él tantos días es muy baja. La mayoría son fantasías de personas con demasiado tiempo libre que valoran muy poco el nuestro. Así que en esa llamada aprendí lo que era un *time waster* y confirmaba, una vez más, que odio hablar por teléfono.

Los *time waster* son nuestros «archienemigos», nos quitan tiempo y energía. Pero la existencia del *time waster* tiene un motivo: el estigma.

Nacen del estigma porque, aunque después de leer cómo se comportan estos sujetos os pueda generar rechazo o la sensación de que vosotros jamás os comportaríais así, aunque no nos sintamos identificados con estas personas, la realidad es que todos de una manera u otra formamos parte del hilo conductor de la creación del *time waster,* porque todos hemos fomentado el estigma de las trabajadoras sexuales aunque deseemos pensar que no.

Estar completamente deconstruido hacia el ejercicio de la prostitución, en una sociedad que no lo está, es imposible. Y todos, y me incluyo, hemos sido víctimas de todos los prejuicios e ideas

morales que se tienen de este.

Cuando se considera que esto no es un trabajo, cuando se cree que esto que hacemos es una especie de *hobby* para satisfacer nuestras ansias constantes de sexo, o cuando se da por hecho que estamos desesperadas porque esto que hacemos no puede tener otra motivación más allá de la desesperanza, se está contribuyendo a que no seamos tratadas con la seriedad que merecemos como trabajadoras y es entonces cuando aparecen personas que se aburren, se sienten solas o se creen con el derecho suficiente para abusar de nuestro tiempo porque piensan que nuestra vida es tan vacía y carente de sentido, que cualquier falsa propuesta o chatear durante horas con ellos es lo mejor que podemos hacer.

Así que, gracias a la existencia de estos personajes, cada una de nosotras aprende a su manera y de forma totalmente autodidacta a identificar con rapidez cuándo está hablando con un *time waster* o con un cliente potencial, y es increíble cómo nuestra intuición innata y nuestras aptitudes se desarrollan con el tiempo para que, en apenas unos segundos, cerremos una cita o, por el contrario, lo mandemos a la carpeta de SPAM.

La intensidad del aprendizaje

Aprender rápido y comprender cómo se juega y cuáles son las reglas de este trabajo es de vital importancia para no quedarte atrás.

Al empezar, yo misma (y esto lo comparto con más compañeras) experimenté una especie de «subidón». Te sientes cargada de energía, te das cuenta de que eres dueña de tu tiempo, empiezas a tener clientes, a sentir y vivir nuevas experiencias, a conocer constantemente a personas nuevas que te resultan interesantes y te plantean nuevos retos en tu historia vital… Todo esto puede ser muy gratificante y, en mi caso, una de las mejores experiencias que he tenido en mi vida. Pero experimentar tantas emociones nuevas de repente y sentir que vives en una especie de montaña rusa de pura adrenalina también puede provocar que pierdas un poco el equilibrio vital y te desconectes de ti misma. Por este motivo es tremendamente importante que, aunque esto que experimentas es normal, dure un tiempo limitado y que tú misma, poco a poco, establezcas ciertos límites y aprendas a desconectar y cuidar tu espacio personal.

Las trabajadoras sexuales somos plenamente conscientes de la

importancia de los autocuidados porque la base principal para que nuestro trabajo funcione es conocernos a nosotras mismas con el objetivo de entender dónde están nuestros límites emocionales o incluso físicos, ya sean temporales o permanentes, cómo de importante es respetarlos y cómo reponernos cuando los hemos traspasado o nos hemos acercado demasiado a la frontera. Sin estos pilares no podremos ofrecer un buen servicio y, sobre todo, nos acabaremos saturando, así que cuidarnos puede marcar la diferencia.

Tomarse unas vacaciones, ver a la familia o amigos, leer, escuchar música, hacer deporte, pintar, pasear a solas o en compañía, acariciar a nuestros perros o gatos en el caso de que los tengamos puede ayudarnos a recargar las energías que necesitamos para continuar.

Esto que explico puede pareceros algo normal, podéis pensar que es lógico que todo el mundo, realice el trabajo que realice, necesite momentos para sí mismo en los que recargar energías, pero la realidad es que para nosotras esto a veces es muy complicado. Este trabajo, que es muy inestable, puede producir la sensación de que trabajar un poco más y atender a más clientes nos aportará mayor tranquilidad financiera. Al trabajar para ti, es más difícil establecer horarios y puedes encontrarte trabajando mucho más de lo que deberías.

Pero es que además trabajamos con la intimidad de las personas y con la nuestra propia. Ofrecemos un servicio que requiere que nuestra atención y concentración estén al cien por cien para capturar el lenguaje no verbal y entender en un tiempo limitado lo que la otra persona necesita. Y no, no se basa solo en follar, porque incluso en los servicios donde solo se busca tener sexo sin más, hay un sinfín de palabras y sensaciones que no se ven a simple vista pero que inundan toda la habitación. Aprender a codificar todo esto requiere que estés en buena forma física y mental, y se trata, sin duda, de uno de los puntos débiles y delicados de este oficio.

La prostitución te enseña nuevos valores que se trasladan a tu vida personal, como, por ejemplo, a darte cuenta de que en la vida pocas cosas son blancas o negras, que existe una gama de grises muy amplia que muchas veces obviamos y, en este libro, y habiendo llegado hasta aquí, es algo que también habrás percibido. Pocas cosas de las que damos por aprendidas son inamovibles, y uno de los valores que más he interiorizado y asumido, y que más procuro poner en práctica en mi vida personal, es la tolerancia.

El cliente casado, el matrimonio curioso, mujeres y personas no binarias

P. tuvo muchas dudas antes de contactar con una trabajadora sexual. Él ama a su mujer y aunque ella fue quien en su momento le impulsó a contratar a una profesional debido a su situación, él se negó en redondo. Llevan tiempo casados y se entienden a la perfección, son de esas parejas que despiertan cierta envidia sana porque ves que se adoran desde el respeto mutuo y que han disfrutado mucho del sexo durante años, pero que debido a una enfermedad inesperada que le diagnosticaron a ella, y al verse en la obligación de tomar una medicación que afecta directamente a su libido y a su deseo, sus relaciones sexuales se vieron totalmente mermadas.

El sexo suele ser uno de los ejes principales de una relación sentimental sana para muchas personas. Cuando este es inexistente es normal que afecte también a otros ámbitos de la pareja y que la frustración se adueñe del ambiente hasta el punto de generar situaciones tensas e incómodas. Él se sentía así y los años sin mantener relaciones sexuales con la persona que él quería afectaban a su manera de ser, de estar y sentir, y al final decidió hacer caso a su mujer y empezó a investigar. Así fue como empezó a descubrir el mundo de las *scorts*.

Al principio se sentía tremendamente desubicado y perdido. Quería encontrar a alguien que ejerciera de forma completamente voluntaria, asegurándose en la medida de lo posible que ejerciera de forma independiente. Tampoco quería estar con alguien demasiado joven, así que marcó un límite de edad en las búsquedas. Aunque no tenía demasiado claro qué buscaba exactamente, apreciaba un cierto nivel cultural y la afinidad entre ambos, y aquí fue cuando dio conmigo y mi página web.

Aparcó mi web durante unas semanas y cada vez que volvía a mirarla, más se convencía de que sería, como mínimo, interesante conocernos. Así que un día me escribió un email y, cuando ya teníamos cerrado un día y una hora para vernos, me pidió, por favor, si podíamos hablar por teléfono un par de minutos.

Como os decía, el *feeling* lo es todo y yo, que soy una persona que acabó descartando el teléfono como primera vía de contacto, acepté hablar con él porque estaba segura de que solo era una forma más de sentirme cerca y de crear un contexto de mayor confianza para que en nuestra primera cita no le pudieran los nervios.

Desde esta historia hasta ahora han pasado más de tres años y continuamos viéndonos cada mes, más o menos. Durante nuestras citas no solo ha experimentado un cambio en su forma de relacionarse de nuevo con su pareja, amigos y familia, sino que él mismo se siente mucho más liviano. Encontrarnos cada mes, para P., ha sido un viaje en el que, además de disfrutar de orgasmos, ha llorado, ha sonreído, se ha confesado y se ha abrazado a sí mismo al aprender a gestionar que puede querer a su mujer y, a la vez, venir a verme y tener este espacio en su vida.

Juzgamos con demasiada rapidez a un hombre o a una mujer que estando casados acuden a estos servicios, e incluso a mí se me presiona por tolerar y aceptar que a mis servicios acudan hombres casados. Yo no soy responsable ni tengo cabida dentro de los acuerdos de cada pareja a la hora de gestionar su relación, ni tampoco tengo el derecho para imponer cómo deberían ser las cosas. Comparto plenamente que la comunicación honesta debería estar presente en todas las decisiones y necesidades de la pareja, pero como sociedad estamos aún muy alejados de normalizar ciertas conversaciones y mucho menos cuando se trata de las necesidades sexuales o fantasías del otro.

Aún después de tres años, P. no se ha visto capaz de contarle a su mujer que finalmente se decidió a acudir a estos servicios y comprendo sus miedos. Él no está siendo completamente honesto con su mujer, pero cuando acaba el servicio, él continúa su vida junto a ella encontrándose mucho mejor, cosa que su mujer seguramente percibe, y ahora están mejor juntos, su relación ha mejorado.

No pretendo justificar ni juzgar a nadie, de hecho os cuento esto de la forma más objetiva posible porque no me veo con la autoridad de dar lecciones morales, pero esta historia refleja esa gama de grises de la que os hablaba antes. P. es de las personas más bondadosas y generosas que he conocido nunca, confío en él, pero soy consciente, como él, de que en este momento no se está comportando de la forma más ética posible. Pero, como dijo alguien, quien lo sea todo el tiempo, y en todos los momentos de su vida, que tire la primera piedra.

F. e I. fueron la primera pareja que recibí como Valérie. Los conocí cuando aún vivía en Tarragona y me parecieron la pareja más encantadora que había conocido en mi vida.

Llevaban juntos desde la adolescencia, fueron la primera pareja el uno del otro, juntos habían experimentado mucho más que muchas parejas. Son despreocupados y sin prejuicios, tolerantes,

generosos y honestos, y esto les llevó a ser abiertos el uno con el otro y a contarse que ambos querían experimentar el sexo con otra mujer.

Empezaron acudiendo a centros de masajes eróticos y, cuando se sintieron con plena confianza y seguridad para disfrutar sin tapujos, acudieron a mí para llevar a cabo la fantasía de ser tres en una cama que, hasta entonces, había sido solo de dos.

Los conocí una noche de verano, ellos planearon una cena romántica previa donde tomarían un poco de vino y lo pasarían bien. Después acabarían la noche en mi apartamento, tomando otra copa de vino todos juntos.

Nos entendimos de maravilla y nos reímos mucho juntos, ella y yo nos besamos con pasión mientras él nos acariciaba a ambas, y al acabar nos hicimos una foto de nuestras piernas desnudas y entrelazadas que mostraba que esa noche había sido muy especial. Esa foto sigue siendo nuestra foto de perfil de WhatsApp del grupo que compartimos.

F. e I., aunque les importa entre poco y nada, son también conscientes de que a ojos de la sociedad su relación es atípica. Tienen hijos y comparten una empresa juntos, son un matrimonio ejemplar y un encanto de personas, pero ¿su calidad humana es peor por pagar a una profesional para llevar a cabo la fantasía de tener un trío? Evidentemente yo creo que no, pero para muchas otras personas este gesto supondría una falta de respeto mutuo y la etiqueta de que no son un matrimonio de «los de verdad», que detrás de esa fantasía hay aburrimiento, falta de amor y rutina, y, aunque concretamente en su caso no hay ninguna de estas cosas, solo ganas de vivir experiencias nuevas juntos, si las hubiera, ¿qué ocurriría? ¿Acaso no es una enorme muestra de amor querer poner solución a la monotonía y al aburrimiento? ¿Acaso no es mejor hacer un trío que acabar cada uno en la punta del sofá sin mirarse y sin saber qué decirse?

Ellos saben que para su familia y amigos estas noches de pasión compartidas deben ser un secreto y deben proyectar una imagen de responsabilidad y *vicio controlado*. Todos debemos cumplir un papel social, con el que nunca he estado demasiado de acuerdo, que se basa en hacer creer a tu entorno que no eres una especie de «desviado vicioso».

En esto último las mujeres somos las grandes olvidadas y juzgadas a la vez. Se olvida por completo que hay mujeres que encuentran en este servicio la satisfacción de ciertos deseos porque se asume que directamente las mujeres no tenemos ese deseo.

N. acudió a mí tímida y sin saber siquiera cómo dirigirse. Me había enviado un email educado, detallado y cálido en el que podía sentir sus temores desde el otro lado de la pantalla, e intenté transmitirle confianza y cercanía desde ese primer correo. Me resultaba tremendamente tierno que una chica me escribiera y sobre todo que lo hiciera con esa delicadeza.

Nos encontramos en mi apartamento de Barcelona, recién acabado de pintar y de decorar, una tarde de un jueves cualquiera. Estaba nerviosa y, aunque yo lo disimulaba mejor, también. Ella se consideraba «heterocuriosa» y llevaba años con las ganas de experimentar con otra mujer, pero no se veía con fuerzas de ligar con otra chica y, por supuesto, no quería tratar a otra mujer como un *fetiche,* así que acudir a una trabajadora sexual fue lo que mejor se le ocurrió. Me seguía en redes y vio alguna de mis entrevistas, y mi valentía al mostrar mi cara y defender mi trabajo le resultó tremendamente excitante.

N. fue la primera de algunas mujeres que durante estos seis años me han visitado, no en un número muy elevado, pero no porque estar con otra mujer no sea la fantasía de muchas mujeres, sino porque el deseo de la mujer es algo secundario y ni nosotras mismas le damos la prioridad que muchas veces merece.

No nos han enseñado a abrazar nuestro placer y, aunque ahora sí parece que estamos viviendo una nueva época de cierta «liberación sexual» gracias al movimiento feminista de estos últimos tiempos, la verdad es que ser nosotras quienes tomemos la riendas de nuestra sexualidad hasta el nivel de contactar con una o un profesional para vivir esta experiencia no es, ni mucho menos, tan frecuente como en el caso de los hombres. La propaganda abolicionista y los medios de comunicación hacen un flaco favor en este sentido también, adueñándose de la cultura del miedo para generalizar y hacer creer a cualquier persona que acudir a estos servicios implica ser cómplice de la explotación sexual. Nos topamos con el paternalismo y la falta de espacios seguros para responder que, en lugar de generalizar y criminalizarnos a todas, sería mucho más eficaz y beneficioso tanto para los posibles clientes como para las trabajadoras fomentar vías para conocer a personas que ejercen de forma voluntaria.

J. me contactó de la manera habitual en la que suelen hacerlo la mayoría de mis clientes: me envió un email sencillo con unas cuantas pinceladas y aclarando su disponibilidad para concretar un encuentro conmigo. Al responderle y facilitarle mi teléfono para acabar de detallar la cita, me contestó:

—Tengo que decirte una cosa. Soy una persona no binaria y no sé si esto puede incomodarte.

—No rechazo a nadie por estos motivos y agradezco la confianza que me das, pues para mí lo más importante es saber cómo quieres que me dirija a ti para que estés lo más a gusto posible.

La cita fue muy bien y aprendí mucho a comprender cómo vive una persona que no se siente identificada con los roles de género establecidos socialmente. Lo que me llevó a comprobar que las personas no binarias o las personas *trans* también pueden querer acudir a nuestros servicios y no deberían sentir que tienen que justificarse por recurrir a ellos siendo quienes son. El respeto y el consentimiento mutuo son lo único necesario para que ambas personas, durante un servicio de estas características, estemos bien. Tu identidad de género o tu orientación sexual, no.

El rol social del hombre en el ámbito sexual y social

El hombre, al igual que la mujer, aunque no con la misma intensidad y no de la misma forma, se ha visto arrastrado por las presiones del patriarcado tan arraigado en nuestra sociedad. El sistema espera, por ejemplo, que el hombre muestre una actitud innata y permanente de conquistador o que reprima de manera absoluta sus emociones, ya que se presupone que la vulnerabilidad implica debilidad. El hombre de este sistema patriarcal debe conquistar no solo a las mujeres, sino cualquier espacio en el que su presencia deba ser reconocida al instante frente a otros hombres, como leones en la sabana. Prevalece una postura completamente primitiva en la que casi cualquier actitud y acción están justificadas.

Estos antecedentes pueden llevar a pensar que los clientes que acuden a nosotras se crecen y ven aumentada su hombría, o incluso que necesiten demostrarla, y aunque en algunos casos se pueda pensar que esto es así por cómo, en ocasiones, bromean entre ellos con visitar un club o contratar a algunas chicas, lo cierto es que de puertas para dentro, cuando las apariencias se quedan fuera, el cliente casi nunca se muestra del todo así.

Ante el establecimiento de límites y condiciones desde el primer contacto con una trabajadora sexual, marcados por ella, ese papel de conquistador pierde su sentido y nos encontramos con un hombre en una habitación ajena, cuyo supuesto papel, que debe cumplir frente a los demás hombres, pierde su sentido y se despoja de presiones patriarcales, o, al menos, en parte. Al estar en una

habitación con una mujer que no le juzga puede sincerarse y, en la mayoría de ocasiones, mostrar que sus deseos son más comunes de lo que podemos pensar y que incluso agradece un espacio en el que la escucha, el afecto, la paciencia y la tolerancia están muy presentes.

Antes comentaba que el cliente se despoja de presiones patriarcales, pero solo en parte, porque continúan apareciendo los años de aprendizaje a través del porno y otros temas que les preocupan por este motivo, como lo relativo al tamaño del pene, la duración del coito o la necesidad de recrear el Kamasutra en una hora de cita.

También es aquí cuando los nervios pueden jugar una mala pasada y por eso la comunicación entre dos personas que están intimando es de vital importancia. Cuando tenemos un encuentro con una trabajadora sexual, o con cualquier persona que nos atraiga, tenemos que comunicarle (o comunicarles) cómo nos sentimos, y no pasa absolutamente nada si nos confesamos nerviosos o nos mostramos vulnerables. Dejar a un lado el ego y aprender a comunicar qué nos gusta y qué no puede ayudar a que el encuentro entre los dos sea mucho más agradable.

Ese rol sexual dominante que interpreta el hombre casi por defecto, perpetuado por su socialización dentro de un sistema patriarcal, a menudo desaparece cuando se encuentra en una situación buscada por él mismo en la que es la mujer la que marca las condiciones de forma clara y directa, tal y como hacemos las trabajadoras sexuales, y a alguno lo descoloca y lo pone nervioso porque no sabe cómo comportarse ante una situación a la que no está acostumbrado.

Es por estos motivos, y por la experiencia que tenemos como trabajadoras sexuales, que nos choca tanto leer que el hombre viene a visitarnos para cubrir una especie de necesidad agresiva con las mujeres, que la tónica de la prostitución es que el cliente tiene una actitud irrespetuosa y desproporcionada hacia nosotras. Desde luego esto no es lo habitual en la prostitución, y mucho menos se dan esas actitudes violentas sin que existan consecuencias. Establecer límites nos aporta inmediatamente asumir el poder en la relación, y si algunas no lo tienen no es porque no quieran, sino porque la situación o en el contexto en el que se encuentran no se lo permite. Lo que nos obliga entonces a estudiar cuáles son esos contextos y situaciones en los que una trabajadora sexual no se puede permitir decir *no* frente a una amenaza violenta.

Al margen de esto último, y siguiendo con el hecho de que

muchos hombres relegan su rol dominante durante los encuentros con trabajadoras sexuales, los hay (y más de los que se piensa) que disfrutan justamente con su contraparte, con experimentar la sumisión en el plano sexual hacia la mujer, y algunos hasta como vía de escape de esa presión a la que se ven sometidos, de esa necesidad de mostrarse en sociedad constantemente como personas seguras de sí mismas, dominantes, valientes y capaces de controlar cualquier situación, es decir, como una ocasión inmejorable para ceder el control y disfrutar de la dominación femenina. Hablamos del mundo BDSM.

VIII

Filias: globos, cuerdas y látex

Tabúes: El cliente de los globos

He tenido cientos de encuentros que me han resultado curiosos, divertidos, de los que he salido de la habitación pensando que nada más me podría sorprender y que este trabajo puede ser maravilloso en muchas ocasiones, pero si solo pudiera quedarme con una historia que uniera todos esos pensamientos y sensaciones, sin duda sería la de E. y su amor por los globos…

E. me escribió para vernos en mi apartamento privado y, sin darme muchos detalles, me dijo que traería una bolsita de globos y que ya me lo explicaría cuando estuviéramos juntos. Me quedé algo sorprendida y sobre todo expectante, pues en ninguno de los escenarios que me venían a la cabeza podía haber cabida para unos globos sin que se me escapara la risa.

Llegó el día. Él, vestido con un polo marrón y unos chinos color beige, se acercó a mí tras abrirle la puerta, muy tímido pero muy atractivo, alto, cortés y con la bolsa de globos en la mano izquierda. Me dio dos besos y se sentó a mi lado al borde de la cama. Después de un rato hablando de cosas banales y de presentarse formalmente, me explicó qué quería hacer con los globos y, principalmente, de dónde nacía su peculiar fantasía…

Desde muy pequeño, E. sufría un pánico atroz a los globos. El no saber cuándo van a explotar provocando ese sonido tan ensordecedor le creaba muchísima angustia, y debido a las innumerables fiestas de cumpleaños a las que había tenido que asistir desde muy pequeño, era una fobia con la que tenía que convivir a menudo. En una de estas fiestas y temiendo el momento en el que los demás niños empezaran a hacer explotar todos los globos, vio llegar una mujer adulta, alta, con curvas y con un vestido de flores rojo escotado. Lucía un cuerpo increíblemente sexy y seguramente era la familiar de algunos de sus amigos. Esa mujer le provocó su primera experiencia erótica. Por primera vez fue consciente de su erección al verla (él tenía alrededor de trece años)

y mientras sentía ese torbellino de emociones, empezó a escuchar cómo estallaban los primeros globos. Y así su miedo, su fobia más profunda, acabó convirtiéndose en su fetiche más secreto.

Me explicó que lo que más le excitaba era crear todo el ambiente para los dos en una habitación, inflando juntos los globos, para más tarde, jugar a provocarle «miedo» mientras decidía si explotaba uno de los globos o no. Y yo, que no había tenido contacto alguno con nada relacionado con el BDSM y la dominación, me metí como pude en el papel intentando no parecer tan novata e inútil como me sentía porque, oye, una siempre diva. Lo más gracioso fue que por aquel entonces me mordía las uñas y no me las arreglaba demasiado, lo que supuso que en varias ocasiones, por mucho que lo intentara, me fuera imposible. Así que intentaba disimular como podía que ese globo se me estaba resistiendo mientras, al mismo tiempo, trataba de mostrarme lo más sexy posible.

Aun saliendo de allí con la lección algo aprendida, y habiendo compartido alguna sesión de BDSM que otra desde entonces, creo que aquella cita fue la cita más divertida y extraordinariamente peculiar que he tenido hasta ahora.

Gustos no normativos y filias

Antes de nada, quiero deciros que voy a referirme a filias y no parafilias, pues parafilias es un término mal utilizado. El prefijo para, significa «al margen de…» y las filias no deberían sentirse como algo extraño, raro o enfermo.

La anécdota expuesta en el punto anterior se trata principalmente de un juego de rol de dominante y dominado, pues yo tenía literalmente en mis manos su miedo más profundo, lo que le generaba una excitación inexplicable. Ser una mujer que le parecía atractiva, vestida de forma seductora y jugando malvadamente con los globos le trasladaba a esa primera experiencia que tuvo con trece años y que marcaría un antes y un después tanto en su relación con los globos, como en su relación con las mujeres.

Desgraciadamente, era una filia que tenía que mantener en absoluto secreto. A él, que es alguien conocido en su entorno profesional, se le exige absoluta discreción y un comportamiento ejemplar tanto en sociedad como en su vida privada. Es un padre de familia común, en un matrimonio felizmente tradicional, con una casa bonita…, todo perfectamente «normal», pero donde no hay

espacio para una conversación así ni sentía, en aquel momento, que lo fuera a haber jamás. Me imagino que continuará visitando a compañeras para satisfacer estos deseos tan suyos y, mientras, continuará asistiendo a fiestas de cumpleaños con sus hijos en las que explotarán globos con otros niños.

A menudo, las filias y gustos no normativos suelen vivirse de forma completamente confidencial, reservada, ya que a nadie le gusta sentirse juzgado, y porque nosotros mismos, muchas veces, ni siquiera comprendemos de dónde nacen algunos de nuestros placeres más ocultos. Para la mayoría de nosotros siempre hay alguna cosa que nos resulta excitante, que deseamos o con lo que fantaseamos. De hecho, muchas veces, las fantasías aparecen en nuestra mente con el único objetivo de excitarnos, aunque no pensemos en llevarlas a cabo. En cuestiones de sexo somos muy, muy reservados. Incluso, algunos de nosotros ni siquiera valoraríamos explicar lo que deseamos o qué nos excita realmente, ya sea a nuestra pareja o a nuestro amante actual, porque somos conscientes de que, en la mayoría de ocasiones en las que percibimos en nuestra pareja gustos que para nosotros pueden ser un tanto extravagantes, tendemos a juzgarla y a etiquetarla como «rara», «extraña», «viciosa»…

¿Por qué nos parece extraño que a alguien le resulte excitante chupar un pie pero, en cambio, nos parece normal que a los hombres les gusten las mujeres que visten tacones? De nuevo es la sociedad la que determina qué nos debe gustar o no y sobre todo, qué es normal y qué no, y aquí puedo decir que el que te acaricien, besen o laman un pie puede ser muy satisfactorio, y en el sexo, junto con el consentimiento, eso es casi lo único que debería importarnos.

Ocultamos nuestros deseos y nuestras fantasías porque nosotros somos nuestros peores jueces. He conocido a personas que han reprimido durante años sus propios deseos por resultarles moralmente reprobables, cuando en realidad eran deseos o fantasías totalmente inofensivos. Y precisamente aquí está el error: el querer buscar el porqué de las cosas que nos gustan; pues a veces buscar ese porqué nos puede llevar a un sufrimiento constante cuando lo que debemos hacer es fluir con él sin juicio.

Este tipo de interacción con nuestros deseos desde la racionalidad y buscando una explicación lógica también la encuentro últimamente en el feminismo hegemónico, que utiliza el cuestionamiento para provocar de nuevo un sentimiento de culpa en las mujeres, que, en este caso, pretende convertirlas en malas

feministas.

Cuestionarnos y conocer el origen de gran parte de nuestras preferencias, en concreto las sexuales, está bien. Ser conscientes de que todas hemos sido educadas en un sistema patriarcal y de que el sexo se ve atravesado por ese sistema, también. Esta idea ha influido en nosotros a la hora de interpretar nuestro papel en la sociedad dependiendo de nuestro género. Un papel que en las mujeres se suele reflejar en el deseo de ser sumisas y disfrutar con posturas o relaciones donde eso quede reflejado y con las que nos identifiquemos.

Pero después de ese cuestionamiento personal, de hacer una crítica seria al respecto, me parece un enorme error que, tras analizar y tomar conciencia de cómo el ambiente y la sociedad influyen en nosotras, nos provoque un sentimiento de culpabilidad e implique que no podamos disfrutar de las prácticas de las que antes sí disfrutábamos por miedo a ser menos o peores feministas. La culpa ha sido el arma más potente del patriarcado y no podemos permitir que esa misma arma funcione de nuevo en nosotras. Y mucho menos cuando esa arma es esgrimida por otras mujeres.

El sexo debe ser, entre otras cosas, un lugar de respeto, pero sobre todo un lugar de tolerancia hacia los deseos propios y ajenos. Un lugar de disfrute y, absolutamente y sin lugar a dudas, un lugar donde podamos fluir sin sentirnos juzgados o juzgadas. El sexo es puro placer carnal del que tendríamos que saber disfrutar sin que al resto del mundo le importe. El sexo es también amor propio y cuidados. ¿En qué momento hemos permitido que algo tan bello pueda ser un espacio de miedos, juicios o culpa? ¡Maldita educación judeocristiana!

Mi primer contacto con el BDSM: el sumiso/maestro

Hace más de cuatro años que conozco a C. y aún recuerdo cómo fue el «casting» para que yo me convirtiera en su ama. Su única y adorada ama.

Nos trasladamos a principios de 2017, y tengo que confesaros que mi primer acercamiento al mundo del BDSM no empezó con tacones, látex ni un *strap-on*, no. Empezó con una cita clásica en un hotel de Barcelona, a las 12:00 de la mañana de un sábado, y mi idea era tener un encuentro de lo más cotidiano. Aparentemente, lo fue, pero solo aparentemente.

C. me abrió la puerta de la habitación del hotel algo agitado y

nervioso. Miraba de vez en cuando al suelo evitando sostener mucho tiempo la mirada mientras mechones de su melena larga y densa caían hacia su rostro y se enredaban con sus gafas redondas.

Su compañía me resultó muy agradable desde el primer momento, y me hizo sentir sumamente cómoda y en confianza. Hablamos muchísimo de diferentes temas, nos reímos juntos, nos besamos y me di cuenta de que era muy servicial. En ocasiones, demasiado servicial, lo que me dio las pistas necesarias para ver que era una persona con mucha curiosidad y sin muchos problemas para experimentar otros terrenos menos normativos… Ciertamente no me equivocaba, mi sumiso había empezado a mostrarme sus intenciones.

Así aprendí la primera lección del BDSM: el sumiso escoge a su ama, y no al revés.

Pasó un tiempo hasta que volví a saber de él, y en este segundo encuentro me confesó que la primera cita no fue más que una especie de *casting* no intencionado para saber si se sentiría cómodo conmigo para abrirse y experimentar juntos en el terreno del BDSM. Quería saber si yo podía ser su ama. En un primer momento temblé, me puse nerviosa y me recordé a mí misma por qué me encanta mi trabajo: porque me propone constantes y nuevos retos, y el nuevo era crear a Ama Valérie.

C. es un sumiso un poco particular, porque aunque ya había tenido experiencias con dóminas profesionales, sentía que el contacto era demasiado frío al no haber interacción sexual, y además hay muchas prácticas típicas del BDSM de las que él no disfrutaba. Así que buscaba a alguien que fuera dura y muy dominante con él a la vez que muy cercana y cálida. La única pega es que yo no tenía ni idea de cómo ser ama, por lo que fue él quien me enseñó a dominarlo y a aprender diferentes técnicas para provocar diferentes grados de humillación, control y dolor de forma segura y placentera.

Nuestra segunda cita lo fue mucho: placentera, torpe, divertida, deslumbrante e impactante.

Aunque yo aún no había conectado con Ama Valérie, y tanto esa como unas pocas citas más fueron más de aprendizaje que de pura diversión, viví cada momento con una intensidad indescriptible.

Durante nuestras citas en estos cinco años hemos crecido mucho juntos, y yo cada vez me siento más cómoda en mi papel. Poco a poco me dejo llevar más, tanto, que al final, ambos hemos sabido disfrutar al máximo. Ya sus emails no empiezan como Valérie, sino como Ama Valérie. Y yo ya no tiemblo. Sonrío.

Lo más curioso de todo es que últimamente C. y yo hemos llegado a un grado de confianza e intimidad tal, que las citas clásicas, en las que salimos a cenar para más tarde acabar en la cama, se han convertido en nuestras «citas especiales», a las que les dedicamos tiempo de vez en cuando, ya que C. se ha dado cuenta de que lo más importante no es solo qué te gusta más, si el BDSM o el sexo convencional, sino con quién.

¿Qué tienen que aprender las relaciones normativas del BDSM?

El BDSM (*bondage,* dominación, sumisión y masoquismo) se basa en crear una relación no normativa entre sumiso/a y ama/amo. Esto que nos imaginamos a menudo como un espacio al que solo van las personas a las que les gustan los azotes y el dolor al extremo nos enseña que la ignorancia, de nuevo, es muy atrevida. El BDSM es una de las manera de relacionarse que más me han enseñado a comprender lo valiosa que es una buena comunicación, la importancia de respetar al máximo los límites del otro, comprender y disfrutar juntos mientras tienes en cuenta las necesidades de tu compañero o compañera. Que el dolor está muy conectado con el placer y que, en un ambiente de plena confianza y seguridad, puedes disfrutar mucho de unos pequeños azotes o sentir cómo cae lentamente cera recién derretida sobre tu pecho desnudo.

Estos valores de los que muchos (y yo me incluyo) tenemos que aprender, son valores que en las relaciones normativas damos por hecho. ¿Pero podemos encontrar en nuestras relaciones convencionales estos grados de confianza y comunicación? El problema de las relaciones convencionales y normativas es que algunas reglas y condiciones las consideramos implícitas en la pareja, y exteriorizarlas y establecer un contrato como el que se crea en relaciones no normativas, lo percibimos como algo incómodo, innecesario y poco romántico.

Esto provoca que, para muchos, sentarnos con nuestra pareja para explicarle que nos apetece experimentar con un *plug,* que nos excitan los pies o la lluvia dorada, o que nos sentimos atraídos por otras personas, se convierten en temas de conversación que directamente se evitan, pues no hemos establecido desde el principio un contrato de límites, deseos, gustos, preferencias o fantasías, y hemos ocultado muchos de estos aspectos, no solo a la pareja, sino incluso a nosotros mismos.

En el BDSM ninguna conversación es incómoda, poco romántica o innecesaria. Al contrario, comunicarnos entre nosotros nos ayuda a disfrutar mucho más de la sesión.

Lo más especial que aprendí en mi primera sesión de BDSM es la importancia de reservar un tiempo para una sesión de *after-care*. El *after-care* consiste en que la Dómina o Amo proporcionan, al finalizar la sesión, un tiempo de cuidados al sumiso/a para cuidar ese amor y respeto que se tienen mutuamente, haya sido como haya sido de intensa la sesión.

Este tiempo de cuidados y de amor mutuo, establecido como parte de la relación, suele ser inexistente en las relaciones sexuales normativas, pues muchas veces estas se ven absorbidas por la rutina, la casa, los hijos, el trabajo… Y lo peor es que muchos creemos que marcar en el calendario un día para esos cuidados mutuos es poco romántico y demasiado hermético. Culpa sin duda de las películas románticas, que nos han hecho creer que eso debe fluir y surgir solo. Pues desde aquí os digo que NO. Las relaciones y los cuidados entre las personas que formáis una pareja, una tríada o cualquiera que sea el tipo de relación que tengáis, se deben trabajar y, si es necesario, se deben marcar en el calendario, sobre todo cuando se comparte la vida bajo el mismo techo y durante años.

Son muchas las veces que personas ajenas al trabajo sexual piensan y opinan, como he dicho en más de una ocasión, que el cliente solo acude a nosotras para satisfacer sus necesidades sin miramientos y desde el egoísmo más absoluto, pero en el tema que trato en este capítulo, el BDSM, el servicio que ofrecemos las trabajadoras sexuales es el único lugar seguro para que ciertas personas puedan simplemente conocerse a través de su sexualidad, y este tipo de descubrimiento no siempre va de la mano de la norma. Permitirnos desnudar nuestra parte más hedonista y conocer nuestros deseos y fantasías puede llevarnos hacia un camino muy interesante y revelador.

IX

¿Siento placer en el trabajo?

Deseo y consentimiento

Cada vez se escuchan con más fuerza las frases «Sin deseo no hay consentimiento» y «Sin deseo es violación», muy cacareadas en las redes sociales y en las manifestaciones abolicionistas, pero ¿estamos seguros de que eso es realmente así? ¿Es un pensamiento lógico el que lleva a esas conclusiones o es quizás un argumento falaz? Veamos.

Guste o no, la violación no es un hecho que cada cual pueda definir de manera subjetiva, sino que viene tipificada en el Código Penal, donde se recogen explícitamente los requisitos que se deben cumplir para que una persona pueda ser condenada por este delito. Estos requisitos no permiten una lectura en abstracto ni tampoco una interpretación amplia por parte de los jueces, ya que esto causaría indefensión e inseguridad jurídica, y, si por algo se caracteriza el Derecho penal (o se debería caracterizar, porque ya veremos cómo queda redactado el nuevo artículo contra la prostitución), es por acotar muy bien las conductas penales para hacerlas lo más objetivas posibles. Así, todas estamos de acuerdo en que el consentimiento es un requisito imprescindible dentro de una relación sexual, y que la ausencia de este por parte de alguno de los sujetos que participan (o sufren, en este caso) de un acto sexual implica la comisión de un delito de abuso sexual, agresión sexual o violación, dependiendo de la conducta específica en cada caso. Es decir, que de entrada, para la ley, no toda conducta que atenta contra la libertad sexual es violación. Lo que sí tienen en común estos tres tipos penales es la falta de consentimiento de la víctima.

Ahora bien, el código penal no habla nunca de deseo. Así que a nivel legal, al menos, el silogismo «sin deseo es igual a sin consentimiento; sin consentimiento es igual a violación; luego sin deseo es igual a violación» es falaz e inválido. Dicho esto, habría que reflexionar sobre por qué se usa ese argumento falaz y cuál es la realidad dentro del mundo de las libertades sexuales.

Como explica Clara Serra en su artículo «Deseo y consentimiento no siempre coinciden», «Una mujer puede decir "sí" al sexo y no desearlo sin que eso sea una agresión sexual. Si todo sexo no deseado (incluyendo el trabajo sexual pero no solo) fuera una violación, estaríamos no reconociendo a las mujeres la posibilidad de tomar decisiones». ¿Qué quiere decir con esto? Nuestra libertad sexual se basa en tener la posibilidad de decidir, equivocarnos y rectificar. Demasiado a menudo es a las mujeres, y no a los hombres, a las que se nos cuestiona la raíz de nuestro consentimiento, se nos presiona, se analiza nuestro comportamiento, se juzgan nuestras decisiones y si, por desgracia, alguna de nosotras resulta víctima de cualquier tipo de agresión sexista, se la corresponsabiliza de ello por no haber actuado de forma «prudente y preventiva». Revictimizar e infantilizar a las mujeres no sirve más que de atenuante para los agresores, quienes se pueden llegar a sentir libres de culpa, por no «haber recibido una respuesta clara desde el principio».

Pero aunque parezca mentira, las personas no tenemos sexo siempre porque lo deseamos. Los humanos somos muy complejos en nuestra forma de relacionarnos, e igual que no desarrollamos una serie de vínculos sociales por un único motivo, ya sea amistad, amor, interés, supervivencia o afinidad, sino por varios de ellos, en el sexo esto ocurre igual. El deseo en el sexo es algo muy importante y valorado, y muchas de las relaciones sexuales que mantenemos se deben en gran parte a él. Pero, por ejemplo, el cariño también es un factor importante que puede hacer que una persona decida tener una sexo con otra sin desearlo plenamente, y, aun así, disfrutar de ese momento. Hay personas que tienen sexo como válvula de escape, igual que hay gente que sale a correr para calmar la ansiedad. ¿Esas personas están siendo violadas cuando a lo mejor son precisamente las que buscan tener una relación sexual? Hay personas que se acuestan con otras por puro interés. ¿Son violadoras o están siendo violadas? Y, si ese interés es, por ejemplo, económico, ¿su consentimiento es menos válido porque realmente no sienten deseo?

Pues esto es lo que ocurre con el trabajo sexual, ni más ni menos. Al final, las personas nos movemos por intereses, para satisfacer necesidades más o menos básicas. O mejor dicho, primarias, secundarias o terciarias. Y todo lo que hacemos en la vida no deja de obedecer a este principio. Todo. Por lo tanto, y relacionando esto con el concepto de libertad sexual, mucho hemos luchado las mujeres para exigir y consolidar una serie de derechos

en esta materia, algunos de los cuales aún no están asegurados, como el aborto, como para que ahora hagamos un reduccionismo moral respecto a aquello que nos interesa controlar de la vida sexual de las mujeres. Porque si el argumentario es que el trabajo sexual es obligar a las mujeres a tener sexo por dinero, pues lo mismo podemos decir de cualquier otro trabajo que nunca haríamos sin ese aliciente. Y sostener que tener sexo por dinero no es lo mismo que despachar en una tienda, bajar a una mina o trabajar en el campo solo porque tú no lo harías o porque se utiliza la sexualidad para ello, pues no es muy razonable. Si lo que se considera es que atenta contra la moral o la ética, ¿por qué no se lucha en todo el mundo por abolir los trabajos en los que pagan a alguien por suministrar una inyección letal a un reo de asesinato o por vigilar y reprimir derechos y libertades en el sistema penitenciario o por controlar y prohibir el acceso a territorio nacional a personas migrantes? Porque muchos de nosotros, la gran mayoría, no los haríamos. Y, sin embargo, parece que lo que más escuece es que las trabajadoras sexuales no solo existamos, sino que reclamemos derechos y que exijamos que se nos escuche, que se nos tenga en cuenta y que se nos incluya en los procesos legislativos que nos afectan.

Decía Mireia Vehí, diputada de la CUP en el Congreso, cuando se debatía la proposición de ley abolicionista, que los políticos deberían dejar la moral en casa y legislar sobre las condiciones materiales de las personas. Son las condiciones materiales en las que vivimos, nuestra realidad, las que hacen que haya mujeres que se dediquen al trabajo sexual, y que consientan en tener sexo a cambio de dinero. Incluso aunque no les guste. Entonces, lo lógico sería centrarse en esas condiciones materiales, en la brecha salarial, en el techo de cristal, en esa pobreza que aumenta cada día, en la desigualdad creciente en la sociedad, en la falta de derechos, en la criminalización de los procesos migratorios, en la marginalización del colectivo trans; y entender que las mujeres somos mucho más resilientes y libres de lo que nos quieren y que somos capaces de decidir, de elegir —siendo plenamente conscientes de la falsa libertad de elección que rige nuestra sociedad— aquella opción que nos parece mejor. Y si nos equivocamos, pues tener la posibilidad, la alternativa de rectificar. Y si nos cansamos, pues poder seguir siendo libres para cambiar. Pero sin imposiciones y sin que se silencie nuestra realidad ni se menosprecie nuestro consentimiento.

Trabajadoras y clientes: un apego diferente

El sexo no es inherente al amor, pero esto no significa que no podamos disfrutar o sentir la diferencia entre tener sexo con alguien a quien amamos y tenerlo con un cliente, un ligue o un amigo.

En mi trabajo, yo tengo sexo con personas desconocidas, con personas que conozco desde hace escasos meses y también con personas que llevan años conmigo, casi desde que empecé a ser trabajadora sexual (seis años, por ahora), con las que he compartido cientos de experiencias y de las que conozco prácticamente toda su vida.

La relación y el apego que se crea con los clientes es difícil de explicar; no somos amigos, tampoco amantes y mucho menos pareja, pero puede haber cariño, alegría al vernos, intimidad (no solo sexual) y disfrute. También la preocupación por su parte por nuestra salud, si saben que hemos estado enfermas, o por la situación política que va en contra de nuestro trabajo como la que estamos atravesando actualmente. Y, sin embargo, también hay límites que no se traspasan. Ninguno llama al otro sin avisar previamente, se respeta la vida privada y nos explicamos lo que nos apetece compartir con el otro, sin exigencias ni expectativas.

Obviamente, no vamos a sentir algo especial con todos nuestros clientes, lo cual no quiere decir que no podamos simplemente apreciarlos, comprenderlos o compartir con algunos de ellos formas de ver y de pensar, gustos…, aunque, a menudo, los encuentros sean simplemente profesionales. Lo que no es malo en absoluto. Pero contra ese imaginario de una parte de la sociedad y que suele ser el que más pesa, de que todos los hombres que contratan nuestros servicios son la peste, que son unos machistas o que compran nuestra dignidad, existe la realidad que ya comentaba anteriormente de que los clientes de las trabajadoras sexuales, en su mayoría, son personas normales, como tú y como yo, con su vida y con sus problemas, sus objetivos, sus fallos y sus logros, buenos maridos, buenos padres, buenos vecinos.

De hecho, hace unos días leía en Twitter a una compañera que decía que muchos clientes, cuando vienen por primera vez a vernos, nos hablan del tiempo que hace, de si has ido de vacaciones o de cualquier otro tema banal. Al final de la cita, después del sexo, la conversación se vuelve más personal e íntima, cómo se siente tras una separación o pérdida, qué relación tiene con su pareja (que no tiene por qué ser mala), o cómo le preocupa la enfermedad de un familiar o amistad. ¿Qué quiero decir con esto? Que las

trabajadoras sexuales no somos objetos, cuerpos en los que descargar como dicen algunas, ni los clientes nos perciben así. Nos ven como lo que somos, personas, y entienden que la intimidad que se da en nuestro trabajo puede ser liberadora para ellos, ya que les transmite confianza. La confianza de haberse mostrado vulnerables en el terreno sexual al someterse a nuestras condiciones y límites les permite, muchas veces, mostrarse vulnerables en el terreno emocional. Esto no es una reivindicación de las trabajadoras sexuales como terapeutas psicológicas, solo faltaría, sino la exposición de una realidad que no se quiere ver o no se quiere creer.

A veces, me he sorprendido imaginándome tomando un café con mis amigos, mientras aparece un cliente con el que tenga mucha confianza. Entonces, una parte de mí querría presentarles y hablarles de él, pero es una situación que no se puede dar sin sentir a cambio incomodidad y desconcierto, y sin sobrepasar la privacidad y las barreras que supone ser Valérie y no C., así que en este sentido sí podríamos decir que los clientes se convierten en amantes secretos; y la relación que tengo con ellos es algo complicado de explicar, pues además hemos sido educados para entender el sexo dentro de unos marcos establecidos. O eres amigo o eres amante o eres pareja, y si eres cliente, no tienes relaciones sexuales dignas y válidas. Además el cliente me paga, así que si me paga y lo disfruto entonces no puede haber espacio para que quiera continuar cobrando por ese servicio.

La sacralización del sexo femenino: gratis y con amor

Cuando se argumenta que el cuerpo no puede ser una herramienta de trabajo y, por tanto, el trabajo sexual jamás será trabajo, se obvia que todos los trabajos son ejercidos con el cuerpo y lo aceptamos y asumimos como normal. Así que está bastante claro que el conflicto no es con el cuerpo, sino con *los genitales.* En realidad, ni tan siquiera eso. El verdadero problema que plantean es que no se puede trabajar con la sexualidad de las mujeres. Trabajar con nuestros genitales y nuestra sexualidad es lo que incomoda y molesta.

Las mujeres ya hemos sido suficientemente señaladas y sometidas por nuestra mera existencia y nuestra sexualidad ha sido una de las principales herramientas de control. En el contexto social en el que vivimos, heredero de una moral judeocristiana que aún

perdura en muchos ámbitos de la vida social, la sexualidad de la mujer solo es aceptada si es de una determinada manera: para engendrar hijos, dentro del matrimonio o a través del amor romántico. Y por supuesto *gratis*. A demanda de los hombres, es cierto. Pero es que el sistema se las arregla para imponer aquellos preceptos e ideas que le son beneficiosos y descartar los que puedan desestabilizarlo.

Esta visión de la sexualidad femenina sometida al hombre y en inferioridad de condiciones no ha sido siempre la predominante, e incluso encontramos en la Biblia textos tan importantes como la primera carta de San Pablo a los Corintios, que dice textualmente que el cuerpo del hombre no le pertenece a él, sino a su mujer. Por supuesto que existe en esta afirmación un componente de restricción de la sexualidad al ámbito marital, pero propone una absoluta igualdad en la manera de vivir el sexo dentro de la pareja, algo que en otros libros de la Biblia se refuerza, y que traspasa la visión cristiana moderna del sexo como simple herramienta para la procreación y lo celebra como una forma de proporcionar placer y satisfacción al otro.

Claro que también habla de prácticas sexuales prohibidas (sexo premarital, extramatrimonial…), pero la construcción del sexo constreñido atribuido a la mujer en contraposición con la mayor libertad sexual del hombre ha sido algo que ha venido gestándose e imponiéndose a lo largo de los siglos y que el feminismo consiguió contestar en el último siglo, encontrando todavía una fuerte oposición en determinados ámbitos.

Sin embargo, parece que si en algo no hemos avanzado suficiente las mujeres es en dejar de juzgar la forma en la que vivimos esa sexualidad, ya que entre nosotras mismas reproducimos esos prejuicios y estereotipos, y son frecuentes las críticas hacia aquella que se aparta demasiado de lo que se considera como «libertad sexual buena», la que es aceptable. No hablo (todavía) de las trabajadoras sexuales. Muchas mujeres aún creen que la que tiene mucho sexo es una guarra. Muchas mujeres siguen estando de acuerdo en que emborracharse o vestir de determinada manera es un factor de responsabilidad si te ocurre algo. Afortunadamente, cada vez menos, eso sí. Pero es que hay corrientes dentro del feminismo que van todavía más allá y, en un giro conceptual espectacular, proponen que las mujeres dejemos de tener sexo con los hombres. Cuando empecé a ver a mujeres declarándose lesbianas políticas, me costó mucho entender que no era una postura irónica o performativa. Realmente, una parte del feminismo

radical aboga por que las feministas *decidan* ser lesbianas para escapar de la heterosexualidad, siendo una condición para ser vistas y reconocidas como auténticas feministas. Un análisis superficial de esta idea, o eso creo yo, ya muestra algunas incoherencias con su discurso abolicionista, y no solo eso. Veamos.

Partiendo de la base de que la homosexualidad o la heterosexualidad no son producto de la socialización, sino que está demostrado científicamente que existen factores biológicos que las determinan durante el desarrollo fetal, resulta cuanto menos curioso que haya quien defienda esta postura política, renegando de su propia biología y que, a la vez, rechace, critique y persiga al colectivo trans escudándose justamente en la biología.

Que a las trabajadoras sexuales se nos exija no convertir el sexo en un servicio es la forma para volver a colocarnos donde debemos estar, en una lugar social donde podamos ser controladas como niñas descarriadas y para recordarnos cómo nos debemos comportar. Desafiar al sistema a través de la sexualidad y conseguir una estabilidad económica con ello es demasiado.

Volviendo al tema de la gratuidad del sexo o de lo malo que es que trabajemos con nuestra sexualidad, si avanzamos en libertades y derechos, si las mujeres conquistamos cada vez mayores cotas de independencia y autonomía sexual, no podemos ni debemos descontextualizarlo de la sociedad y el sistema en el que vivimos. Podríamos debatir amistosamente y podríamos estar de acuerdo en que muchas trabajadoras sexuales preferirían dedicarse a otra cosa, siempre y cuando vieran sus necesidades satisfechas, pudieran tener las vidas que quieren o se sintieran seguras ellas y sus familias. Pero, lamentablemente, esto no es así. Por eso, trabajamos. Por eso la clase obrera vende su fuerza de trabajo, sus habilidades, su conocimiento, sus aptitudes. Por eso, a cambio de un salario, estamos dispuestos a realizar actividades que no haríamos sin ese aliciente. Si algunas elegimos, con plena conciencia de lo que significa decidir en esta sociedad, ofrecer un servicio sexual a cambio de un dinero, cuando históricamente lo hemos hecho «gratis», no estar de acuerdo con ello se debe más a una visión moralista y religiosa que a la aceptación de la realidad material en la que vivimos. Se puede plantear de dos maneras: que el sexo de pago está pervertido por el sistema patriarcal y capitalista que todo lo compra, o que las mujeres son dueñas para ejercer su capacidad de agencia para no regalar el disfrute de su sexualidad. Aquí, lo verdaderamente importante es, nuevamente, que quienes no quieran hacerlo no tengan por qué hacerlo. Mientras no nos

centremos en eso, seguiremos perpetuando esa visión sacrosanta y pecaminosa de la sexualidad.

X

¿Doctor, es usted putifriendly?

Médicos y psicólogos

Pocas veces habéis oído hablar de lo divertido que puede ser ir al médico o al psicólogo siendo prostituta.

Ejercer como trabajadora sexual hace que cada día se te presente un nuevo reto que nunca te habías planteado, porque lo que para ti es normal en tu día a día, para el resto no lo es. Como casi en el resto de ámbitos, la gente no sabe lo poco preparado que está el sistema sanitario para atender a las trabajadoras sexuales y cómo el estigma puede atravesar una simple consulta en el médico.

Las prostitutas, por culpa o, quizás, gracias a la manida idea generalizada de que somos portadoras de infecciones, tenemos mucha información y somos muy conscientes de que realizarse controles médicos de forma habitual es de vital importancia. El problema es que el resto de las personas no lo son tanto y, o no disponen de tanta información o le restan la debida importancia a una buena revisión médica si tienes relaciones sexuales de forma esporádica con diferentes personas. De hecho, un estudio reciente confirma que las infecciones de transmisión sexual se han disparado en los últimos años, entre 2012 y 2019. Una encuesta en la plataforma de salud integral y femenina llamada Bloom confirma que la mayoría de infecciones que van en aumento son clamidia, gonorrea y sífilis, seguidas de hepatitis C y B. No hace falta ser un doctor en estadística para comprobar que las prostitutas no somos el problema en cuestión, y el argumento de que somos portadoras de enfermedades es un argumento obsoleto, anticuado y absurdo.

Existen servicios públicos de salud destinados a la prevención de las ITS, donde puedes realizarte este tipo de tests express con los que se analizan de forma metódica posibles infecciones. Normalmente, en estos lugares no se pregunta por tu profesión, ya seas actor o actriz porno, prostituta o simplemente una persona responsable que quiere asegurarse de tener y compartir una vida sexual sana. Te haces los tests, esperas los resultados y te vas. La

discreción, en estos casos, es la mejor compañía. Aprovecho para recordar, ya que hablamos de salud sexual, que es importante usar métodos de protección, sobre todo cuando se tiene sexo con diferentes personas, y de lo necesario que es hacer un seguimiento de este tipo de infecciones, ya que muchas de ellas se pueden detectar con un análisis antes de que aparezcan síntomas, pudiendo evitar así dos cosas: contagiar a nuestros compañeros sexuales y atajar enfermedades antes de que se vuelvan molestas o peligrosas.

Sigamos. Aunque en este tipo de servicios, como la Unidad de Enfermedades de Transmisión Sexual de Barcelona, el proceso es muy aséptico (si se me permite el juego de palabras), rápido e impersonal, otros servicios sanitarios no lo son tanto, y en ellos nos podemos sentir más vulnerables o juzgadas. Hace unas semanas acudí a mi ginecóloga para hacerme una citología, una prueba habitual que debemos realizarnos las mujeres si somos sexualmente activas. Estando en la consulta, la doctora me preguntó si tenía pareja estable o mantenía relaciones de forma esporádica con diferentes personas, una pregunta normal en ese contexto. Le respondí que mantenía relaciones con personas de forma esporádica, sin intención ni interés por entrar en muchos detalles, y mientras me estaba desnudando para sentarme en la dichosa e incómoda silla y colocar mis piernas en la postura menos sugerente del mundo, tuve el impulso de responderle: «Pero tampoco demasiado». ¿Os imagináis a una prostituta diciendo eso? Lo pensé porque, aun siendo puta, a veces no quiero ser vista como tal, porque soy consciente de que ser puta no significa para los demás lo mismo que para mí. En efecto, se trata de nuevo del molesto e incómodo estigma.

Durante la cita, pensé en varias ocasiones explicarle a qué me dedicaba y que estaba realmente interesada en hacerme pruebas de ITS Y VIH aprovechando mi citología, pero no lo hice porque ya una vez me lancé y no fue una experiencia agradable.

Fue al segundo año de estar ejerciendo como prostituta que acudí a mi revisión ginecológica habitual. Llegué un poco tarde, vestía tejanos y camiseta blanca muy básica. La ginecóloga me abrió la puerta con una sonrisa amable pero, cuando me preguntó cuál era el motivo de mi visita y le expliqué a qué me dedicaba, que hacía uso del preservativo pero que quería hacerme una revisión, ella levantó la vista del ordenador, me miró durante un rato y suspiró. Me dijo que yo formaba parte de lo que se conocen como *grupos de riesgo* y que me haría las pruebas por la seguridad del resto de personas. No por mi seguridad, no. Por la de los demás.

Toda la amabilidad que parecía tener se fue por el sumidero junto con la empatía y la ética profesional.

Sí, literalmente me hizo sentir como un agente de infección andante, un vector de enfermedades descontrolado del que protegerse. Me hizo sentir culpable y me hizo sentir que las responsables de la existencia de las ITS eran personas *viciosas* como yo. Y esto no es algo que me haya ocurrido solo a mí. Esta idea está tan extendida en la sociedad que uno de los argumentos que utilizan los sectores regulacionistas es que legalizando el trabajo sexual se podrían controlar mejor las ITS. Las putas, las culpables de los males de la sociedad, literalmente.

Discriminación y estigma en el ámbito sanitario

La idea de que las trabajadoras sexuales somos las principales causantes de infecciones de ITS existe desde la Edad Media, donde la falta de higiene y de conocimiento de las infecciones de transmisión sexual en la sociedad, y en los burdeles, era la norma. De esta manera, el estigma provocaba que se obligara a las trabajadoras a someterse a lo que se conoce como *levantarse la falda,* que consistía en inspeccionar los lugares más frecuentados por las *mujeres de moral laxa* por parte de médicos y policías que realizaban exámenes superficiales de los genitales con el fin detectar la presencia de enfermedades que pudieran propagarse.

Fue con el *higienismo* a finales del siglo XVIII cuando se popularizó el uso de baños con sal de mercurio como tratamiento para las prostitutas que se pensaba que podrían estar infectadas, para, de esta manera, cortar rápidamente la cadena de transmisión de sífilis. Estos exámenes semanales o bisemanales se realizaban a todas las prostitutas e incluso se las forzaba a ingresos hospitalarios.[12]

Nunca, en ningún momento histórico y tampoco en la actualidad, se ha valorado la posibilidad de que sean los clientes quienes infecten principalmente a las trabajadoras sexuales, debido a esa desidia a la hora de realizarse controles médicos periódicos, a la falta de información e interés, y también al rehuir de la vergüenza de hablar sobre la propia vida sexual con un desconocido, ya sea médico o no, por culpa del tabú del sexo. Al contrario, la presión constante para responsabilizarse de su salud, su sexualidad y la de los demás recae, de nuevo, en las mujeres. Y en primer lugar, en las trabajadoras sexuales. En el momento en el

que somos sexualmente activas tenemos la carga y la responsabilidad de ocuparnos de estar sanas, y muchas de nosotras jamás hemos salido de casa sin preservativos si contemplábamos la posibilidad de mantener relaciones sexuales. El miedo al embarazo y a las ITS parece ser más real en nosotras que en ellos, o al menos solemos estar más concienciadas, quizás porque las consecuencias también son diferentes si eres hombre o mujer. Aunque la verdad es que cuando en el sexo participan dos o más personas, todas ellas son responsables de lo que ocurre y, por ende, deberían tomar medidas y actuar en consecuencia. Pero esto no siempre es así. Aquí hay un problema de educación sexual muy grande que atañe a toda la sociedad y que es algo que deberíamos exigir entre todos, pero para muchos es más fácil culpar a las trabajadoras sexuales.

Así que sí, aunque las putas tengamos un número elevado de encuentros sexuales a lo largo de nuestra vida, la gran mayoría vamos a vigilar que en todos ellos existan unas condiciones mínimas que nos protejan y de paso protejan al cliente. ¿Todo el mundo que mantiene relaciones sexuales de forma esporádica puede decir lo mismo? Es como si, por decidir ser prostituta, automáticamente hubiéramos comprado un mayor número de boletos para infectarnos, cuando en muchas ocasiones he pensado que, en una semana que no he tenido servicios, he follado literalmente menos que cualquier chica o chico que se anuncia en Tinder.

Los factores socioeconómicos a la hora de tener acceso a medios de protección y cuidados en la salud sexual afectan directamente a las trabajadoras sexuales. El estigma, la pobreza y la falta de recursos dificultan el acceso a estos. La ginecóloga que se tomó el tiempo para reclamar que me realizaran los controles necesarios a pesar de mirarme con cara de desaprobación lo hizo porque era yo, una chica blanca, con aspecto saludable, que paga su seguridad social y que es de aquí. ¿Pero qué ocurre con las compañeras migrantes? Todo corre de su cuenta, condones y acceso médico privado si pueden permitírselo.

La dificultad para acceder a esta información y a los servicios de salud sexual inciden en la falta de datos concluyentes de cuántas mujeres ejercen la prostitución. Si no tuviéramos la losa del estigma y no tuviéramos que estar obligadas a callar en muchas ocasiones para no ser juzgadas, estas situaciones podrían evitarse y se podría actuar eficazmente, pero el estigma limita y silencia, como siempre, nuestras voces.

Cuando hablamos de que las trabajadoras sexuales queremos un modelo legislativo llamado pro- derechos, nos basamos en derechos

básicos como estos. Derecho a servicios médicos y sociales, derecho a poder acudir a un centro médico sin ser vistas como víctimas o juzgadas como mujeres desviadas. Cuando pedimos derechos queremos que deje de fomentarse la falsa creencia de que nosotras, las prostitutas, somos foco de infecciones, pues nace de lo absurdo en el momento que cualquier persona que mantenga relaciones sexuales puede serlo, y que, por ejemplo, confesar que mantenemos encuentros sexuales con más de una persona no se convierta en una especie de juicio de la vergüenza. Y, lo más importante, que se eduque a los futuros sanitarios desde una perspectiva de igualdad. Una perspectiva que asuma la existencia de trabajadoras sexuales entre sus pacientes y no nos haga sentir ajenas o ciudadanas de segunda.

Terapia psicológica y prostitución

Otro de los lugares terriblemente delicados para nosotras es cuando precisamos acudir a terapia psicológica.

Entre nosotras suele ser bastante común consultarnos si X psicólogo, X gestor o X médico es *putifriendly*. Saber que existen profesionales que conocen nuestra situación y empatizan con ella nos genera mucho alivio y esperanza. Es como volver a estar en un lugar seguro, algo muy importante, especialmente cuando necesitamos terapia psicológica, que es cuando más vulnerables somos frente al estigma.

Acudir al psicólogo puede percibirse como entrar en un terreno terriblemente pantanoso. Es ya en la primera cita cuando se suele preguntar al paciente sobre su profesión, como una fórmula más para establecer una conexión terapeuta-paciente, así que empezar mintiéndole es muy mala idea.

Acudir a terapia no es inherente al ejercicio del trabajo sexual. ¡Es que somos personas que pueden tener los mismos problemas y falta de herramientas para gestionar emociones que cualquier otra persona! Parece estúpido, pero recordar que somos personas normales con problemas normales sigue siendo necesario.

El problema empieza cuando decides ir al psicólogo porque estás, por ejemplo, pasando el duelo por un familiar fallecido, y la terapeuta se empeña en hacerte creer que todos tus problemas nacen del hecho de ser prostituta. Os parece increíble, ¿verdad? Pues ocurre, y mucho más a menudo de lo que os podéis imaginar. Es terriblemente desmoralizante encontrarte con el estigma hasta en

un lugar que presume de ser seguro y libre de juicios.

No han sido pocas las ocasiones que he tenido que escuchar de muchas compañeras que han perdido la fe en acudir a una terapeuta por sentirse incomprendidas. Yo misma, cuando he tenido que acudir a terapia, he procurado encontrar psicólogos que entiendan de manera real mi decisión, y por suerte di con uno. Desgraciadamente, otras compañeras no han tenido la misma suerte. En un momento histórico en el que cada vez tenemos más presente la importancia de cuidar la salud mental y acudir a terapia, es muy injusto y cruel que las trabajadoras sexuales nos encontremos de nuevo marginadas cuando, a veces, necesitamos herramientas para gestionar el estigma, el rechazo, la discriminación y los prejuicios que, por desgracia, a día de hoy, sí que son inherentes a nuestra profesión.

El acceso a servicios psicológicos públicos es tristemente escaso, lo que dificulta mucho una continuidad efectiva, así que para la gran mayoría de personas, la terapia privada es la única opción. Como en el caso de los servicios médicos, la terapia psicológica es de vital importancia en la vida de las trabajadoras sexuales, así que un servicio verdaderamente accesible para todas es otra de nuestras demandas.

Al igual que ocurre en el sistema médico —en el que, como hemos dicho, también es flagrante el desconocimiento y la escasa conciencia que existe sobre la mera existencia de las trabajadoras sexuales, ya que parece ignorar que formamos también parte de esta sociedad—, hace falta informar y concienciar a los futuros psicólogos y psicólogas. Así que cuanto antes sepas que nos damos cuenta cuando levantas la ceja al decir que nos dedicamos al trabajo sexual, mejor, así podrás dejar de hacerlo.

12 Gondra, J., «Las enfermedades de transmisión sexual y la prostitución en Bilbao en los siglos XVIII-XVX. Regulación de la prostitución», *Eskonews & media N.º* 196 recuperado de *https://www.euskonews.eus/0196zbk/gaia19601es.html*, 2003.

XI

Derribando prejuicios sobre el trabajo sexual

Eres adicta al sexo

En mis redes sociales me encuentro a menudo con consultas de seguidores acerca de los mitos más difundidos, como, por ejemplo, si es verdad que las trabajadoras sexuales tenemos un problema de adicción al sexo. Así que quiero dedicar este capítulo del libro a tratar de desmentir los mitos y bulos de la prostitución.

Al final, parece que decidir ejercer el trabajo sexual, cuando no es por una necesidad económica imperiosa, se debe a algún tipo de problema psicológico y/o a adicciones de todo tipo, y entre las que se nos atribuyen destaca la adicción al sexo. La adicción al sexo existe igual que existen otros tipos de adicciones, pero creer que las trabajadoras sexuales somos inherentemente adictas al sexo es una forma de señalar y patologizar nuestra decisión, y caer de nuevo en el señalamiento y la etiqueta de la mala mujer que sucumbe a sus bajas pasiones. Al final, como veis, todo acaba siempre en lo mismo: o mala o pobre mujer. Da igual la vía que se tome para llegar a esta conclusión, al final acabamos siempre en el mismo punto de partida.

De hecho, existe un término que seguro que hace rato que pensáis leyendo estas líneas y es el de la ninfomanía. Este término apareció en su momento para «diagnosticar» y estigmatizar a las mujeres que mostraban una conducta sexual activa y libre, alejada de las actitudes que se suponía que debían mantener en una época puritana y conservadora. Esta categorización se disfrazó de científica con el objetivo de señalar a las mujeres que no se comportaban según lo esperado, pero que, «curiosamente», nunca se aplicó a los hombres.

Cuando las trabajadoras sexuales anunciamos nuestros servicios, es habitual expresar que disfrutamos del sexo como una forma más de ocio. Podría decirse que muchas trabajadoras sexuales entendemos el sexo de una forma parecida a como lo han vivido los

hombres durante siglos. Rechazamos la idea de que el sexo debe estar ligado al amor. El sexo es ocio, diversión, contacto, placer, afecto, cariño y, a veces, amor… Por estos motivos ofrecer un servicio en el que el sexo sea una parte, a muchas no nos parece tan descabellado. Interactuar de forma íntima con una persona desconocida para algunas personas puede ser impensable, pero no podemos negar que existen mujeres para las que no lo es tanto, y no por ello podemos hablar de adicción al sexo.

Hablar hoy de ninfomanía es seguir diciéndole a las mujeres que hay algo en ellas que no está bien. La adicción al sexo, como decía, existe, pero el término para referirse a ella es el de hipersexualidad. Y no, no todas las trabajadoras sexuales somos hipersexuales. Eso funciona de otra manera. La hipersexualidad no es tener muchas relaciones sexuales ni con mucha gente ni nada de eso. Se refiere más a conductas sexuales que alteran la vida normal de una persona y le afectan negativamente incluso en el terreno social, laboral…

¿Dinero fácil y rápido?

Llegados a este punto creo que estaremos de acuerdo en que el trabajo sexual no es algo fácil. No es una profesión para cualquier persona, requiere de aptitudes y de experiencia que no todo el mundo tiene y de sacrificios que no todo el mundo está dispuesto a afrontar. Lo gracioso es que, por un lado, se nos bombardea con la idea de que se trata de un mundo sórdido y peligroso, y, por el otro, se nos acusa de buscar la vía fácil para ganar dinero rápido, y a las mujeres que nos dedicamos a esto se nos tilda de perezosas y vagas que «prefieren vender su cuerpo a buscarse un trabajo de verdad».

También es curioso que estos argumentos sean esgrimidos desde los sectores conservadores, entre los que hay muchos hombres que rabian por tener que pagar dinero por algo que querrían tener gratis, y desde los sectores que pretenden alzarse como salvadores, porque en este último caso aparece, de nuevo, una clásica dicotomía en la vida: el bien y el mal, las mujeres de primera y las de segunda. Las primeras son las víctimas que quieren abandonar la prostitución y las segundas somos las que reclamamos derechos para aquellas que no queremos dejarlo. En este caso, además de privilegiadas, a menudo nos echan en cara este argumento para tratar de minar nuestra autoestima y denigrarnos. No puede ser que la prostitución sea una forma de ganar dinero fácil y, a la vez, sea algo sórdido, peligroso, oscuro y traumático. Una cosa no casa con

la otra.

Que el dinero puede ser rápido es cierto. Cobras por servicio, así que en el momento en el que empiezas y atiendes a tus primeros clientes, ya empiezas a cobrar. No acabo de entender por qué esto es visto como algo negativo. Al fin y al cabo, lo que importa es cómo gestionas tu economía, ya cobres al mes o al momento. Tener acceso a una economía solvente es algo necesario.

Pero que el dinero es fácil… yo no lo creo. Atender a los clientes es algo delicado e íntimo que requiere mucha responsabilidad afectiva e inteligencia emocional. Pero, a la vez, es la parte más sencilla, si mantener y disfrutar del sexo con personas que hasta hace una hora no conocías no te supone ningún problema. Lo que hace verdaderamente duro el trabajo sexual es, entre otras cosas, su estigma, lo que implica y sus consecuencias. Lo que hace duro ser prostituta es ver cómo tu madre sufre por tu decisión, es ver cómo tus amigos insisten en verte como la fresca del grupo y te rechazan y te dan la espalda, es ver cómo tu pareja no te entiende y te abandona o, si te apoya y te defiende con orgullo, ver cómo ha de aguantar una y otra vez la pregunta de cómo lleva estar con una puta, como si estuviera sometido o como si fuera algo malo, de manera que ya no solo te afecta a ti ese estigma, sino también a tus seres más queridos, que se sienten obligados a dar explicaciones y justificaciones o a asumir que siempre habrá personas que no entiendan por qué mantienen contacto o una relación con una prostituta. Es ver que tu hijo siente vergüenza de su madre. Es sentirte sola, marginada, rechazada y odiada. Es sentir que tu voz no vale igual que la de las demás mujeres, que se debate y se decide sobre tu cuerpo y sobre tu vida robándote (o tratando de hacerlo) tu capacidad de agencia y tu condición de sujeto político.

Todavía es menos fácil para las mujeres que no desean ejercer este trabajo pero que no tienen otra alternativa. Incluso más si cabe cuando han intentado acogerse a campañas, proyectos o acciones sociales o institucionales que han resultado no satisfacer sus necesidades vitales. Porque además de todo lo anterior, los juicios morales y las críticas que pesan sobre nosotras, en muchos casos se las hacen propias, lo que añade sufrimiento a sus vidas. No señor, el trabajo sexual no es dinero fácil en absoluto.

Por otro lado, se asume que el cobrar *excesivas* cantidades de dinero puede hacerte perder un poco el norte en cuanto a la realidad social. Se dice que si eres *scort* y cobras muy bien, vas a tener problemas con el dinero por verte envuelta en la opulencia de un estilo de vida elitista, y si cobras poco, se te señala como la

pobrecita que tiene que hacer este trabajo cobrando una miseria. La cuestión es que, sea como sea, siempre vamos a molestar, incomodar y a ser criticadas, cuando la realidad es que esto no es un problema exclusivo de las trabajadoras sexuales. Cualquier persona de una clase social que no sea alta, siempre va a tener una educación financiera inferior a la de las élites. A veces las prostitutas cobramos al mes bastante dinero, pero el problema no es ese, el problema es que existan tantas personas trabajando ocho, nueve y diez horas diarias que cobran tan poco.

Hacienda, impuestos y jubilación

Esto, más que un mito, es un bulo que quiero tratar, ya que en muchas ocasiones la solución que se da a nuestra falta de derechos es la posibilidad de hacernos autónomas.

Ya hay prostitutas autónomas. Y ¿cómo se hace, si no está reconocido? Pues la respuesta la encontramos en el refrán «Hecha la ley, hecha la trampa». Quienes nos damos de alta como autónomas, lo hacemos a través de epígrafes parecidos al nuestro.

Cada vez que hago activismo por redes recibo varios mensajes del estilo: «Anda, cállate y paga tus impuestos», «Mucho pedir derechos pero ¿pagas tus impuestos?», «Eso, que os legalicen, que así nos beneficiamos todos con la recaudación…».

En una sociedad que no nos quiere reconocer ni nos acepta, en una sociedad que denuncia a los clientes por «abusar» de nosotras, sorprendentemente, hay quien está interesado en utilizarnos por nuestra aportación económica. De repente, cuando existe la posibilidad de que la sociedad se beneficie de que nosotras también seamos trabajadoras, las creencias ideológicas y morales pueden hacerse a un lado para dar paso al interés económico. Y ante ese argumento recaudatorio, incluso surgen abolicionistas que ponen cero reparos en que quienes queramos ejercer nos demos de alta como autónomas. No tendremos nuestros derechos reconocidos, no seremos vistas como trabajadoras con pleno derecho, no se va a educar a la sociedad para que nuestro estigma sea un poquito menos duro con nosotras, ni tan siquiera tendremos un epígrafe propio, pero Hacienda somos todos, y para eso no tenemos prejuicios, si pagamos religiosamente.

Los partidos políticos que están a favor de un modelo regulacioncita casi siempre hacen alusión a datos del estilo «El INE estima que la prostitución aporta el 0,35 % del PIB, lo que supone

una cifra cercana a 4100 millones de euros». Quieren convencer a la opinión pública de lo interesante que sería regular nuestro trabajo pues económicamente somos un sector muy atractivo, pero no deja de ser un argumento sensacionalista que se aleja de nuestra realidad y que no tiene en cuenta, otra vez, nuestras necesidades, demandas ni cómo de peligroso sería para nosotras una regulación que solo provocaría que algunos empresarios fueran aún más ricos y nosotras más estigmatizadas.

Ser autónoma en España es muy penoso, pero también es un privilegio. Las pocas trabajadoras que podemos permitirnos pagar a Hacienda para poder acceder a los escasos beneficios de ser autónomas no somos representativas de la cantidad de compañeras que ni se lo pueden plantear. Para una compañera migrante, con personas a su cargo, que recibe multas diarias por ejercer a través de la ley Mordaza o de las ordenanzas municipales, ser autónoma es una opción impensable, lo que le impide el acceso a unos mínimos derechos.

Es despiadado cómo el Estado lanza balones fuera para no hacerse cargo de seres humanos que no le son útiles y deja sin derecho laboral alguno a las compañeras de las que no se puede beneficiar.

Las trabajadoras sexuales no tenemos problemas en participar activamente en iluminar calles, construir hospitales y sufragar servicios públicos a través de nuestros impuestos, siempre y cuando la sociedad nos tenga en cuenta, apueste por regular la situación de las compañeras migrantes y aprobar sus permisos de residencia, por reconocernos como trabajadoras, por el respeto y la consideración hacia el trabajo sexual y su mera existencia, por educar y favorecer nuestra integración, por derogar leyes punitivas… Pero esto implicaría ceder y escucharnos, implicaría enfrentarse a la sociedad y a la opinión pública, implicaría enfrentarse al abolicionismo institucional e incluso a la religión, y este es un intercambio para el que parece que aún no estamos preparados.

Drogas y prostitución

Más adelante trataré con más detalle los clichés y prejuicios del trabajo sexual en el cine y los medios de comunicación, pero adelanto que es en estos contextos donde más se ha visto potenciada la creencia de que las prostitutas nos drogamos. Así, en general.

Es en películas y series donde más hemos visto a la prostituta de turno drogarse porque es la única forma de soportar este trabajo, porque se asume que este trabajo se debe soportar y no ejercer, y que no ha sido escogido voluntariamente. Y es inconcebible que se disfrute. Cuando nos muestran la imagen de una trabajadora sexual libre y que disfruta de su trabajo, la presentan como la típica prostituta de lujo, arrastrada por el mundo de la noche, incapaz de poner límites, con cientos de billetes alrededor, alcohol y droga… Los prejuicios, en bandeja.

Y si la prostituta no se droga para soportar este trabajo, debe ser porque trabaja para conseguir droga, porque no puede comprarla de otra manera. Entonces no nos venden a la *scort* glamurosa y endiosada, sino a la puta desgraciada, pobre y adicta. De una forma u otra, las trabajadoras sexuales somos personas indeseables junto a criminales y vagabundos, así que se presume que participamos en actividades poco saludables en un ambiente de fiesta, alcohol y drogas.

Cada fin de semana recibo en mi teléfono del trabajo mensajes del estilo «Fiesta blanca para ti y tus clientes», «Blanca, pura, llámame y la recibes en tu casa en media hora». Sí, a las putas nos llegan mensajes de camellos ofreciéndonos droga, se nos pone en bandeja y se nos recuerda, cada fin de semana, que la droga y la prostitución van de la mano.

Las drogas son de relativo fácil acceso para cualquier persona, y su consumo va en aumento en los últimos años. Es una realidad que existen compañeras que consumen, así como también existimos las que no solo no consumimos, sino que no permitimos el uso de drogas durante nuestro servicio. Las putas que consumen drogas lo hacen de la misma manera y por los mismos motivos que el resto de la sociedad, porque, aunque pueda parecer que no, pertenecen a ella.

¿El que paga manda?

«No todos los clientes con solvencia económica pueden pasar unas horas conmigo», decía una compañera en una entrevista en 2016, y no le puedo dar más la razón. De vez en cuando, consideramos necesario recordar que la educación y el respeto a nuestras condiciones son mejor carta de presentación que todos los ceros que puedas tener en el banco. De hecho, nos importa bastante poco cuánto ganes si eres un impresentable. Así que nos resulta

bastante divertido leer esta clase de afirmaciones tan alejadas de la realidad, como «El que paga manda».

Muchas trabajadoras sexuales respaldadas por asociaciones como, por ejemplo, Putas Libertarias del Raval o AFEMTRAS (Agrupación Feminista de Trabajadoras del Sexo), formada por prostitutas que ejercen en las calles del Raval de Barcelona y en el polígono de Villaverde, reivindicamos la capacidad que tenemos nosotras, individualmente y como colectivo, para marcar los límites a los clientes y dejar claro que nuestro problema principal es la falta de derechos y el hostigamiento policial e institucional que nos persigue a nosotras y a nuestros clientes. Pero negociar y tratar con el cliente no suele ser un problema para nosotras, y es muy paternalista pensar que no somos capaces de defender nuestros intereses.

Se pretende hacer creer que las compañeras que hacen la calle tienen poco margen para marcar límites, que tienen que aceptar todo tipo de servicios, y esto es totalmente falso. Precisamente, las compañeras que hacen la calle tienen un tráfico de clientes constante que le permite rechazar a los individuos más irrespetuosos e irse con quienes aceptan las condiciones previas al servicio (esto es algo que puede desaparecer si el abolicionismo continúa con sus medidas criminalizantes). Además, entre nosotras también nos protegemos y nos avisamos las unas a las otras si hemos tenido una mala experiencia con un cliente que se ha intentado sobrepasar para que ninguna de nosotras tenga que pasar por lo mismo. Es así como demostramos una verdadera *zorroridad,* compañerismo y solidaridad entre trabajadoras sexuales.

A pesar de lo que se quiera creer, la realidad es que somos conscientes de que hemos de ser nosotras quienes marquemos el ritmo en nuestros encuentros y la realidad, también, es que la mayoría de clientes lo respetan, pues buscan exactamente lo que ofrecemos: un espacio de confianza mutua, de intimidad y de seguridad que se aleja enormemente de la sordidez tan impetuosa que se quiere trasladar al imaginario colectivo.

Repetir que es el cliente el que manda porque tiene entre sus manos un billete de 50 euros es cruel y despectivo. Este argumento no habla de ellos, sino de nosotras, de que vamos a ceder frente a cualquier propuesta por ganar ese dinero, de que no tenemos dignidad, de que no sabemos poner límites y de que ni mucho menos disponemos de la capacidad para defendernos y hacernos valer por nosotras mismas. Si hay compañeras que se ven obligadas a ceder ante cualquier proposición que no desean y no pueden

poner límites de ningún tipo, hemos dejado de hablar de voluntariedad y hay que empezar a hablar de responsabilidad institucional y alternativas reales. Por favor, no extendamos más ese dicho popular y nefasto de «el cliente siempre tiene la razón». ¿Si no aceptamos el «todo vale» en una relación comercial cualquiera, por qué sí queremos hacer creer que se tolera en el trabajo sexual?

XII

Privilegiadas: cuando no somos ni malas ni víctimas

Una de las principales etiquetas entre las muchas que se nos adjudican es la de *privilegiadas,* que en orden de relevancia iría tras *mala mujer o víctima.* Al referirse a algunas de nosotras como privilegiadas se vuelve a incidir en esa distinción, en la que no cabemos, entre la prostituta estereotipada y la mujer normal y honrada, para acabar siendo vistas como la excepción. Es otra manera más de intentar evitar que se empatice con nuestro discurso y nuestra propia experiencia de vida. Quienes están en contra de la prostitución controlan muy bien cómo dirigirse a nosotras y cómo hacer uso del lenguaje para quitarnos nuestra capacidad de agencia y nuestro valor como trabajadoras con el objetivo de transformarnos automáticamente en víctimas e incluirnos en el mismo saco que quienes sufren explotación, abusos…

Nos llaman «mujeres prostituidas» o «víctimas del sistema prostitucional», y estos son términos que nos incomodan porque tratan de colocarnos en una situación de debilidad y de indefensión. Llamarnos privilegiadas le resta credibilidad a nuestra experiencia y a nuestro discurso, los cuales no son percibidos como «los de verdad» y, de este modo, se menosprecia nuestra visión porque se considera que no refleja la auténtica realidad de las trabajadoras sexuales. Así que como nuestro discurso no gusta, se obvia y pasamos a ser la excepción. De una forma u otra, se consigue que no se nos escuche: ya sea por ser vistas como víctimas que solo pueden ser tenidas en cuenta a través de su terrible y traumática experiencia, o por ser consideradas unas privilegiadas que no saben lo que necesitan por culpa de la alienación a la que las somete el patriarcado y el, como lo llaman ellas, sistema prostitucional. Solo se permite, se escucha y se valida un discurso: el suyo.

Modelos legislativos sobre el trabajo sexual

Algo que muchas personas desconocen es que hay formas de legislar la prostitución más allá de su abolición o de su regulación al estilo *Barrio Rojo* de Países Bajos. En realidad, podemos hablar de, por lo menos, cuatro modelos, que voy a tratar de exponer y explicar, siendo el último de ellos el que proponemos las propias trabajadoras sexuales: el despenalizador o proderechos.

En primer lugar encontramos al modelo **prohibicionista.** Esta tipo de regulación jurídica implica la persecución y criminalización tanto de la oferta como de la demanda, y casi siempre también la de terceros que puedan considerarse cómplices o beneficiarios del trabajo sexual. En este marco puede interpretarse que nuestro casero, chófer o incluso nuestra pareja es nuestro proxeneta o promueve la prostitución, y, por tanto, nos encontramos con medidas sancionadoras totalmente arbitrarias que afectan de forma directa e indirecta a la prostituta.

La mayoría de países del mundo tiene un ordenamiento jurídico que prohíbe y penaliza el trabajo sexual, así que si quisiéramos hacer un listado, me temo que sería demasiado largo. Países prohibicionistas los hay en todos los continentes y en ambos hemisferios, como por ejemplo Estados Unidos (excepto en Nevada), Hungría, República de Sudáfrica, Marruecos o China.

Este modelo busca, a través del castigo, disuadir a los clientes y provocar que las mujeres no encuentren en el trabajo sexual una vía para sobrevivir por temor a ser multadas o algo peor, porque la posibilidad de cárcel es una realidad. Muchas personas están en desacuerdo con este modelo, ya que pone en la mira a mujeres que buscan sobrevivir, se las persigue y castiga sin ofrecerles alternativa alguna, sea cual sea su situación. Pero también es al amparo de modelos legislativos de estas características donde el estigma alcanza cotas máximas, y es que las mujeres que se comportan de forma indigna y los hombres que solo buscan saciar sus ansias de placer no merecen otra cosa que no sea el castigo, la culpa y la pérdida de derechos. Esto origina que, a pesar de ser, hoy por hoy, el modelo imperante en la mayoría de países, no se perciba como una vulneración de derechos humanos, sino como la única forma de controlar lo socialmente indeseable. Peor aún, algunos países prohibicionistas castigan y persiguen como criminales a las trabajadoras sexuales mientras que se hace la vista gorda con la demanda, el colmo de la hipocresía. Ejemplos de estos países serían Rusia, Malta, Ucrania o Egipto.

Podría parecer que, debido a medidas tan duras, el trabajo sexual debería tener una presencia mucho menor en estos países,

pero la realidad es más bien la contraria. Cuando se actúa desde la criminalización pero no se pone el foco en los motivos, en las causas por las que hay mujeres que deciden ejercer, como la desigualdad, la precariedad o la pobreza, siempre habrá mujeres que prefieran arriesgarse a ir a la cárcel antes que dejar a sus hijos sin un plato de comida caliente o sin un techo bajo el que dormir.

En segundo lugar, tenemos el modelo **regulacionista.** Este podría entenderse como el modelo antagonista del prohibicionismo y el abolicionismo, en el que se trata a las prostitutas como un *mal inevitable* que, por lo menos, hay que controlar[13]. Los países más reconocidos por aplicar este modelo son Países Bajos (desde el año 2000) y Alemania. Debido a la información de la que disponemos se entiende que la prostitución es legal, se tolera y se procura que se consuma en determinados lugares, como el conocido *Barrio Rojo* de Amsterdam, una auténtica atracción turística en la que las trabajadoras sexuales expuestas tras unas enormes ventanas, a modo de escaparate, se convierten en un poderoso reclamo. Con este modelo, el país regulacionista se beneficia por partida doble: controla a las prostitutas a través del alquiler (bastante elevado, por cierto) de las ventanas o escaparates en los que se permite ejercer y nutre las arcas públicas con los impuestos asociados y con las licencias obligatorias que se exigen para poder acceder al ejercicio; y, por otro lado, se crea una potente atracción turística que invita a visitar un lugar tan exótico.

La licencia para acceder a estas ventanas está vetada a las mujeres inmigrantes en situación irregular, y su alquiler es tan elevado que las mujeres más vulnerables y con mayores necesidades no pueden acceder a estas, las cuales constituyen un lugar seguro donde trabajar, así que buscan ejercer donde pueden y, por tanto, fuera de los lugares establecidos por el Estado, lo que implica sanción en caso de ser descubiertas y denunciadas. Esto fomenta aún más la necesidad y la vulnerabilidad de estas mujeres, se las deja de lado y no se les ofrece ayuda o alternativa a su situación actual. Así que este modelo convierte un país aparentemente progresista y tolerante en un país que crea guetos de prostitutas: tú aquí sí, donde yo pueda controlarte y beneficiarme de tu trabajo, pero tú aquí no y te multo por ello.

Las trabajadoras sexuales, al ser tratadas desde la perspectiva de un *mal inevitable* y no como mujeres con pleno derecho, se controlan mediante la infantilización absoluta y la victimización. No se ha escuchado a los sindicatos como *PROUD* de trabajadoras sexuales que destacan que, aunque sobre el papel las trabajadoras tienen

reconocidos sus derechos y obligaciones laborales, se controla su actividad a partir de informes obligatorios de alta como prostituta en la cámara de comercio, lo que implica directamente tener que llevar un *carnet de puta,* se las responsabiliza de la propagación de ITS y se las obliga a realizarse tests médicos, se las señala y estigmatiza porque se las identifica como el principal foco de infección.

La realidad es que se ha intentado crear un modelo a partir de la idea «un trabajo como otro cualquiera» sin educar previamente a la sociedad a no discriminar y estigmatizar a las trabajadoras sexuales. Se ha obviado por completo el hecho de que ser titular de un *carnet de puta* provoca una terrible dificultad para conseguir una hipoteca, alquilar un piso, abrir una cuenta bancaria e, incluso, luchar por la custodia de los hijos, porque frente a un juez vas a ser considerada una mala madre y una mala influencia para tus hijos, incapaz de darles una educación adecuada o de proporcionarles un hogar sano y seguro por el hecho de ser prostituta. De todos modos, esto no es exclusivo de este modelo, porque el estigma de la trabajadora sexual se da en casi todas las sociedades del mundo.

En tercer lugar, tenemos el popular modelo **abolicionista** o **nórdico** por su origen escandinavo. Es el marco legal que impera en Suecia, Irlanda, Noruega o Canadá, y que ahora también es abrazado por un sector del movimiento feminista en España, que parece que va en camino de sumarse a la lista de países que aplican este modelo en sus leyes relacionadas con la prostitución.

Este modelo se basa en penalizar y perseguir a la demanda, ya que se considera al cliente el principal culpable de la trata, la sexualización de las mujeres y la explotación de estas, y de que las mujeres se vean abocadas a ofrecer servicios sexuales para satisfacer y alimentar al patriarcado. En cambio, y a diferencia del modelo prohibicionista, despenaliza y victimiza a las trabajadoras sexuales, a quienes presenta como sujetos pasivos que tienen que ser salvados de las garras de los puteros, los proxenetas, los traficantes y los tratantes, todos en un mismo paquete, quienes son considerados como los principales responsables de todas las mujeres que se dedican a la prostitución.

Este modelo provoca una empatía colectiva automática y acrítica hacia las trabajadoras sexuales ya que si se muestra una imagen de mujer víctima y sometida es mucho más fácil que se considere al cliente como a un criminal del sistema y perpetuador del patriarcado, así que castigarlo y gritarle putero violador con el objetivo de equilibrar la balanza de género, impartir venganza y

canalizar hacia esta figura la culpa de toda la violencia machista que sufrimos las mujeres constantemente se convierte en una forma poderosa de ganar adeptas.

Sobre el papel, este modelo es perfecto. Gracias a perseguir la demanda se reducirá la oferta y, por lo tanto, los tratantes no verán interesante llevar a cabo sus operaciones porque les costará más beneficiarse y llenarse los bolsillos y porque el riesgo que tendrán que asumir es mayor. El tan aclamado «sin clientes no hay trata» se proclama como una medida eficaz y excepcional, porque se salva a las mujeres a través de una industria del rescate totalmente organizada donde la policía es la mejor aliada para ejercer el control y aplicar las medidas punitivas dirigidas, sobre todo y como decíamos, a terceros relacionados con nuestra profesión, que se convierten inmediatamente en proxenetas. Se presenta como el único camino, y el único bueno, para llegar a un mundo mejor, un mundo feminista, un mundo sin prostitución.

La realidad es que existen innumerables estudios, como por ejemplo el de Amnistía Internacional en 2016[14], que confirma a través de una exhaustiva investigación el peligro que supone para las trabajadoras sexuales implantar este modelo.

Más adelante profundizaré sobre por qué el abolicionismo y el prohibicionismo, en realidad, no son tan diferentes como pretenden hacer ver, y sobre por qué este modelo, tan ideal, resulta una verdadera y peligrosa amenaza para todas las trabajadoras sexuales.[15]

En último lugar, os presento el modelo que impera en Nueva Zelanda, en Nueva Gales del Sur y, desde el 17 de marzo de 2022, también en Bélgica. Estamos hablando del modelo **pro-derechos** o **despenalizador.**

Este modelo poco conocido se basa principalmente en legislar sobre el trabajo sexual ofreciendo derechos laborales para las trabajadoras y despenalizando tanto la oferta como la demanda, y también a determinados terceros como pueden ser nuestros caseros, compañeras con las que compartimos apartamento, gestor fiscal o el chofer que nos traslada al lugar donde hemos quedado con nuestro cliente, sin que estos puedan ser considerados proxenetas y, por tanto, sancionados, algo que en el resto de modelos sí puede ocurrir. Es importante destacar que este modelo no implica que no se persiga y sancione a los verdaderos proxenetas o a quienes obligan a las mujeres a prostituirse o trafican con vidas humanas con fines de explotación sexual, lo que trae consigo que este modelo focalice mucho mejor las leyes que castigan el abuso, la coacción y

la explotación, y, como consecuencia, evita que se conviertan en un arma de doble filo para la trabajadora sexual.

Movimientos de trabajadoras sexuales de todo el mundo, junto a reconocidos organismos internacionales como Amnistía Internacional, Human Rights Watch, UNAIDS y la OMS, están a favor de este tipo de modelo.

No es un modelo perfecto, ya que se enmarca dentro de un sistema que durante años ha estigmatizado a las prostitutas y en el que la inmigración ilegal continúa siendo perseguida y criminalizada a través de una ley de extranjería xenófoba y aporófoba, que no deja lugar a verdaderas alternativas para las compañeras migrantes que no pueden beneficiarse de todos los derechos con los que cuentan el resto de trabajadoras, así que en este marco, como en todos los demás, este punto también falla.

Gracias a la consecución de derechos laborales, al reconocimiento de las prostitutas como trabajadoras de pleno derecho y al resultado de haber escuchado las verdaderas demandas del colectivo, se las dota, ahora, de herramientas para protegerse y defenderse. Las vías punitivas no son necesarias, la policía por tanto pierde su función de represora del trabajo sexual ya que no realiza un trabajo de regulación y control de las trabajadoras del sexo. En este sentido, se confía en la capacidad de las trabajadoras para negociar con los clientes y marcar sus propios límites y condiciones en los lugares que consideren más seguros para ellas. Las compañeras pueden compartir apartamento si encuentran en esta vía una forma segura y cómoda para poder trabajar. También es posible ejercer en clubs o pisos regidos por terceras personas, pero con un control exhaustivo para que las condiciones laborales de las trabajadoras sean respetadas. La policía está para proteger a las prostitutas como lo que son, ciudadanas y trabajadoras, y no para perseguirlas, coaccionarlas o sancionarlas, aunque en estos lugares la relación entre prostitutas y policías aún no es del todo amigable por el peso del yugo de un pasado criminalizador.

Este modelo comprende que, a nivel histórico, partimos de una educación que estigmatiza a las trabajadoras sexuales, así que no se obliga a las prostitutas a disponer de un *carnet de puta*, permitiéndoles que sean ellas quienes decidan si hacer pública su opción laboral o no, para no encontrarse con las situaciones existentes en modelos como el regulacionista, en los que obtener una hipoteca, alquiler, custodia de los hijos o cuentas bancarias se convierte en un problema continuo que nos complica enormemente una vida hostigada por el estigma. Evidentemente, tampoco se

considera a las trabajadoras sexuales víctimas ni portadoras de ITS, ya que ellas mismas toman el control de su estado de salud y de sus controles periódicos, apoyadas por un sistema sanitario que no las excluye o prejuzga.

Además, las trabajadoras sexuales vamos más allá de apoyar este modelo que nos dota de derechos y reclamamos toda una serie de cambios a nivel legislativo en relación a todo lo que rodea al trabajo sexual, desde el fenómeno de las migraciones económicas hasta la lucha contra las mafias y la explotación sexual, ante la cual, como es obvio, mostramos nuestro total y absoluto rechazo y exigimos mayores y más eficaces esfuerzos con el objetivo de erradicarla.

Este modelo es poco conocido porque parte de los movimientos en contra de la prostitución continúan insistiendo en que *despenalizar* es lo mismo que *regular* y que si se tolera este paradigma, los servicios públicos de empleo te ofrecerán ser prostituta como quien te ofrece un puesto de camarera. Pero la realidad es que esto no ocurre. De hecho, existen ejemplos reales que lo desmienten, en Nueva Zelanda no se ofrecen puestos de trabajadora sexual ni trabajos relacionados con la industria del sexo.

Otro argumento muy utilizado por quienes abogan por la abolición de la prostitución es que este trabajo debería desaparecer para que nadie vea esta opción como una posibilidad laboral y, de este modo, poder *salvar a nuestras hijas del sistema prostitucional.* Aparte de la carga moral del argumento en cuestión, debemos valorar cuáles son las razones por las que alguien se podría plantear el trabajo sexual como una opción laboral, y digo cuáles, en plural, porque no existe una sola ni tampoco es simple. No se puede obviar que vivimos en un sistema capitalista en el que cada año que pasa se agranda la brecha entre los que más y los que menos tienen. Esto vale tanto a nivel macroeconómico, entre países y regiones, como a nivel microeconómico. Las penurias y desventajas económicas no son exclusivas de otros países, aunque a menudo se ponga en el mismo saco a la trata y a la prostitución, la segunda no depende de la primera para existir porque si buscamos identificar a las prostitutas no hace falta ir a buscar a las compañeras migrantes, ya que también hay muchas trabajadoras que han vivido toda su vida en países occidentales y que, por cuestiones socioeconómicas de lo más variadas, han visto la prostitución como su única salida. Quizás deberíamos centrarnos más en diseccionar, estudiar y solucionar esos problemas sistémicos que hacen que existan personas con tales

dificultades que se vean abocadas a dedicarse a trabajos que, de otra forma, nunca se habrían planteado. Y esto no solo va de trabajo sexual, sino que afecta a cualquier otro trabajo que pueda resultar no grato como, por ejemplo, aquel que ofrezca condiciones y salarios tan precarios y exiguos que apenas permitan a las personas levantar la cabeza y vivir con dignidad. Como esto que apunto, y que se trata en otros capítulos, es demasiado inabarcable, demasiado complicado para solucionarlo en un breve espacio de tiempo, y puestos a que hay que trabajar para ganarnos nuestro pan y el de nuestros hijos, las trabajadoras sexuales defendemos que dotar de derechos al colectivo, en lugar de perseguirlo, invisibilizarlo o criminalizarlo, es la mejor forma para que esas *hijas* a las que se refiere el abolicionismo ejerzan con la seguridad y la protección que merecen y, sobre todo, sin sufrir ni cargar toda su vida con el *estigma puta*, un estigma que no debería padecer nadie.

Como digo, ninguno de los modelos expuestos destina acciones normativas y operativas eficaces y beneficiosas para solucionar la trata o la explotación sexual a pesar de que algunos como el prohibicionista o el abolicionista proclaman que esa es la gran meta, el gran objetivo, cuando tanto la trata como la explotación sexual son realidades provocadas por la desigualdad, la existencia de fronteras, la xenofobia y la pobreza. Nada que ver con la existencia o no del trabajo sexual. Solucionemos estas cuestiones y seguramente veamos una mejora en la trata, tanto la que se da en el sector sexual, como en otros ámbitos, porque no olvidemos, jamás, que la trata se encuentra en todos los sectores laborales y con cifras mayores de las que podríamos pensar, como bien documenta la OIT (Organización Internacional del Trabajo) en sus documentos y página web.

La verdad oculta del abolicionismo

Quiero profundizar concretamente en el abolicionismo porque se trata del modelo que, por parte de algunos sectores, se está intentando implementar con fuerza en España, y la corriente que más adeptos está ganando, ya que esta propuesta, también conocida como modelo sueco, se ha convertido para muchos en un verdadero referente. Hoy, en las calles se escucha constantemente a grito de bandera alzada «El feminismo es abolicionista o no será», e incluso paseando por las calles de Barcelona, ciudad en la que vivo, me cruzo reiteradamente con carteles abolicionistas con mensajes que

nos dañan e incomodan como «Tú disfrutas, ella no» o «Sin prostitución no hay trata». Estos eslóganes simplistas son aplaudidos por partidos políticos españoles fuertes y estables como PSOE, por *influencers* y famosos. Gracias a los espacios constantes ofrecidos por los medios de comunicación a las defensoras de este modelo, cala bien el mensaje en la opinión pública. Todo el mundo sabe qué es el abolicionismo, pero nadie sabe qué quieren las trabajadoras sexuales.

Aprovecho para recalcar que aunque España, como Estado aún no se reconoce como abolicionista, hace tiempo que persigue al trabajo sexual de forma punitiva a través de la *ley mordaza* y de las ordenanzas municipales que coaccionan de forma directa a las trabajadoras con la excusa de que las medidas tienen el objetivo de «salvarlas». Estas leyes y ordenanzas han sido aprobadas por partidos de casi todo el espectro político, tanto de corriente prohibicionista como abolicionista, lo que provoca que las compañeras más vulnerables sufran desde hace años.

En el momento político actual, en 2022, el PSOE, declarado abiertamente abolicionista, junto a PODEMOS y PP, está valorando una propuesta de ley abolicionista que vuelve a poner el foco en criminalizar, perseguir y señalar al trabajo sexual.

Esta propuesta, que aún está pendiente de trámite, contiene el artículo 187 bis del Código Penal español, un artículo que pretende perseguir y sancionar con penas de cárcel a quienes con ánimo de lucro y de manera habitual destinen un inmueble, local o establecimiento, o cualquier otro espacio, abierto o no al público, a favorecer la explotación de la prostitución de otra persona. Una ley que quiere convertir en ilícita y por tanto ilegal nuestra publicidad y una ley que quiere que incluso nuestros familiares sean considerados proxenetas, pues pretende, de forma abstracta y poco concisa, que todo sea considerado proxenetismo, inclusive, si nuestra familia come de la comida que he pagado yo ejerciendo el trabajo sexual… Algo que vuelve a ponernos en alerta, nos genera temor y ansiedad por nuestro futuro y el de nuestras familias.

Como podéis imaginar, el marco punitivo que quiere implantar el abolicionismo gracias al control policial y al control moral de los jueces, un marco que presume de educar a base de sancionar, criminalizar y perseguir, lo único que genera como resultado es una mayor violencia institucional y social para las compañeras más vulnerables. Una situación que provoca aumento del estigma, la clandestinización, la invisibilización e invalidación de todas las experiencias que no sean beneficiosas para la industria del rescate,

indiferentemente de si existe o no consentimiento en nuestra decisión. ¿Por qué, si, en teoría, el abolicionismo solo busca salvarnos y perseguir al cliente? Porque estas medidas, repito, son abstractas. No nos han escuchado a nosotras que sabemos bien cómo pueden afectarnos en la práctica estas decisiones y por qué son un parche frente a un contexto altamente complejo.

Todas las formas sancionadoras que toma el Estado se venden como una defensa de los derechos humanos pero acaban teniendo una descripción tan abstracta y amplia que acaban perjudicando de forma directa o indirecta a los trabajadores, y esto ocurre, especialmente, en la prostitución.

Con un modelo aparentemente perfecto dentro de un sistema imperfecto ocurre lo más lógico, que todo queda en una teoría simplista y utópica donde se empieza la casa por el tejado sin ni tan siquiera construir unos cimientos sólidos.

El sistema actual es patriarcal, con una educación de tradición religiosa muy calada y aún abrazada por los partidos más conservadores; capitalista, extremadamente desigual, con trabajos feminizados y cada vez más precarios, xenófobo, aporófobo, clasista, sin conciencia de clase, tránsfobo, putófobo…

Con unas bases de estas características es imposible que un modelo legislativo hacia un colectivo estigmatizado y vulnerado solucione, por sí mismo, problemáticas tan complejas como son la trata, el patriarcado y la sexualización hacia las mujeres, y que, con solo un chasquido de dedos, se alcance un mundo más feminista y justo. Es por esta razón que señalamos que multar al cliente es ineficaz y absurdo. Multar al cliente, al contrario de lo que se pueda pensar, lo empodera para poder negociar y regatear con mayor facilidad a las trabajadoras sexuales más vulnerables, pues se excusará en el riesgo sancionador que tiene que asumir para contratar a una prostituta, así que es posible que insista en encontrarse con ella en un lugar más lejano, clandestino y peligroso para la trabajadora o que exija una rebaja en la tarifa a cuenta de la posible multa que pueda recibir.

El trabajo sexual no es un lugar ideal, y aunque a las trabajadoras sexuales se nos acuse de romantizar la prostitución, reclamar derechos, reconocimiento laboral y buscar desestigmatizar nuestro trabajo, nada tiene que ver con romantizar y con que no seamos conscientes de que la industria sexual está atravesada no solo por el patriarcado, la lacra de la explotación y la sexualización de la mujer, sino también, y especialmente, por la desigualdad y la pobreza y la discriminación y vulneración de los colectivos más

desfavorecidos.

Y como una imagen vale más que mil palabras, permitid que describa no una, sino tres situaciones reales que se dan con mucha más frecuencia de la que podemos pensar y que podrían evitarse en gran medida:

Imaginad una compañera que ejerce en la calle, está en un lugar seguro e iluminado y ella es capaz de tener tiempo para negociar y sopesar si un nuevo cliente le interesa o no. De repente, con las medidas propuestas por el abolicionismo, se encuentra que el número de clientes que la visitaban ha bajado, porque ahora al cliente se le multa, y muchos no están dispuestos a que se les identifique o sancione. Esta compañera, que tiene que seguir trabajando porque el sistema en el que vive sigue siendo el mismo, se ve abocada a tener que buscar un lugar menos visible, más aislado, peor iluminado o de más difícil acceso para facilitar que los clientes se atrevan a solicitar sus servicios. Ahora trabaja en un lugar más clandestino y, por tanto, más peligroso para ella. Más aún, al limitarse el número de clientes por miedo a las multas, el margen del que dispone la trabajadora sexual de negociar y marcar límites disminuye por miedo a que no vuelva a tener clientes ese día. Los clientes educados, amables y respetuosos son más proclives a preferir no arriesgarse porque tienen más que perder que aquellos que no lo son. Por regla general el cliente que respeta los límites y procura a la prostituta una experiencia agradable para ambos tiene amigos, familia, trabajo estable, pareja y tal vez hijos, personas que pueden verse involucradas si este cliente recibe sanciones. Por contra, si la prostitución se persigue, en especial la demanda, es más probable que quienes sigan buscando este tipo de servicios sean personas con menos escrúpulos, con menos respeto por las normas y, por ende, por las personas, incluidas las trabajadoras sexuales. Y no creo que haga falta decir qué puede ocurrir, y ocurre, cuando este tipo de relaciones se dan a espaldas de la vista pública: violencia, asaltos y muertes, como las de Vanessa Campos en 2018 o Jessyca en 2020, trabajadoras sexuales que ejercían en el Bois de Boulogne, un parque de París en el que encontraban un refugio clandestino que les permitía atraer clientes y que, a la vez, facilitó que algunos de estos acabaran con sus vidas.

Otra situación promovida directamente por los modelos prohibicionista y abolicionista es que se considere proxenetismo a la agrupación profesional entre compañeras para el ejercicio del trabajo sexual, y, por tanto, se las penalice por ello. Esto es un verdadero problema, ya que lo que se consigue es obligarnos a

ejercer solas, nuevamente de forma más insegura, más clandestina. Podríamos hablar de que, de una forma indirecta y subliminal, se nos castiga por querer continuar ejerciendo y se nos ponen trabas constantes para que la autogestión y el reconocimiento como trabajadoras sea un destino lejano de alcanzar, además de que pareciera que tratan de ocultarnos, de borrarnos de la vida pública, quizás porque molestamos, quizás porque atentamos contra las buenas costumbres, contra la moral y la ética.

La última imagen que me gustaría describir, aunque podría seguir infinitamente, es la que se da cuando se realizan redadas o entradas en pisos de chicas o clubes, en las que resultan muy perjudicadas las compañeras, sobre todo migrantes, por la actuación de la policía en la aplicación de las leyes, y en concreto de la Ley de Extranjería. Además de las denuncias que se puedan efectuar en relación al tipo de actividad que se lleva a cabo en esos lugares (que responden más al control y aplicación de las ordenanzas municipales en materia de actividades económicas), la identificación sistemática de las trabajadoras sexuales obedece sobre todo al objetivo de detectar a mujeres migrantes, especialmente sin documentación en regla o en situación irregular, porque supuestamente sería la prueba de que se ha encontrado un caso de trata, tráfico de personas, explotación sexual o un poco de todo. A las compañeras migrantes se las interroga tratando de que reconozcan que están ahí en contra de su voluntad o que las obligan a dedicarse a la prostitución o que las han traído por la fuerza… Si lo hacen porque realmente están sufriendo alguna de estas barbaridades *y si colaboran plenamente* identificando a los explotadores, testificando y aportando pruebas, se las identifica como víctimas; pero si no lo hacen, su destino es, en la mayoría de casos, un centro de internamiento de extranjeros. Y en el peor de los casos, la deportación. ¡Una brillante manera de salvar a las mujeres!

Trabajo sexual y migración

Las trabajadoras sexuales nos sumamos a otros muchos colectivos para denunciar que la ley de extranjería es una ley xenófoba y aporófoba, y la manera en que actualmente se aplica conlleva literalmente tratar a un gran número de migrantes como criminales y no como a personas que buscan una forma de sobrevivir y tener una vida más digna. Ya hemos visto que, en el caso de las trabajadoras sexuales, la metodología consiste en

etiquetarlas como víctimas o como inmigrantes irregulares, en cuyo caso el destino final es un CIE. Los CIE son prácticamente cárceles para migrantes cuyo único delito es no tener papeles, no haber obtenido permiso para entrar en territorio español, unos permisos que no son fáciles de conseguir cuando eres una persona con recursos escasos y cuando tu motivación para migrar es mejorar tu calidad de vida. Decimos que la ley de extranjería es aporófoba porque, en caso de ser alguien adinerado tienes alfombra roja para conseguir una Golden Visa, que sustituye a los numerosos requisitos difíciles de cumplir por inversiones en propiedades. Como decimos en España, *pagando San Pedro canta.* La única vía para no acabar en un CIE es que se reconozcan, pues, como víctimas de trata, aun en muchos casos no siéndolo realmente, para así evitar un trato punitivo y criminal, aunque para ello tengan que aportar mucha información y colaborar intensamente, incluso arriesgarse a ser parte de un proceso judicial en el que hayan de enfrentarse a las mafias que las han traído o se han aprovechado de ellas, pero en la práctica es la única salida posible, lo que conlleva que el número de mujeres consideradas víctimas esté totalmente sesgado y aumentado por la presión policial, ya que la alternativa es el CIE. La permanencia en un CIE está limitada por ley a 60 días, tras los cuales solo caben dos opciones: la puesta en libertad mientras continúa la tramitación del expediente de expulsión o la deportación.

Esta es la cruel realidad que el abolicionismo siempre se olvida de comentar, y sobre la que prácticamente nunca incide ni se posiciona. Lo que en la práctica supone dejar a miles de mujeres sin opción laboral al provocar la «eliminación de la prostitución», y además, tiene como consecuencia que todas las mujeres migrantes que se dedican al trabajo sexual acaben consideradas víctimas que hay que salvar (si no quieren ser devueltas a sus países de origen).

En 2017 acudí a una charla de Georgina Orellano en Barcelona, compañera feminista, referente del activismo por los derechos de las trabajadoras sexuales y Secretaria General de la Asociación de Mujeres Meretrices de Argentina AMMAR, afiliada a la Central de Trabajadores Argentinos. Al acabar, estuvimos comentando en una merienda que compartimos todas las personas que habíamos acudido. Una de las chicas que había me explicó que ella había sido declarada víctima de trata, pero que no se consideraba como tal porque ella fue quien acudió al tratante y negoció un precio con él, ya que, en muchas ocasiones, es la única vía segura para llevar a cabo el proceso migratorio entre fronteras. Quiero hacer hincapié

en el término tratante y no traficante, porque a menudo se confunden adrede para enviar un mensaje más negativo y victimizante. Esta es una realidad que ocurre mucho más a menudo de lo que pensamos. Trata, según el Código Penal español, implica el traslado de una persona de un lugar a otro, no necesariamente a otro país, sino también de una región a otra del mismo país, mediante engaño, coacciones o abuso o valiéndose de la vulnerabilidad o necesidad económica y/o social de la persona. Es decir, pueden darse varios de estos supuestos pero es necesario que, como mínimo, concurra uno. Y lo más frecuente es que el supuesto que aplique sea el de la situación de necesidad, ya que, precisamente, las personas que buscan a quienes les ayuden a llegar a su destino lo hacen para mejorar su situación económica o social. En el contexto de este marco legal no importa, entonces, el consentimiento dado o la voluntad firme de esas personas ya que, para el sistema, se encuentran viciadas y son irrelevantes. Se puede, así, engrosar sin problema unos números que luego avalan unas políticas públicas inflexibles y brutales contra los migrantes. Por otro lado, el llamado tráfico lo que implica necesariamente es el traslado de una persona vulnerando la legislación en materia de migración, es decir, atravesando fronteras de manera irregular. Pueden concurrir o no los supuestos anteriores, pero no es necesario, ya que en este caso, lo «grave» es que simplemente se traspasen fronteras de manera ilegal. La situación en los pasos fronterizos es tan estricta, cruel y racista que son las mismas mujeres, hombres y hasta familias enteras quienes buscan a un tratante que les ayude a salir del lugar donde literalmente se están muriendo de hambre y, ellos mismos están dispuestos a pagar cantidades elevadas para poder optar por un futuro mejor. Así pues, si consideramos a todas las mujeres migrantes víctimas y dejamos que la Ley de Extranjería actúe, no estamos salvando a mujeres, estamos dejando a miles de mujeres sin alternativas cuando no son verdaderas víctimas de trata, sino del sistema económico y, para rematar, pueden acabar siendo devueltas al lugar del que querían salir con deudas que no van a poder pagar. Este dato es otro de los que obvia el abolicionismo en su presunto modelo perfecto.

Presentar a las trabajadoras sexuales como víctimas nos quita poder de agencia, impide que nos representemos a nosotras mismas y que nuestras voces y opiniones sean escuchadas y tenidas en cuenta. No solo se nos victimiza, sino que se nos infantiliza, aparentemente desde la buena intención de la «salvación» y desde la «preocupación» que sienten nuestras rescatadoras, que suelen ser

consideradas como redentoras y como mujeres dignas y con buen corazón. La cruda realidad es que se llevan por delante a miles de mujeres con voz y criterio y con la capacidad suficiente de defender sus propios derechos y necesidades.

El abolicionismo se sustenta a base de nuestro estigma y ha diseñado una industria de rescate sólida y bien organizada. Las fundaciones y/u organizaciones abolicionistas, bajo la premisa «contra la trata», reciben al año alrededor de tres millones de euros de subvenciones públicas. La mayoría de estas organizaciones son de índole religiosa, donde a la prostituta se la victimiza e infantiliza y se la redirige hacia el «buen camino». Estos datos, que son completamente públicos, muestran una realidad que muchas veces se obvia.

En un marco donde las subvenciones pueden ser elevadas es difícil no pensar que también haya grandes intereses en que continúen existiendo víctimas a las que salvar.

Todo esto nos lleva a que la gran dificultad para discernir trata de trabajo sexual no solo sea un mero hecho de ignorancia y falta de información colectiva, sino de una relación de intereses totalmente consciente y organizada.

Lobby proxeneta

Como hemos podido observar, las formas de silenciar y de invisibilizar los discursos de miles de trabajadoras sexuales son muy variadas. Por ejemplo, uno de los contradiscursos con los que nos encontramos desde hace años es la acusación de proxenetismo, de formar parte del sistema prostitucional, o de ser cómplices del lobby proxeneta dirigido a quienes reclamamos derechos y somos activistas por el reconocimiento del trabajo sexual. Y aunque siempre tratamos de responder con datos y con argumentos en lugar de con ataques y falacias, las animamos a que denuncien aquellas conductas nuestras que crean delictivas. Hasta la fecha, a ninguna de nosotras se nos ha notificado el inicio de ningún proceso judicial.

El término *lobby proxeneta* es como un ente abstracto pero a la vez muy fácil de imaginar para la sociedad. Una idea que se sostiene argumentando los miles de euros que mueve el sector dentro de la economía sumergida y del PIB tan elevado que existe en el marco de la industria del sexo, cuando la realidad es que esta economía sin declarar no existe solo por culpa de las organizaciones criminales, sino que es consecuencia de la falta de respuestas

laborales y de alternativas por parte del sistema que conlleva a que un gran número de personas opten por buscarse un hueco en la industria del sexo. En cualquier caso, nadie sabría señalar qué es exactamente y quién participa de este supuesto lobby, las trabajadoras sexuales desde luego que no, aunque somos las que recibimos escraches, contramanifestaciones y acusaciones directas cuando nuestro discurso incomoda o cuando nos posicionamos contra los postulados de las corrientes abolicionistas, en lugar de dirigir esas mismas manifestaciones y señalamientos a los empresarios de la industria del sexo.

Si ponemos el foco en España, tenemos la asociación ANELA (Asociación de Empresarios de Locales de Alterne), que son los dueños de los clubes que, a menudo, se han declarado a favor de una regulación al estilo Holanda y Alemania. Este tipo de legislación sería muy beneficiosa para ellos al disponer de locales en los que ofrecer servicios sexuales. Las trabajadoras sexuales, a pesar de ser conscientes de que hay muchas compañeras que se sienten más seguras ejerciendo en locales regidos por terceros y a quienes la completa eliminación de esta opción les parecería desastrosa, no estamos ni de lejos a favor de una regulación que beneficia mayormente a los empresarios en detrimento de los derechos de las trabajadoras, sobre todo de aquellas en situación más vulnerable.

Es por tanto que catalogarnos a nosotras como parte de este lobby, cuando estamos muy lejos de coincidir con sus demandas e incluso denunciamos de forma directa a estos empresarios, como hizo Evelyn, una compañera que puso en jaque al empresario de su club frente al Tribunal Supremo para confirmar que existía relación laboral entre ellos. Evelyn se enfrentó y dio muestras de que con herramientas y derechos, nosotras tenemos las capacidades suficientes para defendernos frente al abuso empresarial del verdadero lobby proxeneta.

Pero esta es una de las tantas vías rápidas para criminalizarnos y señalarnos de forma totalmente falsa y gratuita, pero que consigue que se vuelvan a silenciar nuestra demanda de derechos.

El verdadero lobby proxeneta está bien protegido por los mismos partidos que hoy se declaran abolicionistas, puesto que el partido mayoritario del actual gobierno es el que, en su día, concedió más licencias y permisos para locales y clubes, pero a quien se acaba persiguiendo siempre es a la prostituta, a la trabajadora, a la que no tiene herramientas jurídicas ni sociales para defenderse.

El mito de la libre elección

A menudo, en nuestros argumentos e incluso en el título de este libro se hace uso de la palabra *libre,* ¿pero existe la verdadera libertad? ¿Somos las trabajadoras sexuales totalmente libres a la hora de escoger este trabajo?

La respuesta es no.

En 2015, apareció el que es hoy un libro de referencia para el movimiento abolicionista. El libro titulado *Neoliberalismo sexual: El mito de la libre elección* de Ana de Miguel.

Niega de forma rotunda esa libertad y argumenta que las prostitutas no somos verdaderamente libres porque estamos sometidas a necesidades tales como la económica y que, por lo tanto, somos víctimas y esclavas de esas necesidades. Así, no existe el trabajo sexual libre y voluntario. El abolicionismo ya ha encontrado otro discurso que perpetúa su incansable movimiento en contra de la prostitución.

Sé que me estoy repitiendo mucho, pero pocas veces tenemos la oportunidad de desgranar el lenguaje abolicionista y por qué este resulta terriblemente cruel e incómodo para nosotras, y cómo, al ser un lenguaje a la vez tan heroico y salvador, cala tan rápido en la conciencia colectiva.

Esta argumentación, a simple vista, es real. No hay solo vocación, sino la necesidad de mantener a nuestras familias, la necesidad de pagar un alquiler, la necesidad de comprarnos ropa, comida o pagar facturas provoca que muchas nos planteemos la posibilidad de ejercer el trabajo sexual como una forma de vida. ¿Pero esto se da únicamente en el trabajo sexual? ¿Es la prostitución el único ámbito de la vida en el que no existe la libre elección por culpa de la desigualdad y nuestras necesidades económicas? Obviamente, la respuesta es que tampoco. Veamos un ejemplo:

Laura, que tiene ahora 25 años, con un grado universitario en *Marketing* y dos másteres en Gestión empresarial y Publicidad, se encuentra que lleva cinco meses sin poder acceder a ningún trabajo que se acerque lo más mínimo al objetivo para el que ella se ha preparado. Ana y Sofía, en situaciones similares, proponen a Laura compartir piso para poder compartir los gastos y repartir así la carga, pero Laura no tiene trabajo. Laura tiene la necesidad de trabajar, como toda hija de familia, para poder independizarse. No solo tiene necesidades primarias, también quisiera poder viajar y le encantaría adoptar un gato, así que busca un trabajo que no es

vocacional y que se ve obligada a aceptar para poder permitirse tener un techo y, quizás en un futuro, poder satisfacer algunos de sus deseos. Así pues, Laura empieza a trabajar en una tienda de moda donde al principio solo le enseñan a doblar ropa y ordenar el almacén. Le parece un trabajo aburrido, agotador y encima con un sueldo que a duras penas le da para pagar el alquiler y llegar a fin de mes. Laura piensa que este sistema es injusto y que trabajar es una mierda.

Me juego un té *matcha* a que muchos nos hemos visto reflejados en la historia de Laura porque Laura hemos sido todos. Todos hemos sido víctimas de la obligación de trabajar, y la necesidad económica impera por encima de trabajos vocacionales, pues al fin y al cabo, la mayoría nos hemos visto obligados a recurrir a aquellos otros que nos han permitido pagar facturas, independizarnos y poder cuidar de nuestra familia o de nuestros animales. Así que es evidente que cuando las trabajadoras sexuales argumentamos que somos libres para escoger el trabajo que queremos, somos conscientes de que esa libertad está totalmente viciada por un sistema capitalista que nos genera necesidades, un sistema que nos afecta a todos y a cada uno de nosotros. Así que es muy moralista y despiadado negar nuestra voluntariedad y libertad, y por tanto nuestros derechos, alegando que no somos libres de verdad cuando alzamos la voz y hablamos en entrevistas sobre nuestra capacidad de decidir que este trabajo es una opción válida para nosotras. Porque nosotras estamos de acuerdo con el abolicionismo en que no existe la libre elección total y sin vicios en el trabajo sexual. No, no existe, pero ni en el trabajo sexual ni en ningún otro trabajo.

En el momento en el que la libre elección está viciada por las necesidades que impone un sistema económico desigual e injusto a todas las personas que no gozan de unos privilegios en forma de fortunas, que premia al que más tiene y que dificulta más aún al que peor lo pasa, utilizar este discurso de abolición del trabajo sexual pierde toda la capacidad de argumentación, a no ser que detrás haya una visión moral de lo que significa trabajar con la propia sexualidad.

Y frente a la moral de algunas, nosotras preferimos defender la ética de todas, la ética sustentada en derechos para todas las mujeres, sea cual sea la forma en la que han elegido vivir sus vidas, luchando siempre contra quienes traten de aprovecharse y lucrarse de las más pobres y empoderando, desestigmatizando y apoyando a las que estén en situaciones más vulnerables o precarias. Porque si hay que

abolir el trabajo sexual, entonces hay que abolir todo trabajo asalariado (la mejor opción para mí, y a la vez la más utópica). No se puede empezar por las más precarizadas cuando no existen alternativas reales.

13 Global Network of Sex Work Projects «Mandatory Registration and Condom Use Proposed in Germany», recuperado de *https://www.nswp.org/news/mandatory-registration-and-condom-use-proposed-germany*, 2016.

14 Amnistía Internacional «Noruega: El coste humano de "machacar" el mercado: La penalización del trabajo sexual en Noruega» recuperado de *https://www.amnesty.org/es/documents/eur36/4130/2016/es/*, 26 de mayo 2016.

15 Global Sex Work Projects «Desafiando la introducción del modelo nórdico» recuperado de *https://www.nswp.org/sites/nswp.org/files/sg_to_challenging_nordic_model_spanish_final.pdf*.

XIII

El mito del 80% en los medios de comunicación

El famoso 80 %

No podía hablar de abolicionismo sin centrar un capítulo en uno de los mitos y en una de las cifras más socorridas a la hora de apuntalar una postura abolicionista en contra del trabajo sexual y que trata de justificar por qué este debería estar penalizado y perseguido, directa o indirectamente.

Seguro que habrás visto, escuchado o leído cientos de veces en diarios, radio y televisión que el 80 % de las mujeres que ejercen el trabajo sexual lo hacen en contra de su voluntad o que son víctimas de trata. Pero ¿esto es así realmente?

Si abrimos Google y buscamos esta cifra relacionada con la prostitución aparecen cientos de artículos que hablan siempre de un tanto por ciento que fluctúa entre el 80 % y el 90 %, e incluso a veces llega al 99 %, en muchas ocasiones sin fuente oficial ni bibliografía y sin estar respaldada por estudios concretos. Se puede nombrar a una ONG o a algún organismo, pero no se suelen aportar datos concretos que avalen estas afirmaciones. El mito del 80 % se ha convertido en esa mentira que, de tanto repetirla, se ha transformado en verdad, y además es una falacia que «nos va muy bien», porque confirma todas las ideas, prejuicios y creencias que tenemos acerca de lo que es la prostitución. Lo cual nos hace sentir cómodos en nuestra zona de confort y no nos provoca ninguna disonancia cognitiva, porque no nos obliga a plantearnos nada. Funciona tan bien gracias a lo que se llama sesgo de confirmación. Una supuesta verdad en la que se sustenta el abolicionismo y, en consecuencia, la industria del rescate.

El mito del 80 % solo fomenta aún más el estigma que nos pesa y resulta un tremendo obstáculo para defender nuestros derechos e intereses, pues siempre se utiliza este supuesto dato real, para negarnos cualquier argumento, para negar nuestra realidad.

Amnistía Internacional, en su documento C*adenas invisibles:*

Identificación de víctimas de trata[16]*,* afirma que cuando se pusieron en contacto con el Ministerio del Interior de España solicitando datos desglosados del número de víctimas de trata con fines de explotación sexual, la respuesta fue, y cito textualmente, «no se dispone de datos específicos de este extremo». En este documento también se hace referencia a que «los únicos datos que se conocen de forma categórica son los datos del Centro de Inteligencia contra el Terrorismo y el Crimen Organizado (CITCO) que incluyen únicamente a las «víctimas que han sido identificadas formalmente tras la apertura de un atestado dentro de una investigación». Lo que nos lleva de nuevo a la conclusión de que existe una industria del rescate que continúa recurriendo a este mito con el que crear víctimas para poder identificarlas y «salvarlas», cuando la realidad es que lo que promueven es el miedo, el rechazo y el estigma hacia la prostitución y hacia las prostitutas. Las relaciones estrechas entre el abolicionismo y los cuerpos policiales no son puramente anecdóticas. En varias ocasiones hemos visto en medios de comunicación una interacción amistosa como la relación entre Mabel Lozano (activista abolicionista y directora del documental *El proxeneta*) y José Nieto, Jefe de la Unidad Central de Redes de Inmigración Ilegal y Falsedades Documentales del Cuerpo Nacional de Policía (UCRIF CENTRAL).

La identificación de víctimas en redes de trata y la posibilidad posterior de acoger a estas prostitutas en pisos tutelados como los que ofrece APRAMP (Asociación para la Prevención, Reinserción y Atención a la Mujer Prostituida) son el combo perfecto de una industria del rescate bien organizada. Y para ello es capital el control de lo que piensa la sociedad acerca de los porcentajes sobre víctimas de trata. El objetivo final que beneficia tanto a cuerpos de seguridad como a asociaciones de la industria del rescate es que las mujeres *rescatadas* sean declaradas víctimas en los correspondientes juicios. Para ello, deben declarar en contra de la red de trata. Esta es la única vía con la que pueden evitar las deportaciones, al menos por un tiempo, a países que han abandonado huyendo de la pobreza o de situaciones que nos son ajenas y bajo la condición de vivir tuteladas por organizaciones que reciben subvenciones públicas.

Este sistema, esta industria del rescate que *a priori* puede parecer un cuento de hadas para las víctimas de trata con fines de explotación sexual, puede que no sea tan perfecto como nos quieren hacer creer. Parece ser que APRAMP ha sido denunciada por más de cuarenta trabajadoras y extrabajadoras por abusos, retirada de identificación personal y de dinero, y de proporcionarles una vida

alejada de la prostitución pero restringida, en la que ni tan siquiera pueden hablar más de unos minutos a la semana con sus familiares. Denuncian que las galletas del desayuno están contadas y se las penaliza si se guardan comida, no se les permite salir a la calle por sí solas, interactuar entre ellas ni decorar sus propias habitaciones. Las mismas mujeres, supuestamente salvadas de la prostitución, alegan que estar bajo la tutela de esta asociación es peor que estar ejerciendo en un piso o en la calle… Es tal la magnitud de este acoso y derribo por parte de esta asociación que pretende salvar a las «mujeres prostituidas», que existe en la red social Twitter una cuenta llamada Afectadas APRAMP (@AApramp).

Volviendo a los datos y al 80 %, la Organización de las Naciones Unidas (ONU), en su riguroso estudio *Trata de personas hacia Europa con fines de explotación sexual*[17], afirma que en Europa, una de cada siete mujeres es víctima de trata. Si hacemos cálculos, una de cada siete mujeres equivale a un 14 %, una cifra muy alejada del tan cacareado 80 %.

Para apoyar este dato, podemos escuchar también a la Organización Internacional del Trabajo (OIT)[18], la que, en su documento oficial acerca de la explotación laboral, afirma que estima que de los 40,9 millones de personas que han estado sometidas a trabajo forzoso, 4,8 millones son forzadas a ejercer el trabajo sexual, cifras que, evidentemente deberían ser de cero, pero que se distancian mucho de los números tan elevados que maneja el movimiento en contra de la prostitución.

Si hablamos de datos nacionales, en España, el CITCO (Centro de Inteligencia contra el Terrorismo y el Crimen Organizado) en su

balance estadístico de 2014 a 2018 confirma que hubo 12819 intervenciones administrativas en forma de inspecciones en lugares de ejercicio de la prostitución, en las que se contabilizaron 59707 personas en situación de riesgo, de las cuales se identificaron como víctimas de trata sexual a un total de 717 personas, lo que implica que una media del 1,02 % de las personas identificadas durante esas inspecciones fueron reconocidas como víctimas de trata.**19**

Datos que nos permiten de nuevo analizar y concluir que las cifras de trata utilizadas en los medios, las manejadas por el abolicionismo y las que son aclamadas por la opinión pública están muy alejadas de los verdaderos datos, sobre los que no interesa tanto poner el foco, pues demuestran que los porcentajes son existentes pero mucho más bajos de lo nos venden.

Trata de seres humanos con fines de explotación sexual

Actividad preventiva

INSPECCIONES ADMINISTRATIVAS					
	2014	2015	2016	2017	2018
Inspecciones en lugares de ejercicio de prostitución	2.962	3.007	2.586	2.228	2.036

PERSONAS EN SITUACIÓN DE RIESGO					
	2014	2015	2016	2017	2018
Personas en situación de riesgo	13.983	13.879	12.419	10.111	9.315

Lucha contra la trata sexual

VÍCTIMAS DE TRATA SEXUAL (SEXO Y EDAD)						
		2014	2015	2016	2017	2018
Adultos	Mujeres	142	126	138	124	117
	Hombres	4	4	4	22	5
	Total	146	130	142	146	122
Menores	Niñas	4	3	6	9	6
	Niños	3	0	0	0	0
	Total	7	3	6	9	6
Total de víctimas		153	133	148	155	128

Otra forma de perpetuar esta cifra falsa es la de confundir al receptor utilizando ese mismo tanto por ciento para referirse a cosas diferentes, como por ejemplo, el porcentaje de las mujeres que ejercen la prostitución que la dejarían si pudieran (si existieran alternativas laborales reales) o el porcentaje de mujeres migrantes en el ejercicio de la prostitución. Si analizamos bien estos ejemplos nos damos cuenta de que no tiene nada que ver ejercer voluntariamente con abandonar el ejercicio del trabajo sexual si tuvieran otra alternativa o con que haya más o menos mujeres migrantes.

Últimamente, aparecen cada vez más estudios antropológicos; estudios de organismos oficiales que confirman e insisten en la importancia de diferenciar trata y explotación sexual con prostitución voluntaria y, además, coinciden en que la cifra de trata y de explotación de forma coactiva no es tan abultada como nos han hecho creer. Esto confirma que el abolicionismo ha ido dando rienda suelta a sus argumentos y ha ido adoctrinando con su ideología para magnificar esa idea de que todas somos víctimas a las que hay que salvar.

Las víctimas, actualmente, no solo son las que sufren abusos claros y son coaccionadas, sino que incluso las que ejercemos voluntariamente nos convertimos en víctimas de manera automática porque, según ellas, todas sufrimos daños psicológicos y físicos, y estrés postraumático por ejercer la prostitución similar al de los veteranos de guerra.

Obviamente, apuesto por proporcionar herramientas a cualquier mujer, trabajadora sexual o no, para que si se encuentra en una situación de sufrimiento psicológico acuda a terapia y pida ayuda, y que se le garantice este acceso a la salud mental y física, así como que se le ofrezca una alternativa real a aquella situación que le produce dolor o sufrimiento, pero me preocupa enormemente que, de nuevo, a todas se nos meta en el mismo saco y se silencie cada una de nuestras vivencias, pues no existen datos concluyentes y oficiales que confirmen que la prostitución provoca daños psicológicos.

La salud mental es un terreno subjetivo, personal e íntimo. Al generalizar que existen daños psicológicos y estrés postraumático en prostitutas, sin profundizar en la biografía personal, en los antecedentes familiares, en las creencias morales, en cómo se percibe y se vive el sexo, a qué contexto se ven abocadas las mujeres que ejercen la prostitución, cuál es la situación socioeconómica de estas víctimas, etc., nos encontramos con afirmaciones poco precisas que sesgan la realidad y vuelven a ser utilizadas para señalar a «la prostitución» como culpable.

Si analizamos cada una de estas vidas, nos encontramos que el estrés postraumático puede aparecer también a consecuencia del estigma y de la presión moral por estar ejerciendo un trabajo que *no se debería* ejercer, o a las necesidades económicas y a la falta de respuesta institucional que la han abocado a ser prostituta como última salida, lo que, a su vez, genera un rechazo moral y unos daños psicológicos innegables. Siendo objetivos vemos que el problema no es la prostitución en sí, sino el abandono institucional,

la educación moral, el tabú hacia el sexo y la sexualidad de la mujer los que llevan a este sufrimiento psicológico, y es por este motivo por el que las prostitutas, en muchas ocasiones, señalamos que el verdadero proxeneta es el sistema, pues es la forma en la que la sociedad y el contexto empujan a circunstancias indeseadas.

En cualquier caso, quiero destacar que el debate no debería centrarse tanto en cuál es el número de mujeres que ejercen o no en contra de su voluntad. Si existen mujeres que ejercen de forma voluntaria, sea una o sean cien mil, ¿no deberían tener derechos y estar reconocidas y protegidas como merecen, en lugar de vivir apartadas, señaladas o perseguidas por no ser, según el abolicionismo, la mayoría? ¿No es contraproducente meter a todas las mujeres en el mismo saco y tratarlas como víctimas de trata o de explotación sexual a quienes no lo son?

Proteger a las víctimas de trata y explotación sexual de forma eficaz y efectiva no debería estar reñido con escuchar las demandas de las trabajadoras sexuales y ofrecernos los derechos que tanto merecemos desde hace décadas. Las abolicionistas dicen que sí, que quienes queramos ejercer que lo hagamos, mientras sus medidas punitivas nos persiguen y mientras procuran hacer imposible poder ejercer de forma segura.

Al igual que en otros ámbitos como, por ejemplo, las temporeras o la industria textil, es totalmente compatible reconocer a sus trabajadoras y sus derechos si ejercen de forma voluntaria con perseguir de forma contundente a quienes se encuentran en una situación de coacción, explotación o trata.

Si a nadie se le pasa por la cabeza abolir el trabajo en las fábricas, ¿por qué esa inquina con el trabajo sexual?

El trabajo sexual en los medios de comunicación

Los medios de comunicación han sido quienes más han ayudado a difundir estas cifras tan escandalosamente altas, y quienes más han caricaturizado nuestra existencia. Los medios de comunicación no nos han ayudado a desestigmatizar nuestro sector, sino más bien todo lo contrario, han repetido en sus noticias clichés y prejuicios, han promovido nuestra discriminación y de forma intencionada nos alejan de la sociedad y crean una imagen de mujer marginada, indigna, vulnerable o incapaz.

La relación que tenemos las trabajadoras sexuales con los medios de comunicación es de desconfianza, rechazo y miedo. Y

aunque habitualmente no nos han tratado bien, en muchas ocasiones los necesitamos como única forma de altavoz para poder reclamar nuestros derechos en los cinco segundos que nos conceden a veces.

Aún recuerdo cómo fue mi primera aparición en un artículo de periódico. Se trataba de un reportaje sobre prostitución voluntaria. Es importante recalcar que estamos hablando de 2016, por aquellos años, y hasta 2018 más o menos, muchos medios veían *cool* hablar de prostitución, pues defender los derechos de las prostitutas y ser *pro-sex* (como antiguamente nos catalogábamos quienes estamos a favor de los derechos de las trabajadoras sexuales, el porno, etc.) era muy revolucionario. Así que nos entrevistaban a menudo a varias de nosotras, y entre ellas estaba yo, que llevaba escasos meses ejerciendo pero mostraba la cara desde el principio y hacía activismo desde las redes.

Quedé con dos chicas jóvenes en Barcelona para responder a sus preguntas y hacer un par de fotos para el reportaje mientras tomábamos algo. Las preguntas iban desde las más típicas hasta cosas tan banales como el significado de mis tatuajes. Paseamos por el centro de Barcelona y en algunos lugares me paraban y me hacían una foto. Hablamos mucho, les di mi confianza y se mostraron cercanas y abiertas a entender mi postura. La sorpresa fue cuando salió el reportaje y aparecía mi foto con el titular: «Soy puta porque no quiero trabajar 12h por 600 euros». Así resumieron tres horas de larga conversación, descontextualizando palabra por palabra todo lo que dije. Durante unas semanas recibí mucho acoso en mis redes sociales con comentarios acerca de mi haraganería por dedicarme a esto en lugar de buscar un trabajo *normal*, lo que dio pie a que se me criticara también por cualquier otro motivo. No explico esto para hacerme la víctima ni para que sintáis pena, sino para que entendáis lo difícil que es para nosotras encontrar espacios seguros y cómplices de nuestras demandas en los que podamos sentirnos apoyadas, o al menos escuchadas, y en los que tengamos la tranquilidad de que no van a utilizar nuestras vivencias ni a tergiversar o manipular nuestros relatos para ajustarlos a las líneas editoriales de cada medio de comunicación.

Entiendo que los medios deben trabajar con un titular llamativo, con un titular que enganche, y más en la era digital, con el famoso *clickbait*. Es algo habitual, y no solo para las trabajadoras sexuales, estar en disconformidad con el modo en el que se crean titulares o se escriben artículos, pero para nosotras es de una gravedad añadida porque cualquier lectura mal entendida acerca de nosotras

y de nuestro sector aumenta nuestro estigma y perpetúa nuestra falta de derechos, afectando y dañando incluso a nuestro entorno.

Mientras escribía este libro salió un reportaje en el que participé para hablar principalmente de nuestras demandas y los peligros del abolicionismo. En un momento dado de la entrevista hice referencia al hecho de que nosotras no vendemos nuestro cuerpo, sino que ofrecemos un servicio. Mientras las palabras salían por mi boca, en el reportaje televisivo iban apareciendo fotografías de mi web en las que aparecía en lencería, con el objetivo ruin y cruel de contradecirme con imágenes mías para lanzar finalmente el mensaje de que, dijera lo que dijera, soy solo una puta más, y para ellos solo carnaza.

Cuando empiezas a ejercer eres consciente de que tienes que protegerte de los clientes, pero cuando empecé a hacer activismo, nadie me avisó de que tendría que protegerme de los periodistas. Para los medios de comunicación, las trabajadoras sexuales somos puro morbo televisivo, y ellos en su mayoría, y no los clientes, son quienes más nos han hecho sentir vejadas, humilladas y engañadas. Mis compañeras y yo hemos visto cómo se malinterpretan palabras, se cortan entrevistas, se nos quitan espacios o nos hacen sentir completamente utilizadas al acercarse a nosotras por el morbo más repulsivo en lugar de la empatía, la curiosidad y las ganas de informarse e informar a la sociedad. Es terrible que me sienta yo ingenua e inocente al creer que los medios de comunicación deberían promover las formas de construir un lugar mejor y no todo lo contrario.

Sin embargo, rompo una lanza a favor de muchos periodistas porque también es cierto que a menudo es la línea editorial del medio y su ideología política las que más presionan a los profesionales de la información para que realicen un reportaje o una entrevista destinada a extraer el máximo jugo en vez de informar.

Aquí vemos que son los medios surgidos en redes sociales y de forma independiente los que tienen un poco más de margen junto con una línea de pensamiento renovada y actual para acercarse a un colectivo como el nuestro sin perpetuar aún más nuestro estigma.

Los medios de comunicación tienen el poder de ayudar a un colectivo, pueden ser un enorme altavoz para luchar contra los prejuicios o, por el contrario, perpetuarlos en el tiempo. Cada vez somos más consumidores pasivos y el algoritmo lo sabe, así que la realidad se ve completamente modificada dependiendo de a través de qué pensamiento político se mire, y también de en qué medio se

informe uno. Educar a los medios para que su acercamiento sea desde el respeto y no desde el morbo para exponer nuestras vidas como si fuéramos monos de feria es responsabilidad de la sociedad, pues debe ser esta quien exija ese cambio de paradigma hacia nuestro colectivo.

Pretty Woman: clichés de la prostitución en el cine y la literatura

Hablemos de las películas, libros o series que pretenden representar la realidad de ser puta y que son un completo desastre.

Desde *Pretty Woman* (1990) a *SkyRojo* (2021) siempre presentan a las prostitutas con una de estas dos versiones, muy distintas entre sí. Y claro, acaban siendo las únicas dos versiones que el público conoce y tolera: la puta de lujo y salvada por un multimillonario guapísimo o las putas pobres y explotadas que están sometidas a un proxeneta y que, en cuanto pueden, se vengan de todos los hombres porque ninguna mujer nace para ser puta y ninguna mujer quiere ser puta.

Frente a estas dos imágenes parece que es pecado apuntar que puede haber más tipos de prostitutas, pero lo cierto es que la mayoría de nosotras no nos sentimos representadas por ninguno de estos dos arquetipos tan diferentes. La mayoría de nosotras vivimos en un contexto más complejo y, a la vez, tenemos unas vidas más cotidianas de lo que nos quieren hacer creer.

Cuando te dedicas al trabajo sexual empieza a chirriarte cualquier escena que ves en el cine y las series o que lees en un libro. Empiezas a identificar frases y escenas que para una persona que no ejerce parecen de lo más normal pero que son estigmatizantes, pues tenemos tan interiorizada la caricatura e imagen de lo que es ser puta, que lo que nos extraña es que una prostituta tenga marido, una vida cotidiana, amigos y dos perros.

Hace poco veía uno de los capítulos de la serie *New girl*, en el que uno de los protagonistas empieza a salir con una *stripper* y, en una escena en la que ella le propone tener sexo en un lugar público, él, a quien le da mucha vergüenza, le contesta: «Sé que para ti esto es lo normal, pero yo no estoy acostumbrado a hacer estas locuras sexuales».

Puede que ella fuera *stripper*, pero era la primera vez que sugería algo así. Lo propuso porque quería ser atrevida y original con él. Ella le responde que si eso lo piensa por ser una *stripper* y él se

encoge de hombros como señal de afirmación. Esta escena aparentemente inofensiva vuelve a enviar el mensaje y a remarcar cómo teóricamente nos comportamos las trabajadoras sexuales, lo que provoca que nuestro estigma se perpetúe y haga pensar al público que somos personas hipersexuales y con un deseo constante de vivir, sobre todo en lo referente al sexo, al límite, corriendo riesgos, pues somos personas que no tenemos ética ni moral ni por supuesto dignidad, lo que implica que no tengamos tampoco vergüenza, apuro y no disfrutemos del sexo «convencional» (por llamarlo de alguna manera) en una cama de matrimonio de 200x150 y con las luces apagadas…

¿Y por qué es tan difícil ofrecer una representación más realista? Porque aún somos un colectivo cuya opinión no importa mucho ni tampoco cómo se siente al verse representado en una escena de este tipo. Somos un colectivo desconocido para la mayoría, incluidos productores, directores, guionistas, periodistas o escritores, porque nadie se ha sentado con nosotras y ha querido conocernos de verdad. Se nos percibe como personas alejadas en una sociedad y se nos margina de forma intencionada por miedo a ser mala influencia. Si para representar a una mujer trans se prefiere a hombres con peluca, ¡cómo se va a tener en cuenta cómo se siente una prostituta al ver la representación que hace la sociedad de su trabajo!

16 Amnistía Internacional «Cadenas invisibles: Identificación de víctimas de trata en España» [Archivo PDF] recuperado de *https://www.es.amnesty.org/en-que-estamos/reportajes/trata-en-espana/*, 16 de octubre de 2020.

17 Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC), «Trata de personas hacia Europa con fines de explotación sexual» recuperado de *https://www.unodc.org/documents/publications/TiP_Europe_ES_LORES.pdf*, 2010.

18 Organización internacional del trabajo (OIT) «Trabajo forzoso: Formas modernas de esclavitud y trata de seres humanos», recuperado de *https://www.ilo.org/global/topics/forced-labour/lang--es/index.htm*, Ginebra, 2017.

19 Centro de Inteligencia contra el Terrorismo y el Crimen Organizado (CITCO) «Balance Estadístico 2014-2018. Trata de seres humanos en España», Ministerio del Interior, [Archivo PDF] recuperado de *https://www.bienestaryproteccioninfantil.es/fuentes1.asp?sec=20&subs=482&cod=4403&page=&v=2*, 2019.

XIV

Orgullo puta

Por qué me siento orgullosa de ser puta

Las putas podemos ser discretas, inteligentes, prudentes, listas, traviesas, desobedientes, valientes, luchadoras, resilientes, ambiciosas y muy curiosas… Las putas conocemos cómo funciona el sistema y lo ponemos en jaque, por lo que podemos resultar muy incómodas y molestas por representar de forma tan directa nuestra desobediencia sexual.

Una vez leí dos frases que me parecieron esenciales para comprender y tolerar las complejidades de este mundo. La primera dice así: «Lo que es normal para la araña es el caos para la mosca». Lo que significa que determinar qué es normal y que no lo es en un mundo donde la realidad depende del punto de vista es caer en lo absurdo, ya que para cada persona la normalidad puede significar algo muy distinto.

La otra frase dice: «No es sano estar bien adaptado a una sociedad enferma». Esta aseveración, que es un tanto más pesimista pero no menos cierta, significa que precisamente todo lo que nos han dicho que debemos ser, pensar y hacer, todo lo que consideramos normal, en muchas ocasiones nos enferma, nos hace terriblemente infelices y nos arrastra a ser consumidores de forma pasiva, ya sea de drogas, fármacos, redes sociales, comida o sexo. Así que presionar a que formemos todos parte de esa rueda es cruel e inhumano.

Sí, el estigma es de las cosas más terribles con las que he tenido que convivir cada día. Todo el tiempo siento que tengo que justificarme y pedir perdón, pero también me hace sentir orgullo el ser capaz de cuestionar mi papel como mujer y especialmente colocar mi sexualidad en el lugar que le corresponde, dándole la importancia que merece. Se espera de la mujer unos comportamientos sexuales más que explicados en este libro, y las prostitutas somos la representación evidente de esta disidencia sexual. Nuestra sexualidad es un tesoro cuyo acceso no es gratuito

ni a cualquier precio y a la vez es nuestra arma más potente para hacer temblar las creencias más conservadoras y arcaicas dando un mensaje directo y explícito: las mujeres tenemos sexo, nos gusta darnos y dar placer y disfrutamos tanto como los hombres, y no sentimos vergüenza ni culpa por ello.

A veces siento que hablar de lo feliz que me hace ser trabajadora sexual parece que signifique que olvido que, por ejemplo, para algunas de mis compañeras este trabajo es una opción desde la pura necesidad y no desde el disfrute, que olvido que existe desigualdad, machismo, necesidad y estigma… y ¡joder, no! Solo quiero decir que ser trabajadora sexual entraña muchas cosas y muchas de esas cosas, sobre todo en lo referente a valores, me hacen sentir orgullo.

Cuando decimos que el trabajo sexual no empodera es porque ningún trabajo lo hace, pero no es mentira que tomar la decisión de ejercer este trabajo a mí me ha aportado independencia, un control de mi tiempo y un aprendizaje vital que se acerca mucho al sentimiento de empoderamiento. Empoderarse no depende de algo externo como el éxito, el trabajo, un marido o una casa, el empoderamiento nace de una misma y de cómo eres capaz de construir tus propias herramientas emocionales para gestionar todas las decisiones, vivencias y experiencias que tienes. El empoderamiento, para mí, es crecimiento vital.

Me siento orgullosa de ser puta, y el trabajo sexual se ha convertido para mí en un estilo de vida. No hay ningún momento del día en el que me desprenda del todo de él. Cada pequeña decisión que tomo se ve afectada por quien soy, y yo, entre muchas otras cosas, tomé la decisión de ser prostituta, así que nadie me va a hacer sentir mal por ello. Me llena de orgullo porque fue, y es, una decisión por y para mí, aunque el resto de la gente jamás llegue a entenderlo o no comprenda que, de una decisión laboral, nazca tanta complejidad.

Si llega el día en el que decido dejar de ser trabajadora sexual y abro un bar donde servir té *matcha*, creo mi propia marca de aguacates o me voy a cuidar animales, jamás dejaré de creer y defender que las trabajadoras sexuales merecen derechos y un espacio libre de estigma en esta sociedad.

Por qué el trabajo sexual NO es para todo el mundo

A veces recibo emails o mensajes privados en mi cuenta de *Instagram* preguntándome cómo pueden empezar a ejercer y llevarlo

«como lo llevo yo». Para empezar las redes sociales son un lugar poco fiable para conocer realmente la vida de alguien y cómo es su día a día, y aunque yo intento ser lo más honesta posible desde mis redes sociales, lo cierto es que la gran mayoría de veces no hablo de si he tenido un mal día, si me ha dejado plantada un cliente o si el cliente que he tenido ha sido desagradable y ha convertido mi día en uno denso y duro de trabajo, por la sencilla razón de que hablar de manera negativa de mi trabajo es utilizado para ser interpretado y llevado al extremo y dar, así, la razón al abolicionismo con que todas somos explotadas y coaccionadas. O, en cambio, si hablo de manera positiva y de lo feliz que me hace, se me acusa de estar romantizándolo y negando «la otra cara» de la prostitución. Y es agotador. Así que procuro hablar desde la parte más realista y plausible posible.

El trabajo sexual, que a algunos les puede parecer un trabajo sencillo de ejecutar y en el que hay espacio para cualquier persona, no es así. Creo firmemente que quienes ejercemos y principalmente nos mantenemos años en este trabajo estamos hechas de otra pasta. Se requieren una serie de aptitudes y valores muy determinados y, a menudo, una visión determinada acerca del sexo, las relaciones con desconocidos y la santificación de los genitales, principalmente los nuestros.

En este trabajo ves a menudo de un día para otro cómo una compañera deja de ejercer, se toma un tiempo o desaparece. Otras con el tiempo vuelven y otras se pasan años activas, algunas hasta se jubilan siendo trabajadoras sexuales. Y es que las vivencias como prostituta son intensas y constantes, lo que provoca que muchas se cansen, creen nuevos proyectos o experimenten nuevas situaciones ya sean personales y laborales. Pocas compañeras quedan de las que conocí cuando yo empecé hace seis años, lo que implica que mantenerse de forma estable tanto en lo profesional como en lo personal es la parte más complicada, y explicar esto a alguien que empieza es muy difícil, pues ni yo aún sé cuál es realmente el secreto para tener éxito en este trabajo de forma constante.

Lo que sí sé es que, sea por el motivo que sea, este trabajo no será el trabajo definitivo de casi nadie, y el principal motivo de esto es el estigma.

Este trabajo no será jamás una opción válida para todo el mundo porque se necesitan dosis infinitas de paciencia, resiliencia y tolerancia para sobrellevar con entereza y con la cabeza alta todo lo que implica esta decisión. Porque el estigma estará ahí cuando ejerzas, pero también cuando ya no lo hagas. Porque para el mundo

siempre serás la que es o fue puta, y si dejaste de serlo la gente, aliviada, te dirá que se alegra de que dejaras esa etapa y que vuelvas a ser normal.

Normal, maldita palabra.

Por qué SÍ es una opción válida para algunas personas

Hablando un día con L., una de las primeras compañeras que conocí, me explicaba lo difícil que había sido para ella trabajar durante años en trabajos comunes. Debido a su ansiedad y diagnóstico de TEA le era imposible estar siempre bien para ejercer un trabajo de 9 a 17h de lunes a viernes. Había días que le resultaba imposible levantarse de la cama y darse una ducha, había días que le era imposible salir a la calle sin tener una crisis de ansiedad. L. es una de las muchas mujeres que tienen situaciones personales que les impiden adaptarse a una trabajo convencional, pero que necesitan trabajar para mantenerse independientes en un sistema que no contempla las situaciones individuales ni comprende que no todo el mundo está hecho para ser abejas obreras funcionales, y que vemos en el trabajo sexual una opción en la que nosotras decidimos cuándo podemos trabajar y cuándo no, sin sentirnos culpables, juzgadas y señaladas.

La historia de D. es otra de tantas. Ella, que había estudiado la carrera universitaria de sus sueños, que había conseguido cierto reconocimiento y estaba bien posicionada socialmente, llevaba cinco años ejerciendo como prostituta independiente. Quería tener su propia casa y finalmente quedarse embarazada con la tranquilidad de una economía estable. Para D., el trabajo sexual era la opción que más se adaptaba a ella, pues era el único trabajo que le permitía conocer nuevas personas, viajar por todo el mundo y compaginarlo con su otro trabajo, sin sentir que tuviera que dar mil explicaciones diariamente. Hasta que decidió retirarse, disfrutó como ninguna de ejercer el trabajo sexual y de la experiencia que le proporcionaron esos cinco e intensos años. Ninguna de nosotras sabe qué es de ella actualmente, pero estamos seguras de que recuerda con mucho cariño esos años en los que fue D.

Otra compañera que llevaba ejerciendo alrededor de diez años cuando la conocí me decía sin un ápice de vergüenza que ella era puta porque era una indisciplinada nata y que, si intentaban encorsetarla en una oficina con horarios fijos, sentía que se ahogaba.

A. me explicaba que hasta que comprendió que el problema no era ella, sino el sistema, sentía una presión en el pecho constante, algo que me ocurría a mí también, así que no es de extrañar que conectáramos tan bien y desde ese entonces es una de mis compañeras y amigas favoritas.

Durante un tiempo tuve que hacerme cargo de mi padre por estar en una situación de dependencia, un día que tenía que irme a trabajar un par de horas después de estar dos semanas de descanso para estar a su lado, me dijo con cierto desencanto: «Bueno hija, es el camino que has escogido…».

Le respondí que gracias a este trabajo podría tomarme un mes de descanso para dedicarme 100 % a él sin que eso me suponga un problema con ninguna empresa o jefe, que gracias a este trabajo, mis clientes pueden comprender si estoy unos días no disponible e, incluso, mis clientes más cercanos me ofrecen la ayuda que pueden para facilitarme este tiempo de descanso.

Gracias a este trabajo hay realidades sociales que se pueden solventar y aunque el abolicionismo pretenda hacernos creer que estas son necesidades que llevan a que algunas mujeres se vean abocadas a ejercer el trabajo sexual y adquieran una perspectiva pesimista, la realidad es que gracias a este trabajo hay menos mujeres en situaciones de abandono institucional, de pobreza extrema y más mujeres que pueden sacar adelante a sus propias familias.

Nos guste o no, la pasividad de las instituciones y los recursos sociales actuales son tan nefastos que si no fuera porque algunas familias encuentran por sí mismas la manera de sobrevivir de una forma digna, seríamos mucho más conscientes de cómo este sistema crea pobreza y desigualdad. Pero parece que estas historias solo nos importan cuando aparecen en documentales morbosos o cuando nos tocan de cerca.

Conociendo que estas realidades existen, conociendo la diversidad del trabajo sexual y conociendo lo pesado que es el estigma, es comprensible que para nosotras no exista otra vía que darnos derechos y herramientas porque es la única solución ética para nosotras.

Este libro no pretende convencerte de nada, este libro no pretende que te hagas prostituta o que decidas contratar a una; lejos de fomentar la prostitución este libro solo busca que empatices con una realidad desconocida hasta ahora para ti y que espero que, con estas líneas, se convierta en un lugar menos sórdido, menos oscuro pero más real.

Ten presente que cerca de ti hay una trabajadora sexual que busca la ocasión para contarte su verdad.

He querido que este libro tuviera catorce capítulos para así hacer referencia a la cifra del 14 % que refleja la ONU en su documento oficial:* Trata de personas hacia Europa con fines de explotación sexual *(2010) que analiza de manera eficiente la existencia de trata en Europa confirmando que solo 1 de cada 7 mujeres se encuentra verdaderamente en situación de explotación sexual.

Epílogo

Al acabar de escribir este libro creo que es bastante evidente que el trabajo sexual es sumamente complejo y que no es tarea fácil explicar todas las dinámicas de control y poder que se dan en relación a la prostitución en una sola obra, máxime cuando me he querido centrar especialmente en cómo el estigma atraviesa todos los ámbitos de la vida de las trabajadoras sexuales.

Cuando redactaba los capítulos más intensos, legislativamente hablando, pensé que, quizás, a ti, mientras estuvieras leyendo este libro, te asaltarían muchas preguntas del estilo de ¿cuál es el motivo principal de tal persecución al trabajo sexual?, ¿por qué no hemos visto en medios de comunicación a más mujeres hablando de esto, a mujeres explicando que el trabajo sexual no es más que su decisión y su opción laboral?, ¿por qué hay una industria del rescate tan organizada? o ¿qué beneficios tiene perseguir a las putas?

Y llegados a este punto, me atrevo a confirmar que la respuesta se encuentra dentro del SISTEMA, así, con mayúsculas. Un sistema sustentado ideológicamente por una base moral heredera de la tradición judeocristiana, cuyo principal objetivo sería mantener un *status quo* en relación a la libertad real de las mujeres y a su participación en la sociedad, entre otras cuestiones. Libertad reivindicada con firmeza y tesón, por el movimiento feminista y por los adalides de los derechos humanos, cuya trayectoria política en los últimos 100 años ha dado pasos gigantes en una dirección que, hoy en día, incomoda porque cuestiona esas dinámicas de control y de poder que comentaba más arriba.

Puede parecer contradictorio que ocurra esto que digo en unas sociedades occidentales cada vez más laicas, pero, aunque cada vez haya menos creyentes, la religión ha estado presente a lo largo de miles de años, y, a pesar de que no se apliquen unos preceptos religiosos tal y como se encuentran recogidos en textos o dogmas, las costumbres que se han instaurado a lo largo de todo este tiempo no van a desaparecer porque, como digo, están profundamente arraigadas en la manera de vivir que tenemos en la actualidad. Creo que no siempre es de manera consciente, pero, de forma paradójica, muchos de los discursos y argumentos que se esgrimen hoy en día a través del feminismo hegemónico, al menos en lo que concierne al

sexo, podríamos ponerlos en boca de aquellos que justamente están en contra del feminismo y que siguen teniendo ideas y pensamientos retrógrados respecto al lugar de la mujer en la sociedad o de su libertad sexual. Solo hay que escuchar a algunas de sus referentes llamando a reprimir nuestros deseos y fantasías sexuales a través de la culpa y el infantilismo, dando por hecho que todos provienen de un sistema heteropatriarcal que quiere someter a la mujer en la vida social y también en la cama. Otro ejemplo es el cuestionamiento que se da por parte del abolicionismo sobre si las mujeres debemos cobrar o no por sexo. En realidad, al abolicionismo institucional le es indiferente con quién te acuestes y con quién no, lo que no puede tolerar es que otras mujeres puedan trabajar con su capital erótico.

De hecho, mientras escribo estas líneas, las trabajadoras sexuales estamos comprobando los efectos de los cambios legislativos que estamos viviendo. Y es que en España volvemos a cuestionar cosas que parecían superadas como la distinción entre mujeres decentes e indecentes en función de la vestimenta, ya sea de manera directa o indirecta. Se nos llena la boca con reclamaciones a favor de la libre elección a la hora de vestir, pero a las trabajadoras sexuales se nos empuja a escondernos, a esconder nuestro cuerpo, a taparnos para escapar del señalamiento y la persecución. Tal es así que actualmente publicitarse como prostituta es ilegal y, para tratar de sortear esas prohibiciones y esas medidas punitivas, nos vemos obligadas a mostrarnos vestidas completamente, sin que se permita ningún atisbo de provocación o insinuación de carácter sexual. Y todo esto se viste, valga la redundancia, de promover un consentimiento puro, real, no viciado, según este feminismo, mientras que a la práctica se coarta a una parte de las mujeres para encajar en esta etiqueta de mujer decente.

Así, queda claro que el abolicionismo vive de nuestro estigma, es decir, que toda la industria del rescate se justifica en esta falacia para obtener sustento económico gracias a las trabajadoras sexuales, gracias a crear víctimas y victimarios estirando y pervirtiendo los tipos penales, los conceptos legales, los datos esgrimidos, sin escucharnos ni tenernos en cuenta, sin vivir ni aceptar nuestra realidad, imponiendo la suya. Por eso necesitan estar tan organizadas y mostrarse ante la sociedad como la solución, como la salvación, a costa de hacernos más vulnerables y precarizar nuestras vidas.

A través de este libro has podido comprobar que las trabajadoras sexuales no somos ajenas a la sociedad, sino que formamos parte de

esta y que estos nuevos movimientos que niegan y prohíben de nuevo nuestros derechos, afectan también al conjunto de las mujeres.
O, en otras palabras, cuantos más derechos tengamos las trabajadoras sexuales, más derechos tendrán todas las mujeres.

Hoy en día, nos cuesta mucho aplicar un espíritu crítico que permita distinguir entre medidas que apoyan y favorecen a las mujeres, en general, y aquellas que nos quitan derechos. Uno de los motivos de que esto ocurra es que sufrimos de una sobreinformación que nos impide contrastar y reflexionar ya que a los dos segundos nos están abordando con información nueva, casi siempre sesgada, para reforzar el mensaje que se quiere trasladar. Por este motivo, como en otros ámbitos de la vida, ya sea en cuestiones de política internacional, de economía, etc., los medios de comunicación suelen seguir una dirección, una línea editorial en base a sus intereses o a los de sus directivos, y no darán voz a aquellos colectivos que no encajen en esa línea, en esa opinión que quieren trasladar y fomentar.

Porque en un sistema en el que existen diferentes colectivos que sufren de discriminación, vulnerabilidad o que simplemente cuestionan y desobedecen, es necesario, para mantener ese control y esas dinámicas de poder a las que me refería, que la sociedad no tome conciencia, no se implique, no sienta empatía y no se sume a las luchas de unos pocos, aunque estas luchas puedan ser en beneficio de todos.

Agradecimientos

A *ti, Jose*, por abrazarme tan bien y con tanto amor, por dejarme ser tu pequeña gran revolución. El mundo debería aprender de cada trocito de ti porque, sin duda, sería un lugar mejor. Tu amor incondicional, empatía y luz me han dado las alas para que este libro saliera adelante y amo haberlo hecho a tu lado.

A mi *madre*, por ser mi soporte emocional y mi mejor amiga, por permitirme ser quien quiero ser sin sentir que pierdo un ápice de su amor.

A mi *familia*, por luchar contra sus prejuicios y aprender a deconstruir ideas y centrarse en quien soy cuando estamos juntos.

A *Sonia*, por ser esa hermana que nunca tuve, por querernos y pelearnos a nuestra manera y por estar siempre ahí: sobrepasando las barreras de los clichés y sintiendo orgullo por este libro.

A *Albert,* por empujarme a ir más allá a través de mi curiosidad e inconformismo.

A *Nerea,* por ser de las primeras personas en regalarme una amistad libre de juicios y hacerme sentir segura.

A *Torches,* por quedarse a mi lado y por su alegría y apoyo al saber que estaba escribiendo este libro.

A *Julia de Castro,* por su magnífico y potente prólogo, brillante y real. Por estar ahí durante todo el proceso de este libro y confiar en mí para hacerme partícipe de sus proyectos artísticos que hablan de nuestra lucha, en esos espacios tan bonitos que solo ella sabe crear.

A *Pilar,* mi editora, por darme esta oportunidad, por sus palabras de aliento en todo este proceso y por contagiarme seguridad y confianza.

A todos los que me visitasteis en su momento y a los que seguís conmigo. Personas que ya formáis parte de la historia de mi vida y me apoyáis incondicionalmente rompiendo con ideas prejuiciosas demostrando así que lo que ocurre entre dos personas adultas no hace daño a nadie.

A *Natalia Ferrari, Amarna Miller, Maria Riot y Georgina Orellano,* por ser grandes referentes de lucha en mis principios y ahora.

Y por supuesto a todas mis compañeras, por inspirarme cada día y ser las personas más valientes y luchadoras que he conocido nunca, pero en especial a *Ariadna*, *Saisei*, *Clara* y *Laura* por formar parte de mi vida más allá de Valérie.

Bibliografía

MARTÍNEZ, E., *Feminismo desde las esquinas,* ediciones Bellaterra, Barcelona, 2021.

GARAIZABAL, C, BRIZ, M y JULIANO, M.D., *La prostitución a debate,* Talasa ediciones, Madrid, 2007.

ORGANIZACIÓN GLOBAL NETWORK OF SEX WORK PROJECT recuperado de *https://nswp.org* en 2022.

APDHA «Demandas y reivindicaciones feministas sobre el trabajo sexual en España» [Archivo PDF] recuperado de *https://www.apdha.org/demandas-y-reivindicaciones-feministas-trabajo-sexual-espana/ en* (25 de abril de 2019).

SAN NARCISO, M.J., «"Luz de gas" y "Política del miedo" Así relatan su labor trabajadoras de una oenegé». recuperado de https://www.elperiodico.com/es/sociedad/20210524/luz-gas-politica-miedo-relatan-11748142 (24 de mayo 2021).

SERRA, C., *Leonas y zorras.* Catarata, Madrid, 2018.

«Deseo y consentimiento». *Ctxt contexto y acción.* recuperado de *https://ctxt.es/es/20180718/Firmas/20900/Clara-Serra-tribuna-feminismo-consentimiento-violencia-machista.htm*.

SERRA, C «No solo hay que pensar políticamente el origen de las cosas. También hay que pensar sus efectos». *La Trivial*. 5 de diciembre de 2018. Recuperado de *https://latrivial.org/clara-serra-no-solo-hay-que-pensar-politicamente-el-origen-de-las-cosas-tambien-hay-que-pensar-sus-efectos/*.

TIGANUS, A., *La revuelta de las putas*, Ediciones B, Barcelona, 2021.

GONZÁLEZ, J.M,. *El ejercicio de la prostitución y el derecho del trabajo,* Editorial Comares, Granada, 2013.

MAC, J y SMITH, M., *Putas insolentes: La lucha por los derechos de las trabajadoras sexuales* (traducido por A. Useros), Traficante de sueños, Madrid, 2020 (Obra original publicada en 2018).

MERTEUIL, M., *Liberad el feminismo,* ediciones Bellaterra, Barcelona, 2017.

ESPEJO, B., *Manifiesto puta,* Ediciones Bellaterra, Barcelona, 2009.

GOFFMAN, E., *Estigma: La identidad deteriorada,* Amorrortu, Madrid, 2015.

AGUSTÍN, L.M., *Sexo y marginalidad: Emigración, mercado de trabajo e industria del rescate,* ediciones Popular, Madrid, 2009.

GRETA «Report concerning the implementation of the Council of Europe Convention on Action against Trafficking in Human Beings by Spain». [Archivo PDF] recuperado de *https://www.bienestaryproteccioninfantil.es/imagenes/tablaContenidos03SubSec/Informe%20GRETA%20España%202013.pdf* (2013).

SÁNCHEZ, O., «La medicina higienista en el siglo XIX y la regulación sexual: El modelo monógamo» [Archivo PDF] Universidad Nacional Autónoma de México, México.

MINISTERIO DE SANIDAD, SERVICIOS SOCIALES E IGUALDAD [Archivo PDF], Plan integral de lucha contra la trata de mujeres y niñas

con fines de explotación sexual, recuperado de *https://violenciagenero.igualdad.gob.es/planActuacion/planContraExplotacionSexual/docs/Plan_Integral_Trata_18_Septiembre2015_2018.pdf*.

UNODC, «Trata de personas hacia Europa con fines de explotación sexual» [Archivo PDF]. recuperado de *https://www.unodc.org/documents/publications/TiP_Europe_ES_LORES.pdf* (*2010)*.

CITCO «Balance estadístico 2014-2018. Trata de seres humanos en España» recuperado de *https://www.bienestaryproteccioninfantil.es/fuentes1.asp?sec=20&subs=482&cod=4403&page=&v=2* (2019).

OIT «Trabajo forzoso, formas modernas de esclavitud y trata de seres humanos» recuperado de *https://www.ilo.org/global/topics/forced-labour/lang--es/index.htm* (2014).

AMNISTÍA INTERNACIONAL, «Cadenas invisibles: Identificación de víctimas de trata en España» recuperado de *https://www.es.amnesty.org/en-que-estamos/reportajes/trata-en-espana/* (2020).

DESPENTES, V., *Teoría de King Kong,* Literatura Random House, Barcelona, 2018 (Obra original publicada en 2006).

TED, *The laws that sex workers really want: Juno Mac* [Archivo vídeo] recuperado de *https://www.ted.com/talks/juno_mac_the_laws_that_sex_workers_really_want*.

MACAYA, L., SERRA, C. Y GARAZABAL, C., *Alianzas rebeldes. Un feminismo más allá de la identidad.* Ediciones Bellaterra, Barcelona, 2021.

PALACIOS, M.a, «La trata de seres humanos con fines de explotación sexual. Análisis comparativo del marco jurídico internacional, nacional y local» [Archivo PDF] Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, 2014.

VASILESCU, C., «Mitos y realidades en torno a la prostitución» [Archivo PDF] *Revista para el análisis del derecho*, Girona, 2017.